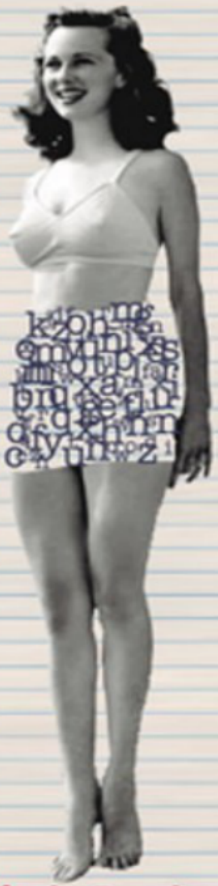

Llucia Ramis

Cosas que te pasan en Barcelona cuando tienes 30 años

BARRETT

Cosas que te pasan en Barcelona cuando tienes 30 años

Llucia Ramis

COSAS QUE TE PASAN EN BARCELONA CUANDO TIENES 30 AÑOS

LLUCIA RAMIS

BARRETT

LLUCIA RAMIS

Llucia Ramis nació en 1977, un 23 de abril —como la protagonista de esta novela— y ya que nació el día del libro, no le quedó otra que dedicarse a escribir.

Natural de Palma de Mallorca, posteriormente se trasladó a Barcelona para estudiar Ciencias de la Información en la Universidad Autónoma de Barcelona y para trabajar como periodista en diversos periódicos, igual que la protagonista de este libro. Aquí ya empezamos a pensar que la novela tiene algo o mucho de autobiográfico porque cuando la escribió, Llucia acababa de cumplir treinta años. ¿Tendría también un amigo incapaz de pintarla? ¿Encontraría por casualidad la carta de un inglés a una chica pidiéndole que se case con ella?

Después de publicar *Coses que et passen a Barcelona quan tens 30 anys*, su primera novela, que tenemos la suerte de ofrecerte

traducida al castellano, publicó *Egosurfing* con el que obtuvo el Premio Josep Pla, *Todo lo que una tarde murió con las bicicletas* y por último *Las posesionesque* ha ganado el Premio Anagrama de novela en catalán.

En todas sus libros destaca un estilo desenfadado, su sentido del humor y el retrato generacional que dibuja en sus líneas, con el que muchos nos podemos sentir identificados.

«No salgo mucho del año 2007 porque es cuando empezó la crisis y me sirve para explicar todo lo que está pasando».

TAMBIÉN HA HECHO POSIBLE ESTE LIBRO

MARINA GÓMEZ CARRUTHERS

Marina Gómez fue hasta 2013 la parte femenina de Klaus&Kinski, un dúo de murcianos y los amantes de la buena música los echamos muchísimo de menos.

Tan intrépida como ecléctica, es una maníaca de la estética en el más amplio espectro de la palabra. Marina impregna de una especie de vehemencia *naif* todo aquello que toca o, en este caso, diseña. Casi siempre que hace trabajos que le mueven las tripas recurre al collage, con alguna textura y muy pocos elementos.

Marina y Llucia se conocieron hace algunos años (quizá cuando tenían 30 años) y se cayeron mutuamente muy bien.

Título original: Coses que et passen a Barcelona quan tens 30 anys
Primera edición: abril de 2018

Diseño de colección: Estudio Lápiz Ruso
Traducción: Jenn Díaz
Corrección: Editorial Barrett

© del texto: Coses que et passen a Barcelona quan tens 30 anys.
2008 de Llucia Ramis por mediación de MB Agencia Literaria, S.L.
© del la foto de biografía: Toni Ramis, 2018
© del diseño de cubierta: Marina Gómez Carruthers
© de la edición: Editorial Barrett
C/ Profesor Manuel Clavero Arévalo, 2, bloque C, 4.º D, Sevilla
www.editorialbarrett.org
info@editorialbarrett.org

ISBN: 978-84-948936-0-5

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Somos buenas personas, así que, si necesitas algo, escríbenos. No nos va a sacar de pobres dejarte hacer unas cuantas fotocopias.

PRESENTACIÓN

DE JUAN BONILLA

Solo por haber escrito una novela tan honda y exquisita como *Todo lo que una tarde murió con las bicicletas* ya merece la autora que cualquier lector agradecido se asome tanto a lo que escribiera antes como a lo que escriba después. Pero sería poco noble que anduviéramos con comparaciones e incluso que, sometiéndonos a los dictados de la lectura académica, reparásemos en la cronología para colocar las dos novelas anteriores como la antesala de una de las más brillantes e inolvidables novelas que se hayan escrito en España en lo que va de siglo. Lo justo, en cualquier caso, si quiere uno someterse a la academia y tener en cuenta la cronología —aunque soy de los que piensan que cuanto menos importe la fecha de primera edición de un texto más vivo estará cuando se quede a solas con el lector—, no sería comparar ni *Cosas que te pasan en Barcelona cuando tienes 30 años*, primera novela de Llucia Ramis, ni *Egosurfing*, su segunda novela, con *Todo lo que una tarde*… sino en todo caso compararlas con otras primeras y segundas novelas. Quien quiera jugar a la literatura comparada no tardará en darse cuenta de que Llucia Ramis siempre sale ganando.

Y ello a pesar de ponérselo difícil a sí misma —no sé si por voluntad propia o por exigencia editorial—. El título de su primera novela sonaba comercial, como para satisfacer de una carambola tanto el reconocimiento generacional como el geográfico. Pero el tiempo transcurrido también ha soplado a favor de la novela, porque una vez perdido por fuerza del paso de los años, tan veloces, el supuesto ímpetu documental con que una vez se vendió, lo que le facilitaba mucho el trabajo a los siempre perezosos reseñistas, la novela, que por fin se traduce al castellano, sabe mantener el pulso ahora que las circunstancias han cambiado mucho, tanto las de la autora —que supongo que ya no tiene treinta años, aunque con Llucia Ramis nunca se sabe— como las de la ciudad —que en estos

últimos tiempos ha estado muy ajetreada por un quítame allá esa identidad, palabra deplorable que nos obliga a tener un carnet, con lo cual ya está dicho todo—. No quiere esto decir que el valor documental de la novela haya de ser preterido, ni mucho menos, aunque no sé yo si hay muchos lectores interesados en cómo era y qué significaba tener 30 años en la Barcelona del final de la primera década de este milenio (sería por otra parte como asomarse a cualquier novela del XIX no por lo que la novela ofrezca sino por enterarse de costumbres, trajes, iluminación de las calles, etcétera: todo eso le puede servir muy bien a los historiadores, aunque en la propia definición generacional que aparece en la novela se dé por hecho de que no habrá muchos historiadores interesados en asomarse a los treintañeros de esa Barcelona). Sin duda, como texto documental la novela de Llucia Ramis cumple sobradamente su cometido, pero me temo que su actualidad hay que buscarla donde siempre: en los personajes que pueblan el relato, en lo que de verdaderamente vivo y verdadero hay en ellos. Y en eso la novela funciona espléndidamente, con una frescura que se ha mantenido indemne y ha desplazado a todo lo que era documental al papel que siempre ha tenido en las novelas: el de decorado necesario para la descripción e indagación de unos cuantos personajes que, llevan marcado en el ADN, la imperiosa necesidad de hacerse sitio en nuestra memoria.

Frescura, he dicho. No es posible dejar de aludir a la condición de periodista cultural de Llucia Ramis, por lo menos en la época en la que aún no se había estrenado como novelista. Se sirve de ella en su primera novela que empieza con una frase antológica que da comienzo a una catarata tan bien medida, escrita con tal limpieza y capacidad para el detalle, que no tardará en cobrar altura sobre la superficie documental con que desde el título a la cubierta original parecía querer «vendérsenos». No tengo nada contra eso, desde luego: la buena literatura sabe solaparse donde haga falta para salir indemne. Las etiquetas sirven, sin duda, pero son siempre lo último que se le coloca a un producto y lo primero que se le arranca para que el producto empiece a servirnos. Y las etiquetas de novela documental, generacional o testimonial, pueden darnos una pista sobre lo que Ramis propone en su primera obra, pero luego la novela anda sola, sin necesidad de sujetarse con ninguna etiqueta.

Ramis define a su protagonista principal como una incógnita: alguien en crisis, que se da cuenta de que quizá ha llegado esa ola que le avisa de que tiene una edad en la que hay cosas que ya no puede hacer. Un gas venenoso —y venéreo— contamina la

atmósfera de la época: la precariedad. Una precariedad que se extiende desdelos ámbitos privados —las relaciones personales y sentimentales— a los públicos —el trabajo, la indiferencia creciente hasta todo lo que no sea salir adelante—. Esa recreación de la atmósfera de la crisis económica —y siendo la Economía en nuestra época, como en todas, la madre de todas las ciencias— está muy lograda en la novela, como lo está el retrato de una ciudad carnal, bulliciosa, alegre, que mira poco el reloj a través de unos personajes situados en esa zona de sombra que separa la juventud de lo que sea que venga después de la juventud. Dijo alguien que la juventud comienza de veras el día en que te vas de la casa de tus padres y termina el día en que no tienes más remedio que volver a casa de tus padres porque no hay amigo ni amor que te dé asilo. Un poco exagerado quizá, pero algo de eso hay en esa sensación permanente que va edificando la voz de la narradora en este novela sorprendente, eficaz, llena de humor magnífico.

Con *Cosas*… (ahora es fácil decirlo, claro) se inició una de las obras más imponentes de nuestra literatura en esta última década. Que la novela de Llucia Ramis haya tardado tanto en salir en castellano dice muy poco en favor de nuestro ecosistema, pero para compensarlo cabe decir que el hecho de que salga por fin y se ponga al alcance de quienes no leen catalán es una excelente muestra de cuánto le debe ese ecosistema a los editores pequeños, libres, «de provincias» que se decía cuando entonces. Los buenos libros se las arreglan siempre para hacer burla de la cronología, y dentro de poco dará un poco igual que una novela de 2008 se traduzca en 2018. En 2028, probablemente, habrán cambiado las circunstancias por las que tengan que atravesar nuevas hornadas de treintañeros o *treintagenarios*, pero la voz de la novela de Llucia Ramis seguirá hablando con su frescura, sus ganas, su enérgico cansancio, su necesidad imperiosa de ganarse la vida y su sensación de «incógnita», porque, como todas las buenas novelas, es más honda que extensa. Y cualquier buen lector se dará cuenta de que *Cosas*… es algo más, mucho más, que «solo» la primera novela de quien escribió *Todo lo que una tarde murió*… y que al escribirla se ganó el derecho de que nos sintiésemos obligados a leer todo lo que escriba.

Juan Bonilla (Jerez de la Frontera, 1966) se mueve entre el periodismo y la literatura. Su primera obra, *El que apaga la luz*, fue

seleccionada entre los libros más destacados de los últimos 25 años. Ganador del Premio Biblioteca Breve en 2003 y del I Premio Bienal de Novela Mario Vargas Llosa en 2014. Su última novela, *Prohibido entrar sin pantalones* (Seix Barral, 2013).

«Es raro el mes que no me encuentro con un buen libro».

COLLIGE, VIRGO, ROSAS

Me siento como una musa en excedencia. Blai frunce el ceño, y levanta la ceja derecha, muerde la punta del pincel, y vuelve a mirarme. Gruñe de un modo extraño y dice que no, que no le sale. A nuestro alrededor, apoyados en las paredes, reposan los retratos de todos nuestros amigos con ochenta años: ahí están Nil, y Cati, y también un primo de Blai con bolsas en los ojos y pelo en las orejas y una boca desdentada. Blai solo sabe dibujar rostros envejecidos. Dice que si envejece a sus modelos es porque ve más allá. Pero ahora, sentada desnuda en el centro de su estudio, incapaz él de convertirme en otro de sus cuadros, cuando piso las hojas sucias de periódico esparcidas por la moqueta, pienso que la pintura de Blai se parece demasiado a la de Lucien Freud, y que algún día se lo dirán los críticos, y que no es justo que no sepa mirarme, y que ya estoy harta de estar sentada quieta mientras el domingo se consume.

El día que cumplió treinta años, Blai pintó un autorretrato enorme delante de todos, en el patio de la casa que su padre tiene en Vimbodí. Después su primo tocó un concierto minimalista con un teclado y una caja de ritmos, y Nil recitó algunos poemas que hablaban del infierno y de una Vespa, o de un viaje al infierno en Vespa, o de una Vespa que se había estropeado y arreglarla fue un infierno. Bebimos absenta y pomada, que es una mezcla de limonada con gin Xoriguer que Cati trajo de Menorca, y acabamos durmiendo todos en la misma habitación. Éramos unos cuarenta y algún día todos serán objeto de una exposición en una galería de arte. Todos serán inmortales, colgados en la misma sala, y formarán parte de una obra completa o retrospectiva. Representarán un movimiento y una generación sin nombre. Solo faltaré yo.

Blai repite que no le salgo. Coge un trapo y borra mi cara del lienzo. Convierte mis rasgos en un manchurrón. «Pero, tío, ¿qué haces?», me enfado. «Tranquila, que aún no eres tú», responde con sorna. Y me ordena que me vista, que ya lo intentará otro día.

—Yo quería que fuera mi regalo de cumpleaños —protesto

mientras me pongo los pantalones.

—No te preocupes, que te pintaré antes de que se te caigan las tetas y tengas celulitis —contesta.

—Ya, pero si no consigues retratarme, a lo mejor significa que no llegaré a vieja, y por eso eres incapaz de verme en tus cuadros, en los que solo aparecen viejos.

—Entonces aún tienes menos razones para preocuparte —resuelve él—: nunca se te caerán las tetas y no tendrás piel de naranja.

Mientras me coloco la cazadora y me digo que cumplir treinta años viene precedido de una mala señal, le comento que he quedado con Andreu en el bar Sol Soler, en la plaza del Sol; cenaremos un bocata y unas bravas. Lo invito a que se apunte.

Blai y Andreu no se conocen, pero tienen muchas cosas en común. Por ejemplo, los antidepresivos. Aún no nos han traído las cervezas y ya están comprobando la coincidencia de sus síntomas para justificar la toma de Orfidal y Trankimazin. Blai tuvo la primera depresión fuerte hace un par de años, al poco de cumplir treinta y uno. Dice que la culpa es de sus sobrinos, porque le avivan el instinto paternal, pero no encuentra ninguna mujer que le entusiasme tanto como para crear una familia y él, sin una familia, no se siente realizado, dice. Yo respondo que lo que le pasa es que se aburre, y cuando te aburres solo piensas en tonterías, como enamorarte o ponerte a parir, o comprarte una casa; cosas que te entretendrán para que dejes de aburrirte. Blai trabaja intensamente tres meses al año para poder dedicar los otros nueve solo a pintar. Los veranos recoge y vende almendras para la empresa de su padre. Tiene una mirada inquietante, como si nunca estuviera ahí del todo, y se mueve con decisión, rotundo pero sin prisa.

Andreu aparenta ser tranquilo. Es muy nervioso, psicólogo, y vive con un pie en Barcelona y el otro en Palma. Tiene clientes, o pacientes, como se diga, en ambos sitios. Él no quiere llamarlos pacientes, porque considera que no están enfermos; pero lo que trata tampoco son clientes. Andreu no ha estado nunca propiamente deprimido. Ha tenido un par de crisis de ansiedad, que empiezan con una taquicardia y siguen con semanas de insomnio que hacen que su corazón vaya más rápido, y comenta que el pánico se ha convertido en el gran mal de nuestros días. Casi todos sus pacientes, o clientes, o lo que sean, lo visitan por el mismo mal. Tienen miedo de morir, o de volverse locos, o le tienen miedo a su gerente, o de que a su hijo le hagan *bullying* en clase, tienen miedo de que su mujer les deje, o de que su marido no esté realmente enamorado,

miedo a envejecer; sobre todo tienen miedo del miedo. Pienso en Cati, que huye de las palomas, y en Natàlia, que gritaba al ver una araña. Al mismo Blai le produce pánico quedarse calvo y a mí me aterroriza volar. Cosa extraña, teniendo en cuenta que no tengo nunca los pies en el suelo, comenta Andreu.

—¿Cómo crees que podría evitarlo? —le pregunto.

—No te hagas auxiliar de vuelo —responde.

Al margen de mi caso, Andreu cree saber cómo tratar este tipo de fobias; lo hace mediante un sistema norteamericano que se llama «terapia estratégica breve». Pregunto:

—¿Creéis que el término 'breve' sería un buen concepto para definir nuestra generación? Quiero decir que resolvemos los problemas al instante, o mejor: no los resolvemos, pero los dejamos al margen y, de hecho, los *youtubers* nos están pisando los talones, solo a cinco años de distancia. En cinco años ya hay un cambio generacional; a nosotros ni siquiera nos dedican anuncios cargados de nostalgia como a los que nos preceden.

Los dos me miran como si estuvieran realmente interesados en este tema, y Blai responde:

—¿Pedimos otra de bravas? Tengo hambre.

Y Andreu:

—Yo no puedo gastar demasiado.

Y Blai:

—Pues yo dejé a mi psiquiatra porque solo me repetía que debo ver las cosas positivas de la vida. Qué se cree, ¿que no lo sé? Acabas pensando que te reprochan tu suerte. Sé cuáles son las cosas buenas que me rodean, soy un artista. Pero a veces no me apetece verlas. La felicidad no me inspira.

Durante unos segundos me digo que soy demasiado feliz para Blai; por eso no sabe cómo dibujarme.

—La filosofía Coca-Cola nos ha hecho mucho daño —suspira Andreu. No pueden beber Coca-Cola porque, además de los insomnios y de las crisis y de sus respectivas medicaciones, también comparten una acidez gástrica puntual que, en el caso de Andreu, estuvo a punto de provocarle una úlcera, y tuvieron que operarlo. Yo no bebo Coca-Cola porque no me gusta.

Optamos por una segunda cerveza.

Entonces, la chica que se sienta en la mesa de al lado se gira hacia nosotros y nos pide que le guardemos el bolso un momento, que tiene que ir al baño. Es un bolso de piel pintado de verde, con una hebilla naranja. La chica dice algo parecido a «gracias» y sale corriendo hacia los servicios. Andreu hace un comentario sobre su

culo, Blai lo secunda, y recuerdo que Cati, Natàlia y yo empezamos a celebrar mi vigésimo cumpleaños en esta misma plaza, en el Café del Sol.

Nos sentamos a las mesas del altillo, el pianista que tocaba aún no estaba muerto, pero le quedaba poco. Aquel pianista tan viejo era nuestro vecino, pero cuando era nuestro vecino no sabíamos que fuera pianista, y aún menos que fuera el pianista del Café del Sol; nunca lo oímos ensayar. A veces nos lo encontrábamos en el portal de casa a las tres de la madrugada, y no acertaba con la llave en la cerradura, decía que porque la calle estaba muy oscura. Nosotros lo ayudábamos. Un día, dejamos de encontrárnoslo. Otro día, poco después, vi su foto colgada en el piano del Café del Sol. Entonces comprendí por qué el hombre llegaba a casa a las tres de la madrugada y no atinaba con la llave, también entendí por qué estaba su foto en el piano del bar, y por qué ya no lo veíamos.

En cualquier caso, la noche que celebrábamos mi vigésimo cumpleaños, nos sentamos en la primera planta del café, junto al piano, y al piano no estaba ni nuestro vecino ni nadie. Marta había traído unas setas de Ámsterdam que se llamaban *dry mushrooms* porque eran secas, y sabían a trufa. Claro que en aquellos tiempos de pisos compartidos y de crisis a final de mes, nunca habíamos probado la trufa. Ni, de hecho, habíamos probado aquel tipo de seta.

Después de comérnoslas disimuladamente cuando los camareros no miraban, fuimos a una fiesta que los de medicina organizaban en el Hospital Clínic. No habíamos dado ni diez pasos en la Diagonal, y Natàlia ya bailaba con el hombrecillo verde de los semáforos, que se encendía, se apagaba, se encendía y se apagaba. Cati acariciaba a los árboles mientras les decía que qué putada, tener que vivir allí plantados. Marta gritaba: «Es que no me entendéis, nunca seréis capaces de saber lo que me está pasando». Yo me senté en un portal para comunicarme telepáticamente con un amigo que tenía en Palma.

De pronto, nos topamos con un bloque de hielo inmenso, en la parte alta de la Rambla. En el interior había flores incrustadas; rosas rojas presas en el bloque de hielo. Como no es posible encontrarse con un bloque de hielo más grande que tú en medio de la calle, primero lo tocamos, que es lo que se suele hacer para comprobar que algo es real. Cati metió la mano hasta los codos por los agujeros, Natàlia aprovechó aquellos agujeros para trepar y sentarse sobre el bloque de hielo. Marta ponía los ojos como platos y decía algo sobre *La costa de los mosquitos*. Yo preguntaba a los

paseantes si veían lo mismo que nosotras. El resultado fue empírico.

Ahora Natàlia está casada y regenta un hotelito en Valencia; no sé qué ha sido de Marta. A la única que vi hace poco y por casualidad fue a Cati, que acaba de mandarme un SMS: «*L'arruga és vella*[1]».

Dentro de un rato cumpliré treinta años y debería sentir algo. Al fin y al cabo, desde aquel cumpleaños de las setas ha pasado un tercio de mi vida, que equivale a la mitad de la vida de entonces. Mi padre me dobla la edad, y mi madre ya tenía dos hijos al cumplir los treinta. Tendría que impresionarme. Pero lo único que me preocupa es pensar en una buena respuesta para la mala puta de Cati. Y que nos traigan otra cerveza.

Veinte minutos más tarde, la chica que nos ha dejado el bolso sigue sin volver del baño, Blai le ha pedido a Andreu que sea su psicólogo, Andreu ha aceptado encantado, el camarero aún no ha retirado los platos sucios de los bocadillos y las patatas, y la conversación deriva hacia las mujeres. Blai cuenta que, de vez en cuando, queda con una profesora de párvulos que «tendría muchas posibilidades si fuera algo más creativa». Deduzco que es un muermo de tía. Espero que no se lleve deberes a casa.

Conozco a la novia de Andreu: es una estudiante de diseño, atontada como pocas, que se va metiendo un porro tras otro en la boca para no tener que abrirla. Ella cree que calladita está más guapa, pero no sabe que para eso antes tendría que operarse la nariz y depilarse las cejas.

Al principio, Andreu se sentía un poco culpable por salir con una chica diez años más joven que él. Ahora dice que se acuerda de mí, de los tres años que compartimos piso en el Eixample, en la calle Villarroel; entonces él se reía de los hombres que yo llevaba a casa, porque no podía entender qué veía en tíos tan mayores, ni qué veían ellos en mí. Creía, simplemente, que se aprovechaban. Su teoría de psicólogo en prácticas era que los hombres que se sienten atraídos por chicas más jóvenes son idiotas, porque en realidad huyen del nivel intelectual de conversación que les corresponde, conscientes de que no estarán a la altura. Por los silencios de su novia actual, quizá ha llegado la hora de darle la razón.

«Es muy agradable, me hace sentir cómodo», dice él, qué mejor prueba de amor. El problema, sigue, es que como nota que ella lo admira, no quiere decepcionarla. Me pregunto qué puede admirar una estudiante de diseño de un psicólogo que acaba de incorporarse al mundo laboral, y apunto mentalmente: la sensibilidad, un sueldo

aceptable, y la posibilidad de acompañarlo una vez al mes a Barcelona. Andreu realquila aquel piso de la calle Villarroel en el que vivimos juntos para poder conservar así a los clientes o pacientes o lo que sea que tenga a este lado del charco; los inquilinos realquilados le dejan una habitación libre en la que hay una cama, un armario y una mesa donde instala el portátil cuando va. Creo que su novia es una buena excusa para reubicarse en Mallorca; no me extrañaría que, dentro de un par de meses, empezaran a vivir juntos.

Debo de haber puesto una cara rara, porque Blai me pregunta: «¿Qué miras?». Respondo: «El futuro». Y como si se tratara de una señal, ambos consultan qué hora es en sus móviles. «¡Felicidades!», gritan. Ya son más de las doce y oficialmente he cumplido la edad adulterada. Me preguntan cómo me siento. Respondo que igual.

—Es la prueba definitiva de que has cumplido treinta años —sentencia Andreu—. Ya no volverás a notar los cambios hasta que entiendas que estás intentando dejar de notarlos.

Tendría que hacer un esfuerzo monumental para entender lo que eso significa. Y, la verdad, prefiero celebrar mi cumpleaños de cualquier otra manera. Pero no podemos irnos sin devolverle el bolso a la chica que nos ha pedido que se lo guardemos. Voy a buscarla al baño.

Llamo a la puerta. Silencio. Vuelvo a llamar. Nada. Tal vez debería de preocuparme. Insisto. Otra chica llega y escupe: «Oye, que si no contestan es porque no hay nadie». Pero yo sé que sí hay alguien. He visto cómo la chica que nos ha dejado su bolso entraba y no ha salido. Vuelvo a llamar. La otra chica se impacienta, me echa a un lado y abre la puerta mientras dice «que me estoy meando, hostia». De lo que va a encontrar dentro, espero cualquier cosa: la chica del bolso tendida en el suelo, desmayada o con una sobredosis y la aguja clavada en el brazo, o echando un polvo con un camarero, o incluso cagando por los siglos de los siglos, o simplemente hablando por el móvil. Espero verla con un tiro en la cabeza, como en las películas, la sangre en las baldosas de la pared; o saltando por una ventana; o subida al váter, asomada a la cisterna, para sacar algún paquete escondido allí arriba; o cambiándose de ropa, como Superman.

Lo que no esperaba es lo que finalmente veo. O mejor: lo que no veo. La chica no está. El baño está vacío. Y no hay una ventana miserable por la que escapar. La chica que ha entrado me cierra la puerta en las narices.

—Se la ha tragado la taza del váter —les digo a mis amigos.

—Bueno, no pasa nada, deja el bolso en la barra y ya vendrá a recogerlo —contesta Andreu. Quiere ir al Luz de Gas, porque podemos entrar sin pagar con mi carnet de periodista y ligar allí está tirado si no te fijas en los rostros de tus interlocutoras y, cita a Groucho Marx: podemos beber para hacer interesantes a los demás.

Pero el chico de la barra no quiere responsabilizarse del bolso. Dice que, si hay una bomba dentro, él será el que se la cargue, y no le apetece tener problemas. Se me ocurren cien mil respuestas para una idea tan estúpida, pero no tengo ganas de discutir porque es mi cumpleaños. Así que me cuelgo el bolso-bomba del brazo y nos vamos de fiesta.

Cumplir treinta años es despertarse con resaca un lunes de Sant Jordi al lado de un desconocido. Y pensar que ya no tienes edad para estas cosas.

Al menos estoy en casa, me consuelo. La habitación apesta a *whisky* y me levanto, entro en la ducha, y espero a que el otro se despierte mientras tanto. Cuando vuelvo a la habitación, todavía apesta más que antes, y el otro no se ha despertado. Abro las dos ventanas que dan al balcón, y el ruido de las taladradoras que perforan la calle hacen el resto. El desconocido abre los ojos con una sonrisa estúpida. «Buenos días», balbucea, y me entran ganas de meterle una patada en la boca.

En cambio, le digo tan contenta:

—Tengo una idea: ¿por qué no vas a por un par de croissants mientras preparo café?

El desconocido se levanta, pasa de ducharse y, cuando se pone los pantalones, se le cae un naipe del bolsillo. Es un tres de picas. Le pregunto: «¿Y eso?». Y él: «¿No recuerdas que soy mago?». Entonces me viene a la cabeza una imagen: él, en el Luz de Gas, me saca un cigarro de la oreja.

—Pero ¿mago en qué sentido? —sigo insistiendo.

—En el sentido de descubrir conejitos —dice el hijoputa.

Cuando vuelva de comprar los croissants, no le abriré la puerta.

Sant Jordi, *collige, virgo, rosas*. Me duele la cabeza, y mientras me pierdo entre los stands en los que se acumulan los libros y las personas que miran libros, y las manos que cogen libros y los libreros que esperan vender centenares de ejemplares, decido que esta vez escribiré un artículo sobre el final de la *Diada*. Será un artículo sobre los pétalos pisoteados en el suelo, y sobre el número de suplementos que la prensa ha dedicado a las novedades

editoriales y que también han acabado pisoteados; un artículo sobre la metáfora de la alegría efímera y pasada, y sobre todo el dinero y el esfuerzo que se han destinado a la fiesta literaria y que tendrán un único epílogo: vendrán los de BCNeta a recogerlo todo y se lo llevarán en un camión de la basura.

—¡Bienvenida a la treintena! —exclama Elba cuando se lo cuento. Elba es una compañera de trabajo que este año se ha librado de escribir el eterno reportaje de Sant Jordi porque tengo que escribirlo yo. Y que, por esa razón, cree que puede reírse de mi resaca.

—Estoy hablando de libros, no de edades —respondo (o creo que respondo) arrastrando las palabras.

—Sí, claro —sigue ella, articulando envidiablemente todas las letras—. Esa visión tuya del Sant Jordi no está nada relacionada con que hayas cambiado de decena ni con que te acojona pensar que has entrado en la edad adulta, donde parece que todo vaya en serio. ¡Las flores pisoteadas de la juventud!

Pienso en Andreu, que con las prisas por hacer terapia estratégica actúa como Elba y se saca conclusiones de la manga. Y eso de sacarse cosas de la manga me recuerda al mago, que se ha pasado media hora llamando a la puerta. Y el martilleo de la puerta me recuerda a mi cabeza, hoy especialmente perjudicada. No volveré a beber alcohol nunca jamás en mi vida.

—Es mejor que escribas el reportaje de siempre, con sus firmas importantes, y los libros más vendidos, y con el ambiente alegre de cada año, y todas las razones por las que las editoriales contratan publicidad en los periódicos y los periódicos hablan de las editoriales —recomienda Elba.

La opinión de Elba es muy importante, porque ya es una experta en tener treinta años. Vivió en la época de la laca y las hombreras y, de hecho, se ponía tres pares: las de la camisa, las del jersey y las de la chaqueta; parecía una jugadora de rugby. También confiesa sin pudor que utiliza las bolas chinas para ejercitar los músculos uterinos cuando va al gimnasio; se las pone antes de enfundarse las mallas. Digamos que es una chica práctica, que sabe por qué dice lo que dice: «Es mejor que escribas el reportaje de siempre».

—¿Me lo dices en plan simbólico?

—Te lo digo en plan efectivo, porque de lo contrario tendrás que reescribirlo.

Es la primera vez que siento que cumplir treinta años es dejar constancia de algo irreversible.

Mientras el ordenador se enciende, echo un vistazo a todas las novedades que he tenido que leer en diagonal durante las últimas semanas, un montón de libros apilados en mi mesa que amenazan con caérse encima de mí y que no leeré nunca. Porque llegarán otros, y luego llegarán aún más, y a mí me faltará tiempo para leer al menos las primeras páginas. Entonces empiezo a recordar todos los momentos que han sido como el principio de un libro inacabado, momentos que parecía que debían llevarte a algún sitio, que tenían que cambiar las cosas, como los principios de las novelas por leer, pero que han acabado apilados en las estanterías con la esperanza de ser recuperados algún día. Bien ordenados, eso sí, pero abandonados, al fin y al cabo, en la parte alta de la biblioteca; momentos que han resultado intenciones. Quizá, no se sabe, más adelante, algún día. Aún soy joven.

¿No?

Creo que no estoy bien. No tengo edad para pensar este tipo de cosas.

—¿Quieres un café? —pregunta Elba.

—Depende.

Los cafés de la máquina de la redacción son tan malos que alguien colgó una nota: «Atención, hoy está imbebible». Desde entonces, cuando alguien es el primero en tomarlo, añade algo, como: «Pasable»; «Altamente radioactivo»; «No os acerquéis»; «Luz verde».

—Pone «veneno».

—Adelante. —Con un poco de suerte, si me muero, se me pasará este dolor de cabeza.

Mientras remuevo el café y me pregunto cómo puedo empezar el reportaje y espabilarme, llamo al Sol Soler por segunda vez. Nada. Nadie ha reclamado el bolso. Cuando llegue a casa esta noche, lo abriré para ver si dentro hay datos de la propietaria; una agenda, un teléfono móvil, algo que me ayude a localizarla.

Sobre la mesa tengo el regalo que me he hecho a mí misma: una botella de 100 mililitros de Don Algodón. Ha sido un arrebato, cuyo motivo no osaría preguntarle a Andreu, el psicólogo estratégico breve. Es el agua de colonia que me ponía a los quince años, la primera vez que un hombre olió mi cuello mientras me besaba. Después, simplemente, dejé de perfumarme.

No me interesan los cosméticos, pero al pasar por una tienda mientras recogía datos para el reportaje del día de Sant Jordi, seguramente para huir de la multitud de la calle, he creído que

quizá ya va siendo hora de que me ponga crema en la cara. Las arrugas no me dan miedo, pero dicen que a los treinta empiezan a salirte un montón, y si te ríes aún te salen más y, al fin y al cabo, soy demasiado feliz para que Blai pueda pintarme, lo cual quiere decir que me río mucho. De hecho, dicen que mi risa es de cómico, porque sé cuándo debo reírme abiertamente con la *a*, jajajaja, o maliciosamente con la *e*, jejejeje, o con el histerismo de la *i*, el sarcasmo de la *o*, la burla de la *u*. De modo que si me río con todas las vocales, también quiere decir que hay riesgo de que se me arrugue el rostro, y una cosa es no temerle a las arrugas y otra, bien distinta, arrugarte antes de tiempo por falta de previsión.

Comprar el tarro de crema facial y la botella de Don Algodón ha sido todo uno, otro gesto que tampoco querría que Andreu analizara. Escondo la compra en un cajón para evitar preguntas indiscretas.

Por fin, descanso un momento en la silla, me recojo el pelo y me pongo las gafas. Ya puedo empezar el artículo. Escribo: «La novela histórica hizo historia ayer». Sonrío, qué malo. Selecciono, borro, escribo: «Pese a los carteles de la próxima campaña electoral que brotaban en la Rambla». No, no, no. Selecciono, borro, escribo: «El calor». ¿Qué calor? ¿A quién coño le importa el calor? Todo el mundo se acuerda de que hoy ha hecho calor. Selecciono, borro, escribo: «No hay nada más disuasorio que un libro, pero por conseguir el autógrafo de uno de los ídolos de televisión, centenares de personas se esforzaron ayer por comprar uno y hacer cola». Selecciono, borro, escribo: «La puta mierda de los cojones de Sant Jordi llenó las calles de gente, y la Rambla estaba más imposible que de costumbre. Ganaron los de siempre, los turistas fliparon a saco, y después llegó el dragón, hasta los cojones de ser el eterno secundario, y lo arrasó todo con una llamarada de fuego, Liceo restaurado incluido. Por cierto, tenía mal aliento». Selecciono, borro. Suspiro. No escribo nada.

Mi madre me llama para felicitarme. «¿Cómo te sientes?», pregunta. Vieja, resacosa, apática, poco inspirada, aburrida y con ganas de irme a casa, diría. Me siento como una de aquellas pasas que no les gustan a los niños para comer. Pero respondo: «Demasiado feliz para que puedan dibujarme». Me considero tan ingeniosa, que a partir de ahora siempre contestaré eso.

Después de tomar un segundo café vomitivo, y de recibir unas cuantas llamadas más, tomo aire y vuelvo a empezar: «A veces, incluso los escritores se quedan sin palabras. Pese a ser su día». Y precisamente por eso.

TODO A UNA CARTA

Al día siguiente me despierta una terrorífica sensación de *déjà vu*. Soy como Bill Murray en *El día de la marmota*, pero en versión *gore*. Porque si él se despertaba siempre en el mismo día sin haber conseguido enamorar a Andie McDowell, mi caso es justo el contrario, y lo hago, por segunda mañana consecutiva, mal acompañada. «¿Qué haces tú aquí?», le pregunto al mago cuando lo veo amorrado a mi cara. «Ya sabes, es magia», responde él. Y si no llego a empujarlo con todas mis fuerzas, casi consigue besarme.

De camino hacia la ducha, recuerdo vagamente haberlo encontrado en la fiesta anual de la editorial Planeta, en la Sala B. También recuerdo haber bailado en una tarima con un montón de editores, escritores y periodistas, y recuerdo que un presentador de la tele me cantó el *Boig per tu* mirándome a los ojos. Recuerdo haberme dicho que enrollarme con cualquiera de ellos habría comportado una especie de incesto profesional y recuerdo haberme exigido que ni de coña. Recuerdo haber bebido un gin-tonic tras otro y, al llegar a la calle, recuerdo haber visto una motocicleta con el asiento reventado. Alguien había robado el casco que suele guardarse dentro, pero, en cambio, había dejado un libro. Recuerdo haber pensado que los ladrones no roban libros, porque los libros son disuasorios incluso en Sant Jordi, y recuerdo haber recordado que había escrito eso en un artículo abortado aquella tarde; también recuerdo haberme enfadado porque siempre estoy pensando en el trabajo. Entonces el mago cogió el libro del maletero de la moto, me dijo: «Toma, un regalo», y era *El puente de los judíos*. Recuerdo que a mí no me pareció bien que llegara el propietario de la moto, se encontrara con que se la habían roto para robarle el casco y que, encima, nunca supiera cómo acaba la novela que quizá ya había empezado a leer. Así que saqué un cuaderno de mi bolso, el cuaderno donde tomo notas en las ruedas de prensa, y le dejé un mensaje al motorista: «Lo siento, cuando hemos llegado, el casco ya no estaba; el libro sí, pero me lo han regalado. No te preocupes, acaba así: “Del hecho de que esta concordia y tolerancia se

mantenga instalada entre los habitantes del condado depende el futuro de nuestros hijos”. Feliz post Sant Jordi».

Supongo que después le di el libro al taxista, pero de eso ya no me acuerdo.

La cabeza me duele más que ayer, y al salir de la ducha me digo que esta vez no seré tan compasiva con el mago este. Le doy quince minutos para que se adecente un poco y se largue. Él parece conforme.

—¿Me llamarás? —pregunta.

—Si no sé ni cómo te llamas —respondo antes de cerrarle la puerta en las narices. Desde fuera exclama:

—Soy el mago Armando, el que te deja temblando. —Reconozco que, de algún modo, tengo que darle la razón. Después me quedo un rato con la oreja pegada a la puerta, hasta que oigo unos pasos en la escalera y cómo finalmente el portal de abajo se cierra.

Sobre la mesa del recibidor, como una tentación y una incógnita, está el bolso verde de la hebilla naranja, y entiendo que ha llegado el momento de destriparla. A mi casa no entran enigmas.

Revolver el bolso de una desconocida merece cierta ceremonia; es como asomarse a una vida que no es la tuya, con sus secretos y sus manías cotidianas, su orden interno, con ese tipo de intimidades que puede sorprenderte que alguien lleve consigo cada día, pero que para aquel alguien se han vuelto imprescindibles. Primero preparo la cafetera grande, después apago el teléfono móvil y desconecto el fijo. Y cuando ya tengo la taza a punto, sentada a la mesa del comedor, me enciendo un cigarro que prometí que no fumaría. Bien, ya puedo empezar.

Lo primero que noto al abrir el bolso es cómo huele la piel; debe de ser un bolso relativamente nuevo. Me imagino a aquella chica que desapareció en el baño entrando en una tienda de bolsos o quizá de zapatos. Puede que lo compre por capricho, o quién sabe si necesitaba un bolso nuevo porque el otro se le había roto, o porque el color no pegaba con la mitad de su vestuario. Entra en la tienda, ve este bolso de color verde con la hebilla naranja y piensa que es exactamente lo que andaba buscando, lo compra por unos sesenta euros, le saca las bolas de periódico que lleva de relleno y que quizá yo rellené de letras unos días antes, y donde estaban las bolas de periódico mete… esta agenda. Es una agenda convencional, grande, de tapas duras y que pesa bastante. Perfecto, seguro que hay anotados números de teléfono a los que podré llamar para localizarla. Pero antes, más movida por el morbo que por una necesidad real, sigo sacando cosas, me excuso con un falso «por si

acaso».

Extraigo por este orden: un pintalabios, una cartera de plástico, un estuche vacío para llevar los támpax, tres bolígrafos Bic, otro de otra marca, un paquete de pañuelos arrugado, quince céntimos, un dado rojo y dos horquillas para el pelo de color blanco. Me extraña no haber encontrado ningún móvil. Meto la mano en el bolsillo interior del bolso, pero solo hay otra moneda de cinco. Lanzo el dado y me sale un cuatro.

Me dispongo a abrir la cartera cuando, en el último momento, cambio de idea. Tengo miedo. ¿Y si encontrara nueve mil euros en billetes de cien? ¿Sería capaz de devolverlos? Claro que, ¿por qué debería haber nueve mil euros? La chica estaba nerviosa, me pareció que iba al lavabo corriendo, como si huyera de algo. De hecho, finalmente huyó; no la hemos vuelto a ver. Existe la posibilidad de que tuviera que entregar una cantidad de dinero, quizá un rescate, y la pillaran. Si no era un rescate, quizá se tratara de un asunto de drogas, algo feo. Quizá tuviera que disimular. ¿Y qué mejor manera que dejándoles el bolso a unos desconocidos?

Empiezo a encontrarme mal, y me sirvo una segunda taza de café. Tomo dos pastillas de paracetamol y procuro tranquilizarme. Ni la chica del bar huía de nada, ni llevaba nueve mil euros en la cartera, ni debo preocuparme por haberme metido en un fuego cruzado entre traficantes. De todos modos, no escrutaré su cartera. Al menos, no de momento. En cambio, miro su agenda.

La abro por cualquier página al azar. Veo que el 12 de enero tenía hora con el dentista. A las 11 horas. El 26, 27, 28 y 29 del mismo mes están marcados con una cruz. Y el 6 de febrero quedó con un tal señor Gispert a las 17 horas. El 23 vuelve a poner «dentista» a las 11, pero con un signo de interrogación.

Hay pocas cosas anotadas, parece que es una de las típicas agendas de las buenas intenciones. Uno se las compra a principio de año con la idea de organizar su vida, pero luego se da cuenta de que eso es más pesado de lo que creía. La pereza lo vence. Y de todos modos, no hay tantas cosas relevantes que merezcan ser anotadas. Un día viene detrás de otro, y si trae acontecimientos importantes, ya se encargará la memoria de recordarlos. Si no, lo hará la otra persona interesada cuando se trate de una cita; que probablemente tendrá una agenda de las de verdad y una voluntad real de ordenar una vida que, sin embargo, queda claro, ya tiene bien organizada.

Los días 24, 25, 26 y 27 de febrero vuelven a estar marcados con una cruz. Es de las que apunta sus menstruaciones, pienso. Y cuando paso las páginas para comprobar que la cruz vuelve a

aparecer sobre las mismas fechas del mes de marzo, es cuando la encuentro. De hecho, se me cae al suelo, y debo agacharme para cogerla. Es una carta tradicional, de papel, metida en un sobre alargado en el que pone: «Anna Sentmenat, calle Formatgeria, núm. 3 - ático, 08003 Barcelona». El matasellos está borroso, pero el sello es inglés, de 0,4 libras. En el remite solo lleva escrito: «Peter».

El sobre está cerrado.

Ha sido más fácil de lo que creía.

Pasado un primer momento de decepción (confieso que me había hecho ilusiones acerca de esta historia y quería que fuera cuanto más complicada, mejor), enciendo el ordenador y hago una búsqueda en Google. «Anna Sentmenat». Ningún documento encontrado. Hoy en día, no salir en Google es como no existir. Todo el mundo ha hecho algo susceptible de que quede registrado en la red: ha participado en una maratón, ha publicado una foto, o se ha inscrito en un seminario de arquitectura, o simplemente ha creado un blog con su nombre. Todo el mundo ha dejado su huella. Anna Sentmenat, no. En fin, concluiremos que su vida no ha trascendido tanto como para incorporarse al archivo universal. Acto seguido busco en Google Maps dónde cae su calle (en el barrio del Born), y finalmente llamo a información telefónica para que me den su número fijo. No consta ningún Sentmenat en el número 3 de la calle Formatgeria.

—¿No te parece todo supermisterioso? —le pregunto a Elba.

—Lo que es un misterio es cómo saldrá el periódico mañana.

Son las cuatro de la tarde, y en la redacción solo estamos ella y yo. Los demás aún se están recuperando de la fiesta de la noche pasada en la Sala B. O han tenido un accidente en masa, o han sido abducidos por un grupo de extraterrestres, o han sucumbido con el resto del mundo en extinción y el único punto del planeta que se ha salvado ha sido el periódico. Nada de eso se puede descartar del todo; o no ante una excusa que en un rato será imprescindible para apaciguar los gritos del señor director.

Elba vuelve a mirar las letras estampadas en el sobre y dice:

—Fíjate, las aes son abiertas. Eso quiere decir que quien las escribió es un maníaco.

—Eso explicaría por qué ella no abrió la carta: porque está harta de recibir amenazas de este tío. A lo mejor le manda una cada semana. ¡O peor, una diaria!

—¿Amenazas desde Inglaterra? Suena un poco estúpido. Pero, de momento, todo es posible —acepta encogiéndose hombros—. ¿Y

dices que ella no tenía ningún teléfono móvil ni nada?

—Ni un DNI. En la cartera solo había un recibo del Condis, y una T-10, pero solo le quedaban tres viajes.

Elba frunce el ceño y concluye:

—Debe de ser *amish*.

—¿Cómo?

—Ya sabes, *amish*. Si no tiene teléfono móvil, y se escribe cartas con un inglés en lugar de mandarle e-mails como hace todo el mundo… es que debe de ser *amish*. Sabes quiénes son, ¿no? Esos chiflados que pasan de la tecnología, y van por el mundo con carros tirados por caballos, y no tienen electrodomésticos.

Empiezo a pensar que Elba aún no se ha ido a dormir y se ha presentado borracha al trabajo.

—¿Estás borracha? —le pregunto.

—Pero tú has ido a su casa, ¿o no? —me interrumpe ella.

—¿Cómo quieres que vaya a su casa? ¿Qué es esto? ¿Servicio a domicilio? Ya he hecho bastante guardándole el bolso hasta hoy. Que el bolso me gusta, y a lo mejor me lo quedo.

Ella se vuelve hacia la puerta, se asegura de que no viene nadie, y enciende un cigarro. Mientras, yo voy a abrir las ventanas para que el director no note el tufo a tabaco cuando llegue. Elba dictamina:

—Leeremos la carta.

Ha empalmado desde la fiesta. Ahora estoy segura.

—No podemos leer la carta —protesto sin convicción. De repente, me ha venido a la cabeza la correspondencia que tuve con un amigo mallorquín, letras y letras (oh, Jaume querido) que nunca nadie habría entendido salvo nosotros.

—¿Cuándo encontraste el bolso? —insiste Elba.

—No encontré ningún bolso. Me lo dio la chica para que se lo guardara.

—Pues eso. ¿Cuándo te lo dio? ¿Hace más de veinticuatro horas?

No sé a dónde quiere llegar, pero de momento la ceniza se le cae sobre el teclado. Le digo que tenga cuidado.

—Si hace más de veinticuatro horas, el bolso es tuyo. Y si el bolso es tuyo, la carta también. Cuando pasan más de veinticuatro horas y nadie reclama un objeto, el objeto es de la persona que lo ha encontrado.

—¿De dónde sacas esa teoría absurda? —le pregunto a punto de

estallar con una carcajada.

Elba hace un gesto difuso hacia la sección de tribunales; vacía, como el resto de la redacción:

—Ellos no nos pueden llevar la contraria —dice con una sonrisa cómplice—. Además, lo he deducido por pura lógica: si una persona se considera desaparecida pasadas las veinticuatro horas, y no antes, debe ocurrir algo parecido con los objetos.

—Espera: ¿quieres decir que si encuentras a un niño extraviado veinticuatro horas después de que sus padres lo hayan perdido de vista, aquel niño es tuyo?

Pero ella no puede responderme, porque quien aparece en ese preciso momento es el director, y lo que se vuelve escurridizo es el cigarro de Elba, hundido disimuladamente en mi vaso de café. Nosotras simulamos escribir muy concentradas, el director finge que no nos ha visto, y se adentra en su despacho con brusquedad. Dos minutos después, su secretaria está llamando a los redactores uno por uno. Pasados veinte, están todos tecleando en sus mesas.

«*Dear* Anna», empieza la carta, con una fórmula clásica que me conmueve. Y a partir de ahí solo entiendo frases sueltas, como llegan, al vuelo, fragmentos de las conversaciones de las mesas a mi alrededor. He encontrado, quizá, el último asiento libre en la terraza del Kasparo y me he atrevido a pedir una caña. Elba ha optado por irse a casa, porque en las dos últimas horas en el periódico tenía mala cara y se moría de sueño y de asco y tenía ganas de vomitar.

Son casi las diez de la noche, y un par de rumanas se acercan con la mano tendida, dicen que tengo los ojos sinceros. Supongo que llevo, sinceramente, la resaca reflejada en ellos. Las rumanas ya no acostumbran a dejarse caer por aquí; hace un par de años no se iban sin haber conseguido al menos un bocadillo. Ahora, en cuanto niego con la cabeza, simplemente tienden la mano de forma mecánica hacia otra mesa, y le comentan a la chica que se sienta con su novio que tiene el corazón puro. Algo dentro del bar se cae al suelo, me llega el aroma de la marihuana y un vencejo chilla, da dos vueltas despistado alrededor de la plaza hasta que desaparece entre los tejados.

Vuelvo a leer: «*Dear* Anna». Y hay algo, en el cuidado al escribir cada palabra, que me hace pensar que aquella era la primera vez que Peter escribía «Anna» sobre un papel. Tiene una letra antigua, como de abuelo que se ha pasado horas aprendiendo caligrafía de pequeño para acabar condensándola en las órdenes cumplidas a toda prisa en la adolescencia; es una letra que no luce, en tiempos

de la informática, una letra de efes perfectas que suben y bajan, y de eses retorcidas, y de aes efectivamente abiertas, un poco maníacas. Es una letra limpia que seguro que dice cosas limpias. Y que por un momento hace que me invente a un Peter de pelo blanco y gran mostacho, con una pipa en la boca, que le escribe una carta a su nieta, la hija de su hija, casada con un señor Sentmenat. Todo cuadra. El abuelo Mister Thomson escribe a la nieta con aquel sentimiento que es amor en la descendencia y respeto cuando asciende, y la nieta piensa que ya leerá las palabras de su abuelo más tarde, que ahora tiene mucho trabajo; deja la carta del abuelo entre las páginas de su agenda hasta que encuentre el momento adecuado para… La teoría se desmonta.

De repente, mis ojos tropiezan con una frase, y esta sí que me la sé, por las canciones y las películas, tan cursis y pegadizas. Dice: «*Will you marry me*?». El corazón me da un vuelco en el pecho, como si un desconocido acabara de hacerme aquella misma proposición en una terraza de la plaza Francesc Martorell, en esta misma mesa en la que estoy sentada, con la naturalidad con la que hace un rato las dos rumanas me han dicho que tengo los ojos sinceros y después se han ido.

Vuelvo a leer la carta desde el principio, esta vez con un cigarro en la boca que va a ser el penúltimo. Cuando dejas de fumar, no puedes pensar que el cigarro que te estás fumando será el último, porque entonces te pones nervioso, te angustias y te entran más ganas de fumar. Es mejor decirte que te fumas ese porque la ocasión lo merece, y que después ya está, quedará otro, solo uno más, para otra ocasión importante. Te guardas un as en la manga y se lo ganas al subconsciente.

Me enciendo el penúltimo cigarro, como digo, leo la carta desde el principio, y capto algunas cosas más que la vez anterior. Es una carta de amor, pero no entiendo por qué alguien decide declararse por carta, si puede hacerlo cara a cara o por teléfono. Hay cosas que se me escapan. Por ejemplo: ¿qué tiene que ver la policía? También menciona una serpiente. Excepto eso, juraría que se trata de una declaración amorosa al uso, recuerdos de una noche fantástica, cuerpos, pieles, necesidades. Lo que no me queda claro es cómo una declaración así puede hacerse por correo postal y, aún peor, mediante una carta sin certificar. Supongo que el remitente debe de ser un cobarde, un clásico o un supersticioso. Un excéntrico. Alguien que en el fondo espera que sus palabras se las lleve el viento. O la burocracia. O cualquier mecánica de la que no puedes

sentirte responsable.

De camino al metro, pienso que quizá el chico se lo ha jugado todo a una carta. Si fuera así, ha perdido: la carta se ha extraviado. Aunque quizá no del todo; no todavía. Ahora su suerte está en mis manos. Mejor dicho: en mi bolsillo, bien doblado. Es a mí a quien corresponde entregar esta petición de matrimonio a su destinataria. Y su destinataria, en estos momentos, cuando la carta está fuera del sobre y no tiene una dirección específica, puede ser cualquier «*dear* Anna».

LA NOTICIA DE CATI

Hay tantas ciudades como veces la recorres, me decía Jaume cuando aún nos escribíamos. Él se refería a una Palma que, en efecto, cambia siempre que la miras y se multiplica ante tus ojos. La luz y tu estado de ánimo cambian el suyo, y a veces te parece que vas por una pequeña ciudad francesa, y otras por un pueblo de la Toscana, por una estampa que solo aparece en los cuentos, o por un laberinto de pesadilla sin salida que se alarga ante tus pasos y te grita igual que una madre harta de que aún vivas con ella.

Barcelona es distinta. Barcelona tiene muchas ciudades en una, y sigue siendo ella aunque no la mires, ajena a ti y a tu estado de ánimo y a la luz. Cada vez más enorme, como un ser lleno de bultos que crecen anárquicamente, Barcelona comprueba cómo sus prótesis de silicona, que es la construcción, se esparcen sin orden. Le han prometido que esta realidad es momentánea; un presente incómodo y necesario que aprenderá a ser futuro, como las operaciones de belleza que te mantienen unos meses en cama, con vendas, y que, cuando acaban, te devuelven a la juventud. O una vejez idéntica a todas las otras que pueden pagarse.

Si Palma es la madre que a veces te acoge y otras te echa de casa, Barcelona sería una bisabuela a la que la dignidad ha mermado las fuerzas y se deja hacer. Los cirujanos de la especulación la abren y le meten tubos para que respire, la alimentan con sueros y le hace pruebas, experimentan. Han apuntado, han añadido, han pintado, amontonado, reconvertido. Cuando llegué a esta ciudad, hace doce años, Barcelona prometía ponerse guapa. En todo este tiempo, lo único que ha hecho es evitar promulgar este tipo de hipocresía.

Caminas por barrios como el de La Sagrera, y tropiezas con los andamios, y los ladrillos, y los agujeros del asfalto que te hacen creer en la ciudad que podría llegar a ser. Pero que no llega a ser nunca, porque siempre le colocan más andamios, y más agujeros, y más ladrillos. Los edificios bajos de cuatro plantas y persianas verdes, puertas enmarcadas que dan al balcón, van siendo

sustituidos por otros edificios marrones y feos que recuerdan a aulas prefabricadas. Te preguntas cuándo le tocará al tuyo.

La primera Barcelona que vi al salir de casa este sábado era la de los niños gitanos que viven en el bloque okupa de enfrente. Dentro de una semana, vendrán unos señores con cascos, harán un gesto, y otros señores con cascos pondrán ladrillos en todas las puertas y ventanas; llegará una excavadora y derribará el bloque entero. De momento, aún no lo sabemos, y los niños gitanos juegan a lanzar una paloma moribunda al cielo, y a recogerla cuando cae al suelo con las manos sucias. Al verme, el más alto de los tres me grita: «Mira, señora, este pájaro es nuestro». Y a mí, que el término «señora» no me ha gustado, me da por contestar: «Pues qué asco, estará lleno de pulgas, y tendréis la gripe aviar y se os caerá la piel a tiras». El más raquítico responde: «Las palomas de la paz están hechas para eso: para que les metas una rama de olivo por el culo y las lances tan arriba como puedas. Al final siempre acaban aplastadas». Un filósofo, me digo, que ha aprendido las leyes de la calle.

¿Dónde dirías que estamos, en esta ciudad operada? ¿En qué parte de su cuerpo? ¿En la punta de un dedo de su pie?

Veo a la señora Montserrat, cargada con las bolsas de la compra; le digo: «Buenos días, señora Montserrat, ¿cómo está?». Y ella dice que bien, que «muy bien, hija», y la ayudo a abrir la puerta de su casa, y después me voy.

Voy con las manos en los bolsillos hasta la parada del metro de La Sagrera, y paso de largo. Cruzo la Meridiana, abierta en canal, y la Barcelona-dedo-del-pie que hay delante de mi casa se ha convertido en una Barcelona destripada. De las entrañas de la avenida salen grúas amarillas, lentas y mecánicas, que giran ahora hacia la derecha, ahora hacia la izquierda, y te sientes como el peluche de un expendedor de feria, un premio barato bajo los ganchos que podrían agarrarte para soltarte desde arriba, igual que han hecho los niños gitanos con la paloma. Paz a patadas.

Cruzada la Meridiana hecatómbica, la calle Sant Antoni Maria Claret está vacía, como siempre. El camino en sí no tiene sentido, pero lleva a algún lugar y por eso debe hacerse, siempre con las manos en los bolsillos, siempre hacia el complemento directo. Primero ves unos chalés adosados (seguramente residencias militares) que parecen perros viejos esperando a la muerte y, en cuanto los pierdes de vista, te olvidas del resto del trayecto; no sabrías decir si había árboles, escuelas, no sabrías decir qué tipo de arquitectura te ha acompañado hasta la gasolinera del Paseo

Maragall. Sigues adelante, sin que nada te haya distraído ni entretenido. Estás tal vez en el brazo de Barcelona, útil porque une el tronco con el antebrazo, que sostiene la mano. Y cuando llegas a su extremo, ves esa mano frenética y solemne; en la palma lleva las señas de identidad, la línea de la vida y de la fortuna y del dinero, y algunas más: el hospital de Sant Pau.

Se trata de una mano frenética porque el barrio juega a serlo, y las señoras compran tomates en las tiendecitas abiertas, y las ambulancias pasan a toda prisa sin sirena, y las dependientas de un salón de bronceado artificial se toman un descanso y se sientan en un portal y se quitan los zapatos y se miran los pies. Solemne solo para los que vimos la obra de Domènech i Montaner ya de mayores, sin haber sido nunca pacientes del hospital ni haber tenido recuerdos entre sus paredes que hayan borrado el perfil de las fachadas o de las esquinas, las columnas, los jardines, las escaleras. Los barceloneses ven ahí el lugar al que iban cuando les dolía la barriga, donde nació un hermano, donde murió la abuela y, mientras estaba ingresada, alguien aprendió a caminar; hay sentidos y sentimientos más poderosos que la vista. Los barceloneses sienten en el Hospital de Sant Pau la mano que los acariciaba o los oprimía. Los que llegamos después nos hemos fijado en las particularidades de esa mano que nunca hemos apretado: el trazo de sus líneas, la forma de las uñas, el tamaño de la palma…

Bajo por la Avenida Gaudí y la solemnidad no existirá mientras las grúas les hagan la competencia a las torres de la Sagrada Familia; agarran a los visitantes y los dejan allí arriba, colgados. A los turistas no les importa, y pululan alrededor del templo como si fueran palomas, invisibles y pesadas, sin rostro, pero con esa capacidad para aglomerarse y para crear una masa que ocupa un espacio vital imprescindible. Arrullan. Al verlos, dan ganas de correr hacia ellos, a ver si salen volando; claro que te arriesgas a que se te caguen encima.

A mí me pasa con la Sagrada Familia lo que les pasa a los barceloneses con el Hospital Sant Pau: no veo lo mismo que los turistas, no siento lo mismo. Ellos se llevarán las vistas fotografiadas como *souvenir*. Pero, en mi recuerdo, este es el templo que la osadía le rindió al amor.

Se llamaba Lluís, tocaba el piano y, si fuera una hortera, diría que bajo sus dedos me sentía como una composición de Satie. Me enamoré de él cuando interpretó la *Arabesque* número 1 de Debussy en un restaurante al que fui a cenar con uno de esos hombres que

nunca has visto a la luz del día. Conocía la versión psicodélica de Isao Tomita, porque era la sintonía de un programa que veía de pequeña al volver del colegio, *Planeta Imaginario*, y que no había vuelto a escuchar nunca más. Cuando Lluís tocó la composición original de Debussy en aquel restaurante que se llamaba El Caliu, podría haber pensado que, con el tiempo, aquel pianista desconocido se convertiría en mi vecino de la Plaza de la Libertad: un viejo borracho que volvía a casa a las tres de la madrugada y no acertaba con la llave, y de quien, cuando muriera, solo quedaría su foto colgada en el piano del restaurante.

En cambio, cuando Lluís tocó la *Arabesque* número 1, un pedazo de mi infancia que había olvidado se plantó en la mesa a la que estaba sentada con aquel hombre que no volvería a ver nunca más, ni a la luz del día, ni a la luz de las velas, ni con buenos ojos ni de ningún modo. Y sin que fuera a causa de un recuerdo concreto —en el programa aparecía la marioneta de un faquir, y Pep Bou hacía pompas de jabón, pero no era eso lo que me emocionó—, sin que fuera porque aquellas tardes de niña debía de ser muy feliz ante la televisión, ni por nada que sepa explicar, al escuchar al pianista tocar en aquel restaurante, me puse a llorar delante de una fondue que fui incapaz de acabar. Entonces entendí que tenía que mandar a la mierda a mi acompañante de mesa. Yo lloraba y él se preguntaba qué había dicho, qué había hecho mal, y se revolvía nervioso en el asiento y me preguntaba si era porque no me gustaba la comida. Supe que tenía que conocer como fuera a aquel chico que tocaba el piano, y que tenía que pasar la noche con él. Quizá también el resto de mi vida.

Por eso, al acabar el postre, y tras disculparme con mi acompañante, «estoy muy cansada, me voy a casa», después también de haber hecho el gesto de coger un taxi y de no cogerlo, volví al restaurante. Ya cerraban, pero el pianista estaba en la barra y tomaba un ron. Le dije que me gustaría sentarme a su lado. Él respondió que me estaba esperando.

Una noche, meses más tarde, Lluís me propuso que hiciéramos el amor en las alturas.

Colarse en la Sagrada Familia a las cuatro de la madrugada es relativamente sencillo. La barandilla de la fachada de Gaudí es baja, cerca de la calle Mallorca. Nos subimos al muro y, cogidos a la balaustrada, caminamos por la pared, que va alzándose sobre la acera de la calle hasta casi la entrada principal. Al llegar allí, pasamos primero un pie y después el otro por encima de la reja, con

cuidado para no clavarnos los pinchos. Y ya estábamos dentro. El resto fue fácil. La puerta de la catedral estaba abierta, y en el interior se apilaban sacos de cemento, carretas, palas y andamios. A través del techo, aún por construir, se podía ver una noche azul de cuarto creciente sin estrellas. Lluís, que me había cogido de la mano para ayudarme a pasar por encima de la reja, no me la soltó, y mi corazón dio un brinco porque es lo que pasa cuando tu cuerpo sabe que participa en una aventura.

Entonces, mientras buscábamos la escalera que debía llevarnos al goce celestial, entre los sacos de cemento, oímos un ruido detrás de nosotros. Podía haber sido cualquier cosa: un gato; un ladrón de ladrillos; el fantasma de Gaudí para anunciarnos que, si a él lo mató un tranvía, un tren acabará con su obra; cualquier cosa. Pero lo que se movía tras nosotros no era ni un gato, ni un ladrón, ni un fantasma, sino un guardia de seguridad que, al vernos allí a los dos, cogidos de la mano, no supo muy bien qué tono utilizar para echarnos.

—¿Qué estáis haciendo? —preguntó.

—Queríamos subir a una de las torres —respondí.

—Pues tenéis que comprar la entrada —resolvió.

—Ya, pero ahora está cerrado. No hay nadie en la taquilla.

—Claro, porque el horario para comprar las entradas es de día.

—Pero es que nosotros queremos subir a las torres de noche —dije. Y Lluís se animó:

—Tenemos ganas de ver Barcelona iluminada.

El guardia de seguridad, un joven de unos veinte años que habría aceptado aquel trabajo de forma provisional esperando cualquier otra oportunidad laboral, parecía cada vez más confundido.

—De día Barcelona está iluminada —protestó. Quizá aquel trabajo fuera provisional, pero estaba dispuesto a demostrar que podía hacerlo tan bien como cualquier profesional.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté.

El guardia miró a su alrededor con aire suspicaz, nervioso porque le parecía que era víctima de una broma televisada.

—Santi —dijo con cierta vergüenza. En realidad se le veía rabioso por haber respondido en lugar de exigirnos que saliéramos de allí de una puta vez.

—¿Quieres un cigarro, Santi? —dijo Lluís. Y Santi respondió que no fumaba y que, de hecho, en la Sagrada Familia no se podía

fumar.

—Mira, realmente lo que queremos es follar en una de las torres, nos da morbo echar un polvo divino, cuanto más cerca de Dios, mejor. Es una manera de demostrarle nuestro amor cristiano —le expliqué con mucha calma. El guardia Santi volvió a mirar a su alrededor, porque si aquello no era una broma para la tele, estaba claro que nosotros éramos miembros de una secta, y si éramos miembros de una secta tendría que pedir refuerzos. El guardia Santi sabía que las sectas son muy peligrosas.

—La casa de Dios está abierta a todo el mundo, ¿no? —añadió Lluís. El guardia Santi se sabía la respuesta:

—Sí, pero solo de nueve de la mañana a ocho de la tarde. —De pronto se impacientó. Debió de recordar que, del mismo modo que él nos había visto por las cámaras de seguridad, aquella secuencia también se estaría grabando en las cámaras del circuito interno. Y si así era, cualquier inspector podría encontrar las imágenes al día siguiente. Temió que algún superior le pidiera explicaciones de por qué no nos había sacado del recinto inmediatamente. Así que añadió:

—Y ahora, si son tan amables de acompañarme.

Lluís y yo tuvimos que conformarnos con un polvo incómodo y prosaico en el interior de una casita infantil que hay junto a los columpios de la plaza de la Sagrada Familia, frente a la fachada de Subirats. Cada vez que veo a los niños jugando allí, me parece que no se divierten tanto como lo hicimos nosotros. Creo que este tipo de sexo recibe el nombre de *dogging*.

Hace años que no veo a Lluís. De Santi solo retengo en la memoria su nombre. Y cada vez que paso por delante de la Sagrada Familia pienso que yo también me llevé un buen recuerdo de cuando la visité. Lo cual no me diferencia demasiado de los extranjeros que arrullan a su alrededor como palomas sin rostro ni rastro.

El turista solo es tan vulnerable como el pájaro con el que jugaban los gitanos delante de casa. Por eso, cuando un americano me pregunta por dónde queda la playa, me da pena y le indico el camino correcto. Pero a cambio, le digo: «un momento por favor, *wait one second, please, can you help me*?», a cambio le pido que me lea la carta de Peter a «*dear* Anna». La llevo doblada en el bolsillo de los pantalones, y la saco, y se la muestro al turista americano. «*Can you read this for me, please*?», digo, o algo parecido.

El hombre, calvo, gordo, con una camiseta en la que pone Pachá

que lleva dibujadas dos cerezas, primero me mira sorprendido. Pero después, cuando ya tenía las hojas en las manos, finge que lee con atención. Me estoy preguntando si realmente sabrá leer, cuando suelta una carcajada sonora, repleta de colesterol, y grita: «*Congratulations*», mientras me golpea la espalda como si fuéramos muy amigos. Da media vuelta y, mientras desaparece en la boca del metro, sacude su cabezota enorme y redonda y aún se ríe, consciente de algo que se me escapa.

Sentada a la barra del Michael Collins, Cati toma media pinta de Kilkenny. Tiene ese posado entre despistado y ajeno que pretende ser sereno; sin éxito, porque el cuerpo de Cati, en miniatura, conserva una inquietud *naif*, incluso animal; parece que tenga que salir corriendo en cualquier momento.

Cuando llego, se queja de que hayamos quedado en un pub tan oscuro, mientras me planta dos besos en las mejillas. Antes solíamos besarnos en los labios; pero ¿cuán lejos queda el antes? Al percibir que mira fugazmente hacia la puerta —en efecto como si tuviera que desaparecer como un ratón o una lagartija—, pienso que quizá no ha sido buena idea quedar con ella; sé que piensa lo mismo. Hará unos dos años que no nos veíamos a solas y a propósito. Y tras contarnos dónde vivimos, y con quién, y después de ponernos al día de nuestros conocidos, cómo está Blai, qué sabes de Nil, notaremos que ya no somos quienes éramos, veremos en la otra aquello que no queremos ver en nosotras, pensaremos que es la otra la que ha cambiado, y hoy volveremos a casa incómodas, y mañana tan contentas de habernos reencontrado que quizá lo reintentaremos dentro de otros dos o tres años.

Dice: «Anaïs Anaïs».

—¿Cómo?

—Ah, no, Amichi.

—No te entiendo.

—O… espera, ¿Eau d'été? ¿Fleur de jour?

Se refiere al Don Algodón que me compré, pero me da vergüenza confesárselo.

—Es Eau d'éte, seguro. ¿No?

Finjo sorpresa:

—¿Qué dices? Si no me he puesto nada. Debe de ser el champú.

Cati hace un gesto de suspicacia, entornando los ojos y murmura:

—Pues yo habría jurado…

Para cambiar de tema lo antes posible, le cuento una versión resumida de la historia del bolso verde y de la carta. Y después de que me hayan servido una pinta de Caffrey's, le confieso que estoy buscando un traductor. «Cualquiera de estos irlandeses me irá bien», señalo a los camareros. Cati me mira con las cejas en clave de fa, y adivino lo que me dirá antes de que lo diga.

—Que nos conocemos. Tú no quieres un traductor. Quieres un intérprete; alguien que te cuente una historia —y se ríe escandalosamente.

Su risa es más cómplice que contagiosa, y hasta que te acostumbras, te avergüenza un poco; supongo que como todas las franquezas, que nos avergüenzan cuanto más cerca las tenemos. La risa abierta de Cati es tan próxima como la que haría cualquiera si se atreviera. Recuerdo a Blai y aquella frase, «la felicidad no me inspira». Acaso lo que no me inspira a mí es la realidad.

—Tengo la impresión de que este Peter puede ser un hombre interesante. Y me parece que la tal Anna Sentmenat, que ni siquiera se ha leído la carta que él le mandó, no se lo merece —me justifico, incómoda.

—Y te ha entrado el morbo de encontrarlo —sigue Cati con tono seductor.

—Al menos, curiosidad por saber más cosas.

Cati y yo nos conocimos el año en el que llegamos a Barcelona. Ella, como yo, venía de Mallorca, pero para estudiar derecho. Vivía en el Sagrado Corazón, una residencia de monjas mustias, presuntamente modernas y afortunadamente sordas que no la oían huir los fines de semana para refugiarse en casa de Blai. Blai solía celebrar fiestas en el piso de la calle Verdi, o en la casa que su padre tenía en Vimbodí. Cati y yo coincidimos en una de aquellas fiestas, y en el interés por uno de los hombres que había entre los invitados.

Tras rivalizar toda la noche, decidimos que lo mejor era aceptar que teníamos muchas cosas en común, entre las cuales el gusto, y que quizá valía la pena hacernos amigas. Aquella vez, el tipo en cuestión durmió con Cati. Con los años, Cati y yo habíamos compartido tantos amantes que nos bautizamos como hermanas de fluidos. Cuando por fin dejó la residencia, nos fuimos a vivir juntas, con Natàlia y Marta.

El tiempo y, sobre todo, el trabajo han hecho que nos perdamos la pista; de Cati me llegan noticias de vez en cuando, por parte de Blai. Pero no todas. Por eso me quedo en shock cuando comenta:

—¿Te han dicho que me caso?

Hay cosas que no pueden ser. El Betis no puede ganar la liga, y Steven Seagal no puede protagonizar una comedia romántica. Casarse va contra todos los principios vitales y morales y existenciales de Cati; si ella se casa, mañana lloverá fuego y sangre, piedras, y del suelo saldrán todos los muertos de toda la eternidad, incluidas las amebas, y eso significará la destrucción definitiva del mundo. Me siento traicionada, sorprendida, asustada, y me sale así, con la cerveza por la nariz:

—¿Por qué? ¿Con quién?

Feliz de haber conseguido el efecto deseado, se retira el pelo de la cara, se lo coloca detrás de las orejas, y me pide un cigarro. No puede fumar, es asmática, pero le da igual:

—Es un encanto de hombre —sonríe mientras se guarda el humo en la boca y lo expulsa dibujando una o. —Si lo oyeras pronunciar sentencias… Cómo habla, es tan inteligente. Tiene una gran inteligencia social; sabe exactamente lo que tiene que decir y hacerlo en cada momento. Es imposible que no acapare toda tu atención. Y cómo se mueve… Me ha conquistado. Me trata de vos. ¡Y dice unas cosas!

—Ya me lo imagino: «Y por el justo poder que me ha sido otorgado, vos seréis mi esposa. ¡Se levanta la sesión!». —Pido dos pintas de Guiness (añado que para celebrarlo) y Cati me rectifica enseguida, que si bebe más saldrá rodando. Son las dos pasadas y no hemos comido nada. Cambia la cerveza por un té verde.

—Querida, no tienes ni idea de derecho. Lo cual me tranquiliza, porque eres una clienta en potencia —dice—. Mira que abrir una carta que no es tuya.

—Ya, bueno, pero esa chica no recogió nunca el bolso que me pidió que le guardara.

—Evidentemente que no. Porque lo había robado —exclama Cati con una carcajada que no le cabe en el pecho mientras un irlandés nos sirve con cara de pez y dice que aquí no se puede fumar—. A ver, piensa un poco —sigue en voz baja, como si lo que estuviera prohibido fuera hablar—, si en el bolso no había ningún teléfono móvil, ni la pasta de la cartera, ni nada de valor… ¿qué crees que podría haber pasado? Pues que la tía a la que visteis robó el bolso, lo vació y se deshizo de las pruebas. Por eso os lo dio. No entiendo cómo no lo habías pensado.

La culpa, la vergüenza y la estupidez estallan en mis mejillas, y tengo ganas de convertirme en los dos dedos de espuma de una Guiness con la única obligación de sostener un *pound* sobre mi

cuerpo. A la auténtica destinataria de la carta no solo le han robado el bolso, sino que, encima, le están negando conocer todas las partes de su propia historia. En consecuencia, esta falta de información le impide decidir su final. Al motorista de la noche de Sant Jordi al que habían abierto el maletero, al menos le dejamos escrito el último párrafo del libro que le robamos. Me siendo como si hubiera arrebatado las últimas páginas de una vida ajena. No. Peor. Me siento como si hubiera arrebatado las páginas intermedias, que pueden cambiar los acontecimientos y provocar simplemente que no tengan un vínculo o no se entiendan. He arrancado los brazos, el verbo transitivo que necesita el complemento directo al mismo tiempo que lo dota de sentido; he arrebatado la calle Sant Antoni Maria Claret del cuerpo de esta ciudad. Bueno, si solo se tratara de eso…

Pienso en la pobre Anna Sentmenat, que seguramente conoció a Peter la noche de fin de año en un pub parecido a este, pero en Londres. Jugaron a poner un *pound* sobre la cerveza para ver si estaba bien servida y la espuma la sostiene. Anna sabe un poco de inglés, pero no lo domina; hay lenguas que no entienden de idiomas y se enamoran. Ella debe volver a Barcelona, él la llama de vez en cuando. Pero son conversaciones torpes, porque la mitad de las palabras, inmediatas, se pierden en la traducción. Por ejemplo, él le pregunta: «*What are you doing*?», y ella le contesta: «*I'm watching TV, Miss España*», él cree que ella ha dicho: «*I miss España*», y no lo entiende: ¿cómo puede echar de menos España si está en España? Entonces piensa que ella es una independentista que considera que Cataluña no es España, y lo entiende aún menos, porque ¿desde cuándo un independentista echa de menos el país del que quiere independizarse? La conversación deriva hacia un surrealismo que ella, en inglés, no es capaz de dominar. Se siente imbécil intentando explicar un matiz que en su lengua materna resolvería en solo tres palabras.

De modo que le propone que se escriban, así podrá consultar el diccionario siempre que lo necesite; acaba de mudarse y aún no le han instalado la línea telefónica ni banda ancha ni internet, mejor que lo hagan vía *snale mail*.

Esta que llevo en el bolsillo es la tercera carta que le escribe él. No soporta la añoranza. Ella fue a visitarlo quince días atrás y, desde entonces, él es incapaz de pensar en nada que no sea ella. Por el bien de su rendimiento en el trabajo, por el bien de su salud mental, por el bien de su economía y por el bien del resto de sus

vidas, tienen que pasarla juntos. Perdérselo sería imperdonable, sería un crimen. Por lo tanto: *will you marry me*? ¿Os casaríais conmigo, oh blanca y pequeña rosa, llena de perfume, no hay en el cielo tantas estrellas como veces pienso en vos?

—Y claro, no le pude decir que no —cuenta Cati—. Es un hombre muy interesante, el Palau i Fabre de las leyes. Fue uno de los redactores del Tribunal de Estrasburgo.

—¿Del qué? —la cosa me suena, pero de los libros de historia. Así que: —¿Qué edad tiene?

—La edad de la sabiduría y del conocimiento —se ríe Cati. Y otra vez su carcajada estridente rebota en las paredes del pub y hace peligrar el equilibrio, a unos metros, de la Sagrada Familia.

—Piensa que a los sesenta se vuelven todos unos tarados —la advierto—. En serio, quieren demostrar que aún están a tiempo de hacer la revolución y créeme que la hacen. No hay quien los siga. Pierden la cabeza. Pierden los papeles, y el pelo, y pierden hasta el culo, pero no por las mujeres, sino por ganar su propia lucha. De hecho, también pierden el culo físicamente, como si se les metiera entre las piernas. ¿No te has fijado?

—Puedes estar tranquila. Miquel ya ha pasado esa etapa —contesta Cati, y se ríe aún más fuerte.

Antes de que pueda reaccionar, me pone al día de sus pericias sexuales. Resulta que, efectivamente, los hombres, a partir de los sesenta, quieren demostrar que son capaces de hacer cualquier cosa. «Pero cualquier, cualquier cosa», remarca ella, mientras se muerde el labio sensualmente, y asegura que nunca nadie le ha hecho el amor como Miquel.

—Quieres decir: con Viagra.

—Noooooo, qué dices, no la necesita. Es muy tierno, y me toca suavecito, así, por todo el cuerpo, como si no se atreviera a hacer nada más. —Después pasa a detallarme las dimensiones de su colita, y la forma que tiene, levemente torcida hacia la izquierda, con una vena gruesa que la atraviesa, y cómo se la mete, primero solo con la punta, y después toda entera, no se le llega a poner dura del todo, y las cosas que le susurra al oído, «tenéis las caderas más suaves que jamás hayan acariciado estas manos», «mirad qué grande me la pone vuestro coño». Le pido por favor que no sea tan cursi.

—Estás un poco rabiosa porque me caso antes que tú —resuelve mientras pide la cuenta.

—Estoy rabiosa porque a este no me has dejado probarlo —contesto de broma.

—Ni dejaré que lo hagas. Lo verás el día de la boda y punto. Luego te pondré una orden de alejamiento de doscientos metros.

—¿Estás enamorada, o es que no quieres que le vea la sonda urinaria?

—No seas vulgar: ni una cosa ni otra. Pero no permitiré que te lo cargues de un infarto. —Y por fin nos reímos juntas, bien fuerte, hasta que el edificio se venga abajo, como en los viejos tiempos. Y rectifico: quedar con ella ha sido buena idea. Ignoro si estoy eufórica, borracha o soy feliz, pero cualquiera de las tres opciones me gusta.

Decidimos comer en el japonés de Paral·lel. Y ya en el descapotable biplaza en miniatura de Cati, me doy cuenta de que he olvidado pedir que me traduzcan la carta.

THANATOS JUEGA A LOS HÉROES EN LA ISLA DE LESBOS

De pequeña, en el patio del colegio, jugábamos a los superhéroes. Nos atábamos la bata al cuello, como si fuera una capa, y siempre había una que hacía de Superman; otra era Batman, y la más flaca encarnaba a El Zorro. Yo siempre me pedía ser Peter Pan, pero no me dejaban: «Peter Pan no es real, es un dibujo animado».

Ahora no sé qué me sorprende más: si haber tenido el síndrome de Peter Pan desde tan pequeña, o que Cati haya tenido el complejo de Electra hasta tan mayor.

Por la noche, enciendo el ordenador para ver si Neus está conectada. Lo está. Y la primera cosa que escribe es: «Me pillas por los pelos, estaba a punto de suicidarme».

Con ella nunca se sabe. Una vez tuve que disuadirla por teléfono de que no saltara desde un séptimo piso. Estuvimos hablando durante cuarenta minutos de todo lo que veía desde aquella ventana en la que estaba sentada con los pies colgando. Se había quitado los zapatos y los había dejado bien colocados en el alféizar, porque lo último que se pierde no es la esperanza sino el orden. ¿Qué hay bajo tus pies?, le preguntaba yo. «Bicicletas», contestaba. Y también: «Personas felices que no saben la que se les viene encima, morirán aplastadas por el peso de mi cuerpo». Al final le recordé que quien pagaba la factura de la llamada era ella.

Neus es tan bipolar que, pese a ser una heterosexual frustrada, milita el lesbianismo con plena convicción, como si en ello le fuera la vida; de hecho, le va. Se fue a vivir a Holanda para poder casarse con Libby, y el año siguiente Zapatero aplicó la ley de matrimonios gais. No volvió a España, y ahora trabaja en un hospital de Rotterdam haciendo autopsias. Supongo que, de tanto tener la muerte entre las manos, de estudiarla de tan cerca, cree que puede dominarla. Y quizá puede hacerlo realmente.

Por una coincidencia tipográfica, la muerte se parece al amor[2]; y por una tendencia pasional también. Caer en una de las dos es inevitable. Caer en la otra, un deseo a menudo extirpado por el miedo. A Neus le asusta más enamorarse que morir, porque tememos más aquello que es susceptible de herirnos. Ella sabe que la muerte no puede hacerle daño. En cambio, Libby acaba de dejarla. «¿Lo ves?», aparece en mi pantalla del Messenger, «¡ya te decía yo que volvería con su ex!».

Hace semanas que, en nuestra conexión periódica, Neus insiste en que Libby volverá con su exnovia, una vasca que se llama Idoia y que también fue a vivir a Holanda, probablemente (según Neus) para seguir cerca de Libby. «He ido a casa de Idoia y he agujereado las dos ruedas de la bicicleta, también le he roto el manillar pero, ¿sabes?, no me siento mejor», escribe Neus. No sé, a mí este tipo de universo gay me parece muy trágico, como sacado de un clásico griego, o de un Shakespeare sobradamente sentimental, un poco *kitsch*, un Shakespeare *by* Calixto Nieto. En cierta manera, los entiendo. Igual que a ellos, «la realidad no me inspira» a mí tampoco. Pero este vivir constante dentro de una película de Almodóvar, o una serie de mediodía, me adormece; por otra parte, como las últimas películas de Almodóvar y las teleseries del mediodía.

Le digo que, antes de suicidarse, vuelva a Barcelona para despedirse de mí. Responde que antes muerta que volver a Barcelona. Le digo que muerta no se podrá despedir de mí. Responde que, si quiero, puede ser mi fantasma. Le digo que un poco fantasma sí que es. Responde que prefiere ser un fantasma que una puta bruja como Libby e Idoia.

Después me cuenta la historia de un viejo al que llevaron para que lo abriera —calcula que tendría unos noventa años— y que hacía ruidos guturales. A veces los muertos hacen ruidos así, apunta, porque cuando mueves el cuerpo, los jugos gástricos se mueven por los intestinos. Pero ese hombre llevaba muerto días suficientes como para que sus jugos no hicieran ruido. Y, además, hacía ruidos aunque no lo movieras. Le pido que no siga. Pregunta si quiero saber qué había dentro del viejo muerto. Le digo que prefiero pensar que era un alien. Concluye que era eso, un alien. Le digo que, de todos modos, Libby era un poco idiota. Me pide que, por favor, no empiece. Insisto: más que idiota, tenía el culo gordo, que me fijé y que seguramente quien llevaba un alien en el culo era ella, Libby. Le pregunto a Neus si el culo de Libby mordía. Creo que la he hecho reír. Por Messenger nunca se sabe, lees: «jajajaja», y

tienes que creerte que el otro se ríe de verdad. Pero cuando tú escribes «jajajaja» raramente te ríes; sientes una cosa parecida a la risa, pero mucho más discreta, como una de aquellas películas antiguas que te hacen torcer la boca, una de Chaplin o de los hermanos Marx, que te hacen gracia, pero lo que es risa, no tanta. Neus ha escrito: «jajajajaja», y quiero creer que la he hecho reír de verdad. «Su culo no muerde, aplasta», aparece en mi pantalla. «Y seguro que sus pies huelen mal», añado yo. «No, Libby nunca se tira pedos», escribe ella. No vamos por buen camino. «Lo que pasa es que está acomplejada», intento reconducir.

Hablamos del limonero que compré hace un mes y que dejé en el balcón y que no da limones. Hablamos del ataque que han tenido sus gatas que, como si entendieran la crisis de sus propietarias, llevan dos días peleándose; ha tenido que encerrar a una dentro del baño, y ha arañado las cortinas de la ducha. Me recomienda un disco de Frida Hyvönen que, evidentemente, se titula *Until Death Comes*. Intento bajármelo por internet y, como si pudiera ver lo que estoy haciendo, apunta: «¡Compra, pirata!».

Le cuento las dos intromisiones del mago en mi casa y, como por confianza Neus es más lesbiana que heterosexual, pero físicamente le gusta más el cuerpo de los hombres, se lo describo. Me da un visto bueno reticente que comparto.

Si digo que Neus es una heterosexual frustrada es porque, cuando la conocí, solo le gustaban los hombres. Tanto que, en las fiestas de Reus, donde ella estudiaba medicina, conoció a dos chicos muy interesantes y no sabía por cuál tirar. Acabó en el banco de una plaza con uno bajo cada brazo. De vez en cuando venía a buscarme para decirme cuánto le dolía la mandíbula de morrearse con uno y al momento con otro. Teníamos dieciocho años.

En aquella experiencia, Neus perdió, no el miedo (que no lo tuvo nunca), sino la vergüenza sexual. Siempre había sido una chica acomplejada. Poco después se acostó con el primer rollo más o menos estable de su vida, un compañero de clase que salía desde hacía tiempo con una muchacha del pueblo y con quien Neus tenía que mantener la relación en el más absoluto secreto. Solo teníamos constancia de ello los dos (naturalmente), la compañera de piso del chico y yo.

La historia iba bien, hasta que, pasados unos meses, Neus me llamó. Tenía una cosa muy importante que contarme. Una noche había ido a casa de su amante, sin avisar, como era habitual, porque si se encontraba a su chica allí siempre podía alegar que había ido a buscar unos apuntes. Ningún peligro, la muchacha no estaba. Se

acostaron y, de pronto, hacia las tres de la madrugada, oyen que alguien llama a la puerta. Era la muchacha que, después de salir de fiesta, tenía la necesidad imperiosa de ver a su chico. Corrían rumores por Reus de que él le era infiel con multitud de chicas dentro y fuera de la ciudad.

En el minuto y medio que la muchacha tardó en subir a casa de su novio, Neus solo tuvo tiempo de esconderse en la habitación de su compañera de piso. Y lo hizo tal y como iba vestida. Es decir: desnuda. La compañera de piso de su amante la invitó a que se tumbara en la cama, porque aquella noche prometía ser larga. Al día siguiente, el amante de Neus no era la única persona que tenía un secreto. De hecho, no había nadie allí dentro que no tuviera un secreto. Entonces, a Neus le gustaban más los hombres que las mujeres, pero con las mujeres se sentía más cómoda. Tengo una teoría al respecto: en Reus pasan cosas muy raras. Ahora, cuenta con una tercera amante peligrosa que la despierta algunas noches, cuando se mete bajo las sábanas, e intenta convencerla para que salten juntas desde un séptimo piso.

«Espera un momento, que se me quema la pizza», apunta. Creo que ha olvidado que quería suicidarse. Cuando vuelve de la cocina, lee de mi parte: «Qué última cena más cutre».

Hay noches lujuriosas que se cuelan por la ventana, lesbianas como Neus, y te meten mano, y te piden que pases con ellas el tiempo que les queda hasta la madrugada. Hasta ahora tenía dos secretos: uno, que estoy apuntada a un gimnasio; dos, que yo también tengo un blog, en el que me hago pasar por un jubilado aburrido que acaba de descubrir cómo funciona esto de internet.

He escaneado la carta de Peter y, después de mandarle una copia a Neus, la he subido al blog. Les he pedido a mis treinta y ocho visitantes diarios que la traduzcan, por favor. Soy un hombre jubilado y en mi época se estudiaba francés, no inglés. Me he encontrado la carta en la calle, cuando volvía de mirar durante tres horas las obras que se están haciendo en Rambla Cataluña, y quizá en ella haya pistas del paradero de mi mujer, que huyó al extranjero hace unos meses, dejándome tirado con una plancha que no sé cómo va, una lavadora que expulsa agua por todas partes y un microondas que me ha salvado la vida. Eso escribo en el post.

Ahora mis secretos son tres: acabo de llamar al mago para que venga.

PRIMERA HISTORIA CON SOPHIE

En premios literarios, en ciertas inauguraciones, en los conciertos. No hace falta que nos llamemos; solemos encontrarnos por todas partes. Sophie llega medio despeinada y contenta, con uno de esos vestidos de los años 50 que compra por tres euros en los Encantes. Es un vestido con flores estampadas y volantes. Acaba de conocer a un director de cine en la terraza de un bar y lo ha invitado a venir con ella. Una productora de televisión celebra su décimo aniversario en el *hall* del CCCB, y nos rodean presentadores, actores de teleseries, empresarios con corbata. El director de cine se ha quedado cerca de la barra, toma un *whisky* sin hielo, lo mira todo con un menosprecio insoportable: la gente bien vestida, los camareros de pingüino, las columnas. Dan ganas de partirle la cara. Sophie me coge del brazo, me aparta un poco, murmulla: «Me encanta».

Sophie sale con dos hombres. Los dos son, digamos, especiales. El Asperger vive en Estados Unidos, y lo llama así por su tendencia a desaparecer. El síndrome de asperger es un trastorno autístico que se ha puesto muy de moda entre los actores y las modelos, también entre algunos escritores; parecen idiotas y resulta que quizá son un poco más inteligentes que el resto. El problema es que sufren una incapacidad comunicativa que los deja un poco al margen; no acaban de entender el valor de una mirada, de unas cejas alzadas, de un abrazo, de una sonrisa. Lo hacen porque toca, pero no tienen empatía. Se desarrollan a un ritmo propio que, paralelo a la tradición afectiva ajena, puede confundirse con un tipo de inmadurez.

El Asperger de Sophie es semiótico, pamplonés, y la admira por escrito. Se mandan e-mails largos y pedantes sobre autores de nombres impronunciables. A veces él le promete que cuando esté en Europa irá a visitarla; quedan, por ejemplo, en un bar concreto de París. En la mayoría de los casos, se esfuma en el último momento. Tres días antes de la cita, no responde ni al teléfono ni a los correos. Sophie puede perder el billete que ya ha pagado o pasearse sola por

Francia; se instala en el hotel que había reservado con él, y espera sin demasiada esperanza. Pasan meses antes de que el Asperger emerja de su autismo. Entonces todo vuelve al punto en el que lo habían dejado. Físicamente distante, virtuoso en lo virtual, surrealista para los que no participan de esta relación, el amor que sienten es puramente ideal y tormentoso.

Ni de lejos, eso sí, tan tormentoso como el que Sophie siente por otro de sus chicos: a este le han diagnosticado problemas mentales, y a la interminable lista de medicamentos que debe tomarte, él incluye otro tipo de medicinas ilegales. Quedan, se pelean, se odian. En una ocasión, en el Apolo, Sophie le reventó una botella de cerveza en la cabeza. Vino la policía. Él la disculpó, pese a que la herida le sangraba mucho.

Ignoro si Sophie es masoquista o lo hace para reivindicar algún tipo de moral libre de convencionalismos. Ahora, en la fiesta del CCCB, ha olvidado al Asperger y al drogadicto; me confiesa que no ha visto ninguna de las películas del director de cine que ha traído, pero le consta que humilló a Nora Catelli en una clase de Literatura Comparada. Solo por eso, se siente orgullosa y le encanta.

Miro al hombre en cuestión, que tiene un aire entre impaciente y cabrón, y una cadenita dorada en el cuello.

—Tiene pinta de posesivo —digo.

—¿Crees que será de los que estará siempre pendiente de que no engorde, y que me prohibirá escribir artículos para revistas como *Go* y *Primera Línea* porque es una frivolidad y así malgasto mi talento?

—Exacto.

—¡Uah, cómo me gusta! Me encanta y me encanta. Por fin he encontrado al hombre de mi vida. —Y se vuelve a su lado.

Mientras, voy apuntando cosas en mi libreta porque tendré que escribir un artículo sobre esta fiesta aburrida. Acaba cerca de las once, y vamos al Negroni a tomar un cóctel. Hay gente, y humo, y ojos rojos y conversaciones etílicas. Cuando me doy cuenta, Sophie se ha ido, y se me ocurre llamarla sin saber muy bien para qué.

Al otro lado de la línea, Sophie llora.

—¿Dónde estás? —le pregunto.

—En la Ronda Sant Antoni, esperando a un taxi. El hijodeputa se ha reído de mí.

—¿Por qué?

—Porque ha venido una amiga suya y se ha hecho pasar por lesbiana, y parecía enamorada de mí, y yo le seguía un poco el juego, para no hacerla sentir mal, porque parecía realmente

interesada en mí y no quería herirla, y después resulta que me estaban tomando el pelo, y se han echado a reír y se han ido. ¡Me han humillado entre los dos!

Sophie llora de verdad y me cuesta creerlo.

—Pero, tía, no me puedo creer que estés llorando por eso —digo mientras tomo Joaquim Costa hacia la ronda de Sant Antoni, para ver si la encuentro.

—Yo creía que ese hombre me quería —solloza ella dentro de mi auricular.

—¡Si acabas de conocerlo!

—Pero, ¡y qué! ¡Estas cosas se saben! Se notan, lo percibes. ¡Se trata de amor!

Claro, ¿tú qué coño sabes del amor?

—Bueno, en cualquier caso, ya te ha demostrado que es un subnormal profundo, un niño pequeño. Me siento muy idiota teniendo que consolarte por una chorrada como esta.

—¡No es una chorrada! ¡Imagina cómo me siento yo! —gime ella—. ¿Por qué hay gente tan mala en el mundo? No puedo entenderlo.

La veo al final de la calle, dando vueltas impacientemente en la acera. Cuelgo. Cuando llego hasta donde está, ya no llora, pero tiene las mejillas hinchadas. Ella se disculpa por ser demasiado emocional, supongo que tiene carencias, últimamente está un poco desequilibrada; más de lo habitual, quiero decir. Normalmente el instinto no le falla. «Estaba casi segura de que lo que sentíamos era recíproco», suspira con toda la tristeza del mundo.

Entonces, se nos acerca esa mujer. Lleva el pelo oxigenado, tiene una nariz redonda y la carne roja, un escote voluminoso, le faltan algunos dientes; seguro que fue rusa en otra época. Nos pide unos céntimos de euros porque vive cerca de Blanes y tiene que coger un tren.

—A estas horas no hay trenes —contesto cruel. Sophie, en cambio, busca en el fondo de su cartera.

—No, ya lo sé —dice la mujer sin rencor, con una paciencia infinita—. Salen a las cinco.

—¿Y qué harás hasta las cinco? —pregunta Sophie.

La mujer hace un gesto inconcreto que abarca su alrededor.

—Trabajar, si puedo.

—No hay demasiada gente —sigo con una crueldad que no sé de dónde sale.

—Ya lo veo —se queja ella resoplando—. Entonces leeré,

mientras espero.

Me fijo en sus zapatos, unas sandalias demasiado frías para la época. También su chaqueta es demasiado fina para una noche como esta.

—¿Y qué lees? —quiere saber Sophie mientras le alcanza un billete de cinco euros.

La mujer se mete el billete en la cartera, y saca un libro de Danielle Steel del bolso.

—Si me dejan, me pongo en un portal, y así puedo sentarme un poco, porque tengo la espalda destrozada de estar tanto tiempo de pie. Pero normalmente no me dejan entrar a los portales, porque siempre viene alguien y te dice que te levantes.

—¿La policía?

—A veces. O los vecinos. Los vecinos también se quejan, no les gusta ver a gente sentada en sus portales. Así que leo debajo de las farolas, para tener un poco de luz.

—¿Te gusta Danielle Steel? —pregunto más por curiosidad que por cortesía.

—Bueno, de hecho… —la mujer vacila—, me gustan más otras cosas. Como *Crimen y castigo*, por ejemplo. *Crimen y castigo* me gusta mucho.

—¿Lees a Dostoievski? —exclamamos Sophie y yo a la vez.

La mujer se empequeñece, y responde que sí con una sonrisa torcida. Dice que también ha leído *El idiota, El jugador* y *Los hermanos Karamazov*. Y que, del mismo modo, *Guerra y Paz, Anna Karenina* y *La muerte de Ivan Ilich*, de Leon Tolstoi. Pronuncia la palabra «Leon» con una delicadeza respetuosa, casi como si estuviera hablando de un amigo o de un secreto. Pero que le interesa más Chejov, sobre todo *Tío Vania* y *Las tres hermanas*.

Sophie y yo no salimos de nuestro asombro y, después de un silencio que es pura estupefacción, la atosigamos a preguntas. La mujer se llama Inmaculada, y está un poco preocupada porque el año pasado se enganchó a las drogas, su compañero era yonqui. Fumaban heroína, porque es el mejor remedio contra el insomnio; mucho más eficaz que cualquier tranquilizante. Ahora que lo ha dejado y ya no está con aquel hombre, ha engordado demasiado y le cuesta encontrar clientes. Tiene depresiones y crisis de ansiedad, y debe ir al psiquiatra una vez al mes. Pero, claro, es un psiquiatra de la seguridad social que le concede, como mucho, tres minutos por consulta. Suele darle pastillas sin atender a lo que ella diría. ¿Y qué le diría? Ella se encoge de hombros y vuelve a hacer aquel

gesto difuso que todo lo abarca: «Este trabajo es muy puta». Y nos reímos todas.

Vuelvo a mirar los dientes que le faltan, y la carne roja de sus mejillas, el pelo oxigenado. Abro mi bolso y le doy diez euros. También le doy el libro que llevo encima, *El festín del amor*, de Charles Baxter.

—No sé si te gustará.

Ella sonríe. Probablemente no volveremos a verla.

Llega un taxi y nos vamos.

TODO EL MUNDO QUIERE UN HIJO MÍO

Cuando cumples treinta años, todo el mundo quiere un hijo tuyo. Mi padre me ha dicho que se lo puedo mandar por Seur a Mallorca y que él se encargará de cuidarlo y educarlo como si fuera suyo. Neus me pide que folle por ella con un hombre y que le regale el fruto de mi heterosexo como prueba de nuestro amor. Blai es más paciente y me da margen: si cuando yo cumpla treinta y cinco seguimos sin pareja estable ninguno de los dos, iremos a vivir al mismo edificio y tendremos un hijo juntos. Ya hemos quedado que él se instalará un piso por debajo del mío. Y que el niño vivirá con Blai.

Quizá las novias de mis amigos no me gustan porque es con ellos con quienes desarrollo un instinto maternal no identificado.

El olor de aguarrás después de que de nuevo Blai tampoco me haya sabido encontrar en su lienzo, el grito de los vencejos en la calle, una ducha rápida en un baño que no es el mío y, al salir, Blai en la cocina, un cansancio inconcreto, un disco de Moby, el aroma de las patatas en la sartén, aceita de oliva frito, echarse en el sofá y cerrar los ojos mientras Blai hace la comida, sentir que es sábado. No sabría qué es exactamente, o es el conjunto, lo que me acerca hasta donde se supone que está la felicidad sin exigencias. Eso es todo. «El todo» es eso. «¿A qué hueles?», me ha preguntado al entrar. Era Don Algodón. He respondido: «Quizá así captarás mi esencia».

Mientras comemos la tortilla sentados en el sofá, delante del televisor sin volumen, Blai me cuenta que, en cierto modo, está poniendo a Beth a prueba. Pese a que no la he visto nunca, Beth es la profesora de párvulos que a veces me imagino cantando *Sol, solito, caliéntame un poquito* al teléfono para pedirle a su novio que vaya a verla.

—Creo que podría ser la madre de mis hijos —dice.

Casi me ahogo, con la patata hecha una bola:

—Pero si no hace ni un mes que os conocéis —toso. Vuelvo a sentirme traicionada, como cuando Cati me soltó que se casaba. Es estúpido creer que me están dejando sola, pero ahora mismo también me siento una estúpida. Blai y yo teníamos un pacto.

—Por eso te digo que la estoy poniendo a prueba.

No está enamorado, ni tampoco le interesa enamorarse. Tiene que ver si efectivamente Beth sabe cuidar de los niños, si está equilibrada, si su relación es recíproca, si ella quiere lo que él quiere. Él quiere ser padre por encima de todo. Y quiere ser padre sin necesidad de una pareja. Si pudiera quedarse embarazado de una cualquiera, se quedaría.

—Mira, cuando cumples treinta y tres años asumes que posiblemente no saldrás con las mujeres más guapas del mundo —continúa—. Ya está claro que la mujer de mi vida no existe, y si existe quizá la conoceré en diez o veinte años. Pero yo no quiero ser un padre viejo, no puedo esperar tanto tiempo. Así que la primera que vea que reúne unos requisitos…

—Blai y Beth, B más B, bebé —digo yo mientras le doy vueltas a la tortilla con el tenedor, pero no me escucha.

—No sé cuándo volveré a conocer a una chica que me guste. Bueno, gustarme, me gustan todas. Pero yo también tengo que gustarles y eso no es tan fácil.

Blai no gusta, encanta, en el sentido de que es encantador. Sería y será el padre perfecto; pero, de momento, solo le atraen esas mujeres que, por edad o por carácter, aún no pueden plantearse tener hijos. Quizá las busca así a propósito. Hace un tiempo, vino con una amante trece años mayor; entonces fue él quien no quiso entrar en relaciones con descendencia.

Me levanto para ir a buscar una botella de vino que hemos dejado abierta para que se aireara.

—Los artistas tenemos que gustar; solo queremos que se nos reconozca —continúa—. O quizá se nos reconoce porque gustamos.

—Lo que tiene que gustar es vuestra obra —le sirvo en una copa ancha. Solo he encontrado una; me sirvo en un vaso de agua.

—Sí, pero esa necesidad viene de un mismo principio: la obra forma parte de nosotros, yo soy lo que pinto. Y si no, no pinto nada —resuelve mientras se lleva la copa a los labios y hace un comentario del vino.

—Es de tu tierra —digo—. Últimamente me ronda por la cabeza que vuestras novias no me gustan porque os hago de madre. La culpa no es de ellas, sino mía.

—Pero, ¡si ni siquiera conoces a Beth!

—Por eso mismo. ¿No te parece muy maternal eso de rechazar a una mujer sin conocerla simplemente porque cabe la posibilidad que tengáis hijos juntos?

—No es que me hagas de madre, es una cuestión de celos. El problema es que estás tan enamorada de ti misma que no te has dado cuenta de hasta qué punto estás colgada de tus amigos, y te molesta que cualquier otra mujer se nos acerque —se mete un buen trozo de tortilla en la boca, como para taparla.

—Yo no estoy enamorada de mí misma.

—Me juego lo que quieras a que si tuvieras que escribir un libro lo harías en primera persona —dice con la boca llena.

—Eso ha pasado de moda. Ahora se lleva la novela poliédrica, desde un narrador inconcreto —me apoyo en el sofá mientras Blai rebaña el plato con un trozo de pan, los ojos fijos en la tele, emiten Fórmula 1—. Si alguien está enamorado de sí mismo eres tú, que te pintas en todos los retratos.

Los rasgos de los personajes envejecidos siempre tienen algo de Blai: no es nada definido, no son las cejas ni la nariz, ni la forma de la cabeza. Es otra cosa, más profunda, quizá la mirada, pero tampoco. Blai se mezcla con sus modelos dentro de los cuadros menos conmigo. A mí no consigue capturarme.

—Es que eres irrepetible —ha exclamado antes, cuando retiraba esbozos descartados, representaciones de los abortos que ya ha tenido la creación de mi retrato.

—Pero si no tienes que copiarme, solo interpretarme —he protestado yo.

Ahora Blai dice que su egocentrismo no está en duda:

—Tú eres una ególatra no reconocida. Tendrías que salir del armario. Quieres gustar como musa, como fuente de inspiración. Necesitas que te adoremos —dice. Y es cierto que cuando no consigue pintarme, me siento como una musa en excedencia. Como si ya hubiera pasado mi etapa adorable. Las becarias que llegan a la redacción aún pueden apuntar maneras, son jóvenes promesas. Las personas que ya tienen un cargo reconocido han recibido al menos el reconocimiento del cargo. Yo ni apunto hacia ninguna parte ni he conseguido nada. Estoy en tierra de nadie. Una idea para un cuadro que no acaba de definirse en un cuadro. Porque quizá se le ha pasado el momento. O no le ha llegado aún. Si es que tiene que llegarle. Una incógnita.

—En cualquier caso, tengo motivos para ponerme celosa —resuelvo con un trago de vino—. Tú y yo teníamos un pacto.

—Y aún está en pie. Si la tía esta me sale mal, no creo que

encuentre otra en cinco años. Entonces solo me quedarás tú. De todas formas, serás tú la que se vaya con cualquier otro un día antes de cumplir treinta y cinco —se levanta y retira los platos de golpe—. Además, tú ni siquiera quieres tener hijos.

—Ya sabes que soy alérgica; siempre gritando, dándose golpes en la cabeza en las esquinas de las mesas bajas, rompiéndose las rodilleras de los pantalones, llorando por las noches, cambiándote los horarios, siendo los putos protagonistas de los viajes en metro, «ay, qué cosa más bonita», sobreprotegidos absolutamente por la sociedad…, Metes a un niño en tu casa con treinta años, y tienes un intruso viviendo contigo hasta que cumples sesenta y cinco. Me cansa solo de pensarlo. No entiendo por qué tantas ganas de tener un animal corriendo en el estudio, toqueteando tus pinceles, destrozando tus cuadros.

Blai trae dos yogurts naturales de la cocina, y se ríe:

—Si un hijo mío pintara sobre uno de mis cuadros, aquel cuadro resultaría una obra completa.

—Eso lo dices ahora.

—No, no. Yo quiero tener hijos por la misma razón que pinto: para permanecer. La cuestión es seguir aquí después de muerto. Que se note que he estado.

—Pues qué chorrada de artista obsoleto. Porque, de todos modos, en cien años, no quedará ni tu hijo ni nadie que pueda admirar tus cuadros. Eso se ha acabado. En cien años no habrá seres humanos, y todos los esfuerzos por dejar rastro, tantos libros escritos, tantos dibujitos, y tantas esculturas, se quedarán sin lectores y sin estudiosos. Querer dejar rastro es una pérdida de tiempo. Tendríamos que hacer como todos los *freakies* que diseñaban páginas webs y esas cosas: arte digital, puntual, útil y efímero.

En realidad, yo también querría permanecer, aunque fuera como aquel personaje secundario que le ha abierto los ojos a alguien, que ha dicho la palabra adecuada en el momento necesario. Que ha cambiado aunque sea una vida, porque para cambiar la vida propia uno debe sentirse demasiado responsable. Pero Blai no sabe dibujarme. Y empiezo a creer que es porque no hay nada que dibujar.

UN LUGAR DONDE CAER MUERTA. O UN LUGAR EN EL QUE EMPEZAR A VIVIR.

Tengo dos opciones. Al otro lado del teléfono, el administrador de fincas no sabe hasta qué punto acaba de complicarme la vida. Tener dos opciones supera en un cincuenta por ciento el límite de mi capacidad de decisión. El hombre me anuncia con voz de locutor con pretensiones de ser tu colega que el contrato del alquiler de mi piso vence en tres meses, en agosto. «Como los propietarios quieren que te quedes, y nosotros también, hemos acordado facilitarte las cosas», dice con un tono que no sabría definir si cínico, hipócrita o burlón.

Estoy en la redacción. En el ordenador hay tres comentarios en la entrada que hice en el blog para que alguien me tradujera la carta de Peter. Una tal Chirvi responde que su profe de inglés estaba tan bueno que nunca atendió en sus clases, pero que aprobó la asignatura, pese a todo, porque a final de curso se ofreció a hacer repaso de lengua. Un tal Galahan aprovecha la oportunidad para contarme un viaje que hizo a Londres, y advertirme que allí todo funciona al revés: conducen por el lado que no toca, beben cerveza caliente y no aprenden inglés porque ya saben. Así, pues, me recomienda que interprete la carta justo en el sentido opuesto de lo escrito. En el tercer comentario, un tal anónimo apunta: «Jajaja», con aquella risa tan extraña de las pantallas, «como siempre tan gracioso, señor Naftalí». Esa es mi identidad en la red. Finjo ser un jubilado aburrido que se ha comprado un pasado como fondo de armario, igual que si fuera un frac para ir de boda. En otras palabras, soy un conservador y un conversador, de ahí que todo mi entorno virtual apeste a naftalina. Nadie ha traducido ni media palabra de la carta.

Al teléfono, el administrador de fincas me ofrece, no una oportunidad única, sino dos. Hasta ahora pagaba 500 euros mensuales de alquiler. Ahora puedo elegir entre renovar el contrato

por tres años a 600 euros, o renovarlo por cinco a 650. «Tendría que hacer cálculos», me oigo decir a mí misma. En realidad estoy pensando: «¿Y por qué no lo dejamos como está, y nos ahorramos dolores de cabeza, si tantas ganas tenéis de que me quede?». Estoy sudando. Siempre que debo tomar una decisión me pasa igual: el miedo a equivocarme me paraliza, lo que facilita que cualquier otro pueda decidir por mí. Además de sudar, me pica la nariz; creo que porque soy alérgica a la toma de decisiones.

Al colgar, mi primer impulso es llamar a mi madre. Este es el fruto de nuestra generación; la que, según los mayores, siempre lo hemos tenido todo. Nos educaron para que no nos priváramos de nada que quisiéramos, pero nadie nos guió para que supiéramos qué era lo que queríamos. Solo sabemos lo que no queremos, lo que a menudo nos precipita justamente hacia el abismo de lo que procuramos evitar. Mi madre es una de aquellas personas que lo arregla todo con listas, «haz balances», dice, «apunta en un lado los aspectos positivos de lo que tienes que decidir y en otro los negativos; sopesa». Y yo apunto unas cosas a un lado, y otras al otro, pero no me convencen. Porque, ¿quién determina lo que es positivo y lo que no? Y al final, ¿qué es lo que pesa más? El número de factores que hay a cada lado de la balanza no determina su valor.

Elba, a mi lado, está pidiendo consejo a los redactores que nos sentamos a su alrededor porque ha contratado a la primera asistenta de su vida, y no sabe qué debe hacer cuando mañana llegue a su casa. ¿Tiene que irse? «Antes tendrías que explicarle qué quieres que limpie», comenta la jefa de cultura. A Elba, eso de contratar a alguien para que le deje la casa limpia le parece raro. «Eres una puta burguesa», digo yo. Pero en el fondo, cada sábado, cuando veo el montón de platos en el fregadero, los que no he tenido tiempo de fregar en toda la semana, y el baño, que necesita un repaso, y además tengo que poner una lavadora tras otra, y tengo que limpiar el polvo, y barrer el suelo, y tender primero la ropa limpia, y después recogerla y doblarla, y bajar a hacer la compra, y prepararme algo para comer, y así transcurre el día, también me planteo contratar a alguien para que se ocupe de mi suciedad. La limpieza requiere su tiempo, pero cuando te dedicas a ello parece que pierdas el tiempo. Por eso queremos mantener el tema de la higiene al margen; como cuando, en casa, más jóvenes, le pasábamos la responsabilidad a nuestros padres. Ellos se encargan de que la vida transcurra tranquilamente. Ellos saben cómo funcionan las cosas. Ellos saben qué debe hacerse cuando llega la

asistenta.

Así que, mientras yo llamo a mi madre para que me asesore sobre lo que me ha dicho el administrador de fincas, Elba llama a la suya para que le cuente qué debe hacer cuando llegue la mujer de la limpieza.

He cumplido treinta años, dos semanas y tres días y aún no soy plenamente independiente. Supongo que no lo seré nunca.

A veces me parece que, desde poco antes de la muerte de Franco hasta el establecimiento de la Constitución, este país vivió un *coitus interruptus*. Me imagino a nuestros padres celebrando algo cada día durante tres años. Reivindican su libertad para hacer el amor en las terrazas de sus casas y en las callejuelas, y por las noches resuena la respiración en todas las ventanas de todas las habitaciones. Nuestros padres pueden quererse, si quieren, y si no quieren quererse no importa, porque nadie les quitará lo que han follado. Me imagino al padre de Blai, hijo de republicano, cómo saca la botella de cava reservada para los grandes acontecimientos después de enterarse del asesinato de Carrero Blanco, por ejemplo. Me lo imagino diciéndole a María, la mujer que unos años después huiría con su mejor amigo: «María, es el principio de algo importante». No es una celebración propiamente dicha, nadie celebra un asesinato. Pero algo ha reventado con aquel coche, algo que aún no puede expresarse en voz alta, por si acaso. Por eso el padre de Blai y su mujer callan, se tapan la boca con la boca del otro y, mientras se besan arrastrándose mutuamente hasta la cama, dejan un rastro de ropa esparcida por el suelo. Nueve meses después nace este niño que, ahora, en casa de Nil, está preparando los canapés de bienvenida, la noche que se inaugura el piso.

La historia de los padres de Nil es aún más rocambolesca: colgaron los hábitos y el hábito de rezar cuando ella, monja, se quedó embarazada del cura que, hace ahora diez años, dejó de ser su marido. La lujuria de la democracia se coló incluso por las grietas de los muros del templo sagrado y el resultado es que Nil no puede abrirme la puerta del piso que acaba de comprar con su hermana, un segundo sin ascensor en el barrio del Poble Sec, justo delante del Tinta Roja.

En la puerta hay un cartel: «*Please to meet you*». Nada de «*Starway to Heaven*», o «*Knocking on Heaven's door*». Los padres de Nil dejaron a Dios colgado como una longaniza en el mismo gancho en el que dejaron los hábitos. Nil es menudo y siempre va

despeinado, como si la inspiración, las ideas desbaratadas y los pensamientos cotidianos se pelearan incansablemente dentro de su cabeza; de ahí, creo, sale el concepto descabellado. Antes fumaba en pipa de pescador, con una parsimonia que intenta mantener externamente para no volverse loco. También escribía en los bares, en los que se sentaba durante horas cerca de la ventana para ver la gente pasar, o se instalaba al fondo para que la gente no lo molestara. Fumaba en aquella pipa enorme, y escribía poemas en un cuaderno negro que tenía la inscripción: *Poemas del Cuaderno Negro*, mientras la máquina tragaperras expulsaba la música que inspiró alguno de sus versos, igual que lo inspiraron los palillos que había en un bote, cerca de las servilletas, y también el serrín del suelo.

Hace unos años, Nil dejó de fumar en pipa y dejó de escribir en los bares, pero aún mantiene la parsimonia externa que no disimula, sin embargo, una inquietud vaga. Me gusta cuando se sienta así como va a retratarlo Blai, con las rodillas cruzadas y el cuerpo echado hacia delante, los brazos apoyados en las rodillas cruzadas y algo entre las manos, normalmente un libro, antes la pipa de pescador. Ahora me besa en las mejillas, huele a Nenuco, coge el regalo que les hago, a él y a su hermana: un juego de escoba, fregona, recogedor y cubo en piel de vaca. Después pasa a mostrarme el refugio que han empezado a adquirir por 361.000 euros. Casi seis mil euros por metro cuadrado. Con lo que tengo ahorrado, podría comprarme el lavabo este al que me acerco ahora, un váter, una pica, un teléfono de ducha. Suficiente para llevar una vida higiénica.

De repente, me acuerdo de la llamada de esta mañana, y de la conversación con el administrador de fincas informándome de que me han subido el alquiler. Pongamos que opto por la primera opción: 600 euros durante tres años. Para 600 euros mensuales necesitaría… más de cinco décadas para pagar un piso como el de Nil y su hermana. Eso es: todo lo que he vivido, y otros veinte años más. Un escalofrío me recorre la espalda.

Mientras me dirijo por un pasillo a uno de los dos lados de la casa, me veo con ochenta años, feliz de haber liquidado el crédito y poder incluir algo más que un montón de deudas al testamento. Estoy en esta misma sala, mis nietos me abrazan, me besan las mejillas hundidas, y se me descoloca la dentadura postiza, pero no me importa. Me han preparado una fiesta bajo el lema: «La yaya ya tiene donde caerse muerta». Han hecho un pastel blando para que pueda masticarlo y me dejan probar una copita de jerez, pero solo

una. Me siento tan afortunada de tener mis propios sesenta metros cuadrados —sesenta metros cuadrados míos y de nadie más— que nunca vuelvo a salir de casa.

Pero no, eso no pasará nunca: yo nunca tendré nietos.

He sido de las primeras en llegar y, en el ala que da a las Tres Chimeneas, la hermana de Nil, Gemma, habla con dos amigos suyos. Gemma es un año más joven que yo, no me la imagino con ochenta y sin dientes. De momento, no consigue encontrar trabajo fijo. Ha sido camarera, figurante de varias series de televisión, ha trabajado en el departamento de prensa de dos museos, también fue teleoperadora, consta en los créditos de una película como ayudante de ayudante de ayudante de producción, y en realidad no sabe qué quiere. Bueno, sí, sabe que no quiere vivir más en casa de su madre. Y por eso se está comprando el piso con Nil, aunque casi lo paga todo él con su sueldo de profesor de instituto.

Al verme, Gemma también me planta dos besos en las mejillas y alza las cejas mientras exclama: «¿Qué te parece el infierno en el que nos hemos metido?». Al menos es consciente de que ha vendido su alma al diablo. Dos habitaciones, un baño y un lavabo, dos salas, una cocina americana. Supongo que, tal y como están las cosas, el piso es una ganga. Solo se me ocurre una respuesta: «Está todo reformado».

Al momento suena el timbre y Cati entra teatral, agitando una botella de Havana siete años. Saluda a Blai, se cuelga del cuello de Nil, hace *muua muua*, bien fuerte para que todos lo escuchemos, dice: «Cuánto tiempo, queridos míos, no sabéis cómo os echaba de menos», y recita unos versos de *Poemas del Cuaderno Negro*: «Y en tu epitafio escupiré tu nombre, y solo cuando estés enterrada me colgaré de la higuera que habré plantado sobre tu lápida, alimentada de tus huesos, mi saliva, tu higo seco».

En el caso de Cati, me imagino a su padre viendo la televisión en blanco y negro, o peor, escuchando un partido de fútbol en la radio. Su madre se acerca a la ventana para oír cómo el resto de la humanidad hace el amor en los terrados y en las callejuelas, en los coches y en las habitaciones, igual que si ella estuviera en un puerto y le llegara el canto de las sirenas. Después da media vuelta, apaga la radio y se quita la ropa. Coge la mano de su marido y la acompaña hasta su entrepierna. «Querido», le susurra, «¿en cuántos idiomas sabes decir “cangrejo”?».

Al verme, lo primero que dice Cati es: «He tenido una idea».

Mis padres son fáciles de imaginar, hace treinta años, nueve meses y dos semanas: me concibieron dentro de un tren. Volvían de

un viaje que habían hecho a Madrid, habían cogido un barco en Valencia hacia Mallorca. A mi madre le gustaba el traqueteo del ferrocarril, o le daba morbo estar en un sitio tan estrecho, o de golpe a los dos les vinieron ganas de. No lo sé. La cuestión es que surgí de algún lugar indefinido entre Valencia y Madrid. O no, siempre se puede establecer un lugar, y este sería un camarote en el que supongo que mis padres harían el amor en silencio para que no los oyeran desde los otros camarotes. Pese a ser un lugar definido, el camarote estaba en movimiento, iba de un sitio a otro. Todos nosotros vamos siempre de un lugar a otro. Tanto Cati, como Nil, como Blai, como yo, entre todos somos una metáfora de lo que fue la transición. Mi caso es evidente, mis padres se trasladaban físicamente, transitaban. *Transnocheaban*, en el caso de que fuera de noche. Pasé de no ser a ser en un lugar inconcreto entre Madrid y Valencia.

Todos los que nacimos entre 1974 y 1980 tenemos un poco la sensación de que somos el fruto de una borrachera inconsciente. Como si nos hubieran concebido en Año Nuevo. En cierto modo, nacimos de la fiesta final de una época.

Transición es cuando dos etapas se tocan y, por qué no, también cuando dos etapas tienen relaciones. En nuestro caso, dichas relaciones fueron sexuales, alegres, descabelladas como la cabeza de Nil, artísticas como Blai, lujuriosas como siempre ha sido Cati y —así es como la imagino— como también lo fue su madre. El problema es que, después de una fiesta, siempre quedan copas por recoger, los ceniceros están llenos de colillas, hay un suelo que limpiar, y todo debes hacerlo con resaca. Nuestros padres se divirtieron, a veces creo que nos dejaron a nosotros sus dolores de cabeza con la excusa de que ellos hacían todo lo que podían. Todo lo que quisieron hacer porque eran libres. Porque todos empezábamos a ser libres entonces, y esa es la más restrictiva de las responsabilidades.

Mañana Gemma y Nil tendrán que recoger copas y vaciar ceniceros, tendrán que limpiar el suelo con los utensilios estampados con manchas de vaca que les he regalado. De momento, esto es una fiesta. Acaban de servirnos cerveza. Y Cati tiene una idea que contarme.

Quiere hacer una despedida de soltera. Bueno, hasta aquí todo

correcto. Dentro de lo que cabe, me parece incluso normal. Por cuestiones de dignidad, de higiene y de religión, nos hemos negado rotundamente a participar en cualquier despedida de soltera anterior, bajo pena de caer muertas de vulgaridad. Pero si ahora le apetece ponerse un rabo en la frente, llamar a primas lejanas y que vayamos al Bagdad o al Baja Beach, o a cualquier sitio en el que haya hombres con tanga de leopardo, lo entiendo. Lo entiendo tanto como que quiera casarse. Es decir, no lo entiendo, pero tendré que asumirlo.

—¡Que no, que no tienes ni idea de por dónde voy! —se ríe Cati. Nos hemos sentado en el suelo, delante del balcón que mira hacia las Tres Chimeneas. Gemma y sus amigos se han instalado en el sofá y, a medida que llega, la gente va ocupando las sillas después de haber inspeccionado el piso; Nil y Blai se han atrincherado en la cocina—. Quiero hacer una despedida de soltera muy especial. He decidido organizar una cena… —Cati me mira con picardía, para alargar el suspense— … con todos mis ex.

—¿Cómo? —digo, pero en realidad no me sorprende. Cati pondrá en peligro su boda hasta el último momento; la falta de emoción es el único riesgo que no puede permitirse.

—Y como muchos de mis ex también son tuyos —sigue—, estás invitada. —Me lo temía. Dicho lo cual, saca una hoja doblada del bolsillo de los vaqueros, donde ha apuntado en bolígrafo la lista de los que recuerda. —No sé si me habré dejado alguno —murmura.

A la mayoría no los conozco, pero entre los nombres apuntados hay algún compañero de noches locas, alguien con quien pasé un par de mañanas líquidas y quizá el protagonista de un mediodía tierno; también algunos que mejor olvidar, y… un momento.

—Un momento. —Aquí pone Lluís. —¿Te acostaste con Lluís?

Cati ensancha la sonrisa pícara de antes.

—Pero ¿Lluís, Lluís? ¿El pianista? ¿*Mi* Lluís?

La mala puta de Cati mantiene la sonrisa. Lluís era un intocable.

—Eres una mala puta, con Lluís no podías acostarte, era uno de los intocables.

—Pero si ya lo habíais dejado —responde ella conciliadora.

—Y una mierda, tía, que todo el mundo tiene derecho a la intimidad, y Lluís forma parte de mi parte más íntima. Acabas de romperme el corazón.

—Pero sí solo fue un magreo que se nos fue de las manos. Ni siquiera lo hicimos en una cama.

¿Ni siquiera en una cama? No debe de querer decir que lo hicieron en una de las torres de la Sagrada Familia.

—¿Era un sitio sacrílego? —pregunto por tantear.

—¡Por supuesto! —replica ella. Mierda, me hace dudar. No quiero saberlo y cambio el sentido de la conversación:

—O sea, que además fue un *polvo guarro*. Pues esos son los más fáciles de evitar. Qué fuerte. Y ahora no me digas que fue en la Bikini o en un sitio hortera de esos porque me da un infarto y me muero aquí mismo. Joder, yo que lo tenía en un pedestal. ¿Cuándo fue?

—Yo qué sé, hace la hostia. Íbamos muy pedos.

—¿Hace un año, o cuatro?

—¿Un año? ¿Estás loca? Hace un año yo salía con mi Dioneu, y tú sabes que cuando salgo con alguien soy superfiel, sobre todo con Dioneu.

—Eres superfiel, pero no te acuerdas demasiado de tus hombres. Dioneu no está en la lista.

—¡No puedo invitar a Dioneu! Si invito a Dioneu me fundiré y no podré cenar, ni haré caso a nadie y solo querré huir con él, y después no habrá quien me case. ¡Dioneu, mi amor, cómo te extraño!

—Ah, no invitas a Dioneu, pero puedes invitar a Lluís.

—Claro, porque Lluís no representa nada para mí. Fue un vaso de agua en un momento de necesidad puntual.

—Ya, mala puta, pero es que para mí fue mi bebida en un momento de necesidad vital, era mi copa durante mi alcoholismo emocional, ¡Lluís me hizo adicta! Lluís, Lluisito, mi amor. Y vas tú y te lo tiras en el baño de la Bikini.

—Yo no he dicho eso.

—Pero seguro que fue en el baño de la Bikini. —A menos que… Va, ya está, no puedo más, tengo que saberlo. —Porque no fue en la sagrada Familia, ¿no?

—¿En la Sagrada Familia? ¿De qué coño me hablas?

—De nada.

—¿Te follaste a Lluís en la Sagrada Familia?

—No.

—¿Follaste con Lluís en la Sagrada Familia y no me lo has dicho?

—He dicho que no.

—¡Eh, Nil, tú que vas de satánico! ¡Esta ha tenido relaciones sexuales en la puta Sagrada Familia! Tiembla Baudelaire.

—¿Puedes callarte o no?

—Maldita, no creas que no te la superaré. ¡En la Sagrada Familia! Bueno, ¿quieres que lo invitemos?

—Claro que lo invitamos. Me va a escuchar. Mira que liarse contigo. Pero si me decía que eres una pedante y que vas de lista, y que nunca podría echar un polvo con una tía como tú, porque eres demasiado directa.

—Mira, debías de dejarlo tan hecho polvo, que al final le valía incluso una tía tan directa como yo.

—Coño, pero si a ti tampoco te gustaba Lluís; que si va de sobrado, que si es medio marica… ni siquiera te parecía guapo.

—Ya, por eso solo le permití una cosa rápida en…

—Calla, ahórrate los detalles. Solo júrame que no fue mientras estábamos juntos.

—Pero, ¿qué dices? Claro que no estabais juntos, te lo he dicho antes. Si ya hacía como un año que lo habíais dejado.

—O sea, que hace tres.

—Más o menos.

—¿Hace menos de tres? ¿Y no me lo dijiste?

—Es que no fue nada importante. En cambio, echar un polvo en la Sagrada Familia sí que lo es, y no me habías dicho nada.

—Me tiraré a Dioneu. Cuando lo vea, me lo tiro, te aviso.

—Ni de coña.

—Pero si tú serás una mujer casada. Puedo hacer lo que quiera.

—No seas puta.

—Puta, tú. Bueno. ¿Cuándo piensas hacer la cena esa? ¿En tu casa o dónde?

—Sí, claro, en mi casa, en un ambiente íntimo. Compraremos velas y prepararé algo afrodisíaco. ¿Sabes qué ingredientes son afrodisíacos?

—Me suena que las nueces lo son, pero no esperarás que la cosa acabe en orgía, ¿no? Que no sé si entre tú y yo podríamos con todos. Además, me sentiría como una Yola Berrocal o una Malena Gracia y todas las que siempre iban con jugadores de fútbol.

—Ah, no, se trata más bien de un encuentro familiar, de viejos amigos íntimos. Jugadores de fútbol, ¡ya se nos ha pasado el arroz! —las dos nos morimos de risa—. De todos modos, si pudimos con ellos en su momento, podríamos con todos a la vez, si nos lo propusiéramos.

—Qué pereza. Me suena que las ostras también son afrodisíacas. Y las fresas. Y el ajo.

—¡Sí, ajo, para que huyan todos los vampiros! ¡Lo que queremos

es que nos chupen la sangre!

Y se ríe de ese modo que hace peligrar las paredes. Después coge unas tijeras que encuentra al lado de unas cajas aún por desembalar, y golpea fuerte su lata de cerveza. Se pone de pie y, cuando ya ha conseguido que todos callen, empieza: «Queridos y queridas, tengo algo muy importante que deciros: en setiembre me caso».

Desde la calle, la conversación de tres chicos que se ríen delante del Tinta Roja y el olor de los kebabs de un bar paquistaní suben enredados por la pared hasta el balcón que mira a las Tres Chimeneas, en el que fumo un penúltimo cigarro y tomo un *whisky*, y me digo que voy medio pedo y también que el Poble Sec no me entusiasma.

El Poble Sec es como el recuerdo destartalado de un intento que Barcelona debió de hacer para imitar el bulevard de Clichy, con su propio molino, y su avenida Paral·lel, y los edificios que se reparten desordenados en una versión barata de Pigalle. De aquel París ya no queda ni en París la *belle époque*. Y si allí el el Moulin Rouge lo visitamos los turistas, la zona barcelonesa del Molino ha resultado una meca de otro tipo de peregrinaje. Los jóvenes catalanes que se instalan en el último reducto de vivienda asequible cerca del centro reivindican la vida de barrio. Le llaman «vida de barrio» a las reuniones que los inmigrantes hacen alrededor de los bancos a media tarde para charlar un poco, y a la imagen de sus mujeres con el pañuelo en la cabeza, que salen cargadas de niños y el carro de la compra hacia el supermercado. Le llaman «vida de barrio» a la ropa tendida que hay en los balcones. A los jóvenes barceloneses que se han instalado en el Poble Sec les gusta poder cortarse el pelo por dos euros en un barbero que recuerda a los barberos de toda la vida. Y con la sensación de haber recuperado un pedazo de los años 50, excusa que las calles estén sucias, y las noches sean ruidosas, y los edificios se apoyen unos sobre los otros, bajos, grises y tristes, aburridos de ser únicamente techos.

El Poble Sec es un barrio contradictorio. Si por una parte guarda en esa dejadez la identidad de considerarse «auténtico», por la otra se aprovecha: he tomado en sus terrazas las cervezas más caras que he tomado nunca en Barcelona. El mismo Tinta Roja, al que ahora entran los tres jóvenes que se reían en la puerta, no es barato. Es *auténtico*, pero de otro tipo; emula la decadencia propia de una pesadilla de David Lynch, tiene cortinas de terciopelo rojo y sillas que sabrías decir si son antiguas o viejas. No es una Francia antigua,

la que encuentras en las calles del Poble Sec, sino una Francia podrida que separa, elitista, el ocio de la necesidad. Los inmigrantes charlan en los bancos, sus mujeres de camino al súper, forman parte del *atrezzo*; las callejuelas son el escenario de un Grand Théâtre. Si fuera una parte del cuerpo que representa Barcelona, Poble Sec sería un tatuaje que la ciudad se hizo en la espalda hace mucho tiempo. Lo lucía cuando estaba de moda, y lo ocultó cuando fue necesario. Ahora vuelve a mostrarlo, feo y marchito, desvanecido en una piel que, como las sillas del Tinta Roja, no sabes si es vieja o antigua.

—¿Qué piensas? —Nil me asusta.

—Ah, no, nada —respondo—. En todo esto, la casa —digo vagamente. Y añado, sin saber por qué: —Enhorabuena.

Se apoya en la baranda del balcón, a mi lado. Bebe *whisky*, como yo, pero con Coca-Cola. Suspira hondo y me digo que, como yo, también va medio borracho.

—Qué fuerte, lo de Cati —exclama.

—Ya sabes cómo es. Para llamar la atención sería capaz incluso de casarse la primera. —Nil sobre todo es poeta. Por eso se toma las cosas a pecho. Tiene sentido del humor, menos cuando se pone transcendental. Y me parece que este es el momento más transcendental de su vida.

—Estaba pensando que quizá el juego ha llegado demasiado lejos —murmulla.

—¿Qué juego? —Por unos segundos creo que Nil y Cati tienen una historia a escondidas y que Cati no le había dicho nada a Nil de su boda, y que ahora, al enterarse, Nil se ha deprimido y le han entrado ganas de lanzarse desde el balcón del piso que quizá decidió comprar con la idea de acabar compartiéndolo con Cati secretamente que, en realidad, es la mujer de su vida, y que ahora ya no podrá decírselo nunca, que estaba enamorado de ella y que quería que vivieran juntos en ese piso, porque Nil sobre todo es poeta, pero, por encima de la poesía, Nil es una persona noble, y no le jodería la existencia ni la boda a nadie, y aunque estuviera enamorado de Cati, ya no puede confesarle que la quiere. Ahora ya no se lo puede confesar, porque ella está a punto de casarse con otro. Por eso tiene ganas de saltar por el balcón. Lamentablemente vive en un segundo y no se haría casi nada, quizá se rompería una pierna y haría el ridículo, o se quedaría parapléjico y nos amargaría a todos. Eso es lo que me pasa por la cabeza durante unos segundos. Hasta que me doy cuenta de que es completamente absurdo.

—Yo me meto en una hipoteca, Cati se casa, a Blai le han

propuesto hacer una exposición… —enumera.

—¿Una exposición? ¿A Blai? ¿Cuándo? ¡No me ha contado nada!

—Quiero decir que quizá lo hemos conseguido. Me refiero… llevamos una vida más o menos normal. Estable, ya me entiendes. Haciendo lo que nos habíamos propuesto hacer.

—Blai no es capaz de dibujarme. Lo hemos intentado tres veces y no hay manera. Dice que no me ve. Acaso no me ha dicho lo de la exposición porque sabe que no estará mi retrato. Y que no esté tu retrato en la exposición de un amigo que ha retratado a todos tus otros amigos es como ver una foto familiar en la que no apareces —Nil no me escucha.

—Hace cinco años… ¿tú te acuerdas de cómo estábamos hace cinco años?

—¿No ha venido su novia?

—¿Qué novia?

—La de Blai, la maestra; debe de estar repasando caligrafía —me río de mi propia gracia, qué patético.

—Eh, que Beth es un encanto de tía. No ha venido porque mañana tiene clase a las nueve.

—Y claro, no puedes enseñar a perforar un dibujo con un punzón si tienes resaca.

—¿Te acuerdas de cómo estábamos hace cinco años o no? —insiste Nil—. Tú eras azafata de ferias y congresos.

—Y tú no dabas palo al agua porque querías ser Poeta con mayúsculas.

Durante una época afortunadamente breve, Nil fue un misántropo profesional. Se encerraba en una habitación durante días, a veces incluso durante semanas, y su madre tenía que dejarle la comida en la puerta, y no siempre se la comía. Solo salía para ir al lavabo, y sospecho que a veces debía de mear por la ventana o dentro de una botella de plástico para no tener que enfrentarse al pasillo ni para eso. Quería ser un poeta maldito, y aseguraba que con el estómago vacío y sin dormir escribía los mejores versos de su vida.

—Supongo que no puedes ganarte la vida cantándole a la muerte —responde.

Había una enfermedad japonesa que era parecida a la misantropía de Nil. Hikikomori, creo que se llamaba. Los médicos la justificaban con el estrés al que están sometidos los jóvenes por culpa de las duras exigencias de los estudios y por las posibilidades que brindan los videojuegos e internet, que permiten una forma de

evadirse o de relacionarse sin la necesidad del contacto exterior. Pero Nil no estaba enganchado a la Play Station, ni a un chat.

Primero solo veía la televisión. Veía la televisión día y noche, no la apagaba nunca. No dormía nunca. No desviaba los ojos de la pantalla. Veía los programas matinales, y los concursos, y los anuncios de aparatos para hacer abdominales, y las series de producción propia. El medio es el mensaje, decía McLuhan. Pues Nil quería descubrir el mensaje infernal de la televisión para poder determinar que el medio era el mismo diablo. De la palabra de Dios en las iglesias, pasamos a recibir la palabra de Satán en todos los hogares. Eso pensaba Nil, absorbido por el abismo del mal.

Según me contaba Blai —el único que intentó visitarlo aquellos días—, ibas a casa de Nil y escuchabas el rumor de la tele a través de la puerta de su habitación. Era como si en el piso viviera un espíritu, invisible e incomunicado pese a estar enganchado a un medio de comunicación. Blai iba a verlo, y la madre de Nil tocaba amablemente a su puerta, decía: «Ha venido Blai». Pero desde el otro lado no se escuchaba nada salvo el televisor. Ni subía de volumen, ni Nil se movía de encima de la cama o de la silla. «Pese a todo, notabas que estaba despierto, sabías que él sabía que tú estabas al otro lado de la puerta», contaba Blai. Era inútil, la puerta no se abrió nunca. Y Blai daba media vuelta, «ya volveré más adelante».

Un buen día, pasadas tres o cuatro semanas, el ruido de la televisión se acabó. La madre de Nil creyó que quizá el aparato se había estropeado. Después esperó a que su hijo saliera para decir que el aparato se había estropeado, esperaba que volviera a sentarse a la mesa a la hora de comer. Pero Nil no salía. Más tarde supimos que el día que apagó el televisor, Nil se puso a escribir. Solo escribía. Y escribía y escribía y escribía. Escribía hasta que terminaba los bolígrafos, escribía hasta sangrar los dedos. Escribía con la misma obsesión con que había visto la televisión. Creo que con la voluntad de volverse loco.

—Ahora eres poeta —digo.

—Seré un Poeta con mayúsculas algún día. Y tú eres periodista, que es lo que querías, a pesar de que los periodistas sois los asesinos de la literatura.

—¿A quién no le tienta la idea de ser una *psycho killer*?

—¿Has leído a Cioran?

—¿Qué tiene que ver Cioran?

—Lee a Cioran, es muy importante.

—Claro que he leído a Cioran, pero no le veo la relación.

—Sea como sea, eres una asesina de la literatura porque así lo has elegido, y Blai hará una exposición, y hace cinco años todo esto nos parecía imposible.

—Exageras —me río—. Mi trabajo solo sirve para envolver bocadillos, llenar bolsas de piel antes de ponerlas a la venta y formar pasillos encima de los suelos acabados de fregar.

Después, de pronto, fue como si Nil hubiera visto el horror tan de cerca que no quisiera ver nunca más. Salió de su habitación con cara de susto, besó a su madre en la frente, le dijo «gracias», y no ha vuelto a ver la televisión. Menos cuando juega el Barça.

—La diferencia, Nil… —empiezo. Pero me detengo.

—Dime.

—No, nada.

—Va —insiste.

—No hay demasiada diferente entre ahora y hace cinco años. Quizá la única diferencia es que ahora nos gusta nuestra situación, y por eso queremos creer que es estable, que quedará así. Entonces nos metemos en situaciones irrevocables para mantener la sensación de que nada nos puede sacar de aquí. Una hipoteca, un matrimonio… contratos. Normas. Firmas.

—Quieres decir: papel mojado —responde. Y se le ocurre una figura poética: —Los contratos son los paraísos que se firman para no ensuciar el suelo recién fregado.

No entiendo nada.

—Has sido tú, que has empezado hablando de juegos que han llegado demasiado lejos —definitivamente, he bebido demasiado.

—Pero yo hablaba en el sentido contrario. Quería decir que se nos ha acabado la excusa de ir de adolescentes. Teníamos un propósito y lo hemos conseguido. Esto ya no es un juego. No jugamos a ser poetas o periodistas o pintores, ya lo somos. Hemos llegado tan lejos como nos lo habíamos propuesto —Nil arrastra las palabras: —Tenemos que felicitarnos por eso. Tenemos una responsabilidad. El mundo nos espera.

—¿Has leído a Perec? —le pregunto yo ahora.

—¿Perec? No, no me interesa.

—¿Has leído *Les choses*?

—No. Procuro no perder el tiempo —protesta.

—¿Sabes qué somos? Somos unos burgueses *low cost*. Viajamos en compañías baratas, compramos muebles con fecha de caducidad, comemos en restaurantes japoneses que producen sushi en

cantidades industriales, nos ponemos ropa de diseño de Amancio Ortega que ha copiado de Cacharel, o un modelo de Cavalli que ha firmado por H&M, o un jersey de cuello alto marca Mango que han ideado Penélope y Mónica Cruz; ¡idear! Eso es mucho decir. Un miserable jersey negro de cuello alto.

—No sé a dónde quieres llegar. Me parece que mis decisiones son más sólidas que eso. Y espero y aspiro a que también sean un poco más profundas.

El discurso de Nil es el discurso del propietario; del que cree que por haber adquirido un inmueble domina incluso su vida. Yo sigo teniendo una vida de alquiler, y tengo que pagar por cada uno de los días que paso en ella. Pero no estamos en situaciones tan distintas. Todo siempre es transitorio, somos fruto de la Transición.

—Tú aún juegas —le digo—. Ahora has cambiado de juego, y te encabezonas con responsabilidades que te hacen sentir… pues eso, responsable. Te has metido de lleno en un tablero del Monopoly. Yo juego al parchís, y en cualquier momento pueden colocarme otra vez en la casilla de salida. Mis contratos son caducos: el del piso, el del trabajo… Tú, en cambio… Pero en realidad… No sé qué quiero decir exactamente, pero el hecho de que te estés comprando un piso con tu hermana demuestra que tampoco es una decisión definitiva.

Nil se balancea un poco. ¿O soy yo quien se balancea? Creo que lo que se balancea es la casa entera, que quizá tiene aluminosos y no soporta el peso de esta conversación. Tengo la boca pastosa.

—Lo que hemos hecho Gemma y yo tiene más garantías que un piso comprado por una pareja de casados. Dudo que nosotros nos peleemos. Gemma puede encontrar a alguien con quien quiera vivir, o yo puedo encontrar a alguien… Nos venderemos la parte correspondiente y listos, como buenos hermanos. —Entonces encuentra lo que quería decir, y lo que quería decir es: —La cuestión es que aún tenemos la energía de los años pasados para hacer mil cosas, pero hemos aprendido a no malgastarla.

No estoy de acuerdo:

—Por miedo a no malgastar nada, lo cogemos todo. Así no tenemos que elegir. Y el hecho de cogerlo todo (la vida que nos gustaría tener y la vida que estamos obligados a llevar para poder llevar la vida que nos gustaría tener) es lo que nos agotará antes de tiempo. Tenemos un síndrome de Diógenes existencial: acumulamos toda clase de experiencias de mierda.

Nos callamos un rato. Tengo miedo de que el balcón caiga bajo nuestros pies y entro.

Después de esta conversación tan profunda, se me ha secado la garganta y voy a buscar otra copa. Pero antes de llenar, hace falta vaciar, así que hago una parada técnica en el lavabo que podría comprar con el dinero que tengo ahorrado. La luz está apagada. Por eso, una vez dentro, cuando la enciendo, ahogo un grito al ver a Gemma sentada encima del váter, con la cara entre las manos. Está llorando.

Mi primer impulso es dar media vuelta y volver a la fiesta. Nunca he sabido consolar a nadie. Ver a alguien llorar me violenta mucho; no sé qué hacer, si darle unos golpecitos en la espalda para que se le caigan todas las lágrimas, acercarme a su lado y decir «no sé si te has dado cuenta, pero estás llorando», o simplemente «tranquila, no puede ser tan grave».

Así que pregunto de la manera más absurda:

—¿Estás bien?

Es evidente que no, si no, no se habría encerrado en el lavabo a oscuras para sollozar sobre el váter. Pero hace que sí con la cabeza, oculta aún entre las manos, y me digo que ya he hecho mi parte. Puedo volver a la fiesta y servirme una copa y beber hasta olvidar lo que he visto. No obstante, hay algo que me detiene, una especie de remordimiento, o de responsabilidad, o de no-sé-qué, que me hace ponerle una mano en la espalda, y preguntarle:

—¿Puedo hacer algo? ¿Quieres que te traiga un poco de agua?

Tras sus manos, la cabeza de Gemma se sacude de izquierda a derecha, lo que quiere decir que no. Bueno, ya está, ha quedado claro. Le he preguntado si está bien y me ha dicho que sí, le he preguntado si quiere que la ayude y me ha dicho que no. No me necesita para nada. Mi papel aquí no tiene sentido alguno, así que puedo irme. Pero en lugar de eso, y sin que sea del todo consciente, me apoyo en el lavabo y empiezo a decir:

—Mira, ya sé que debes de estar un poco acojonada, porque sesenta kilos son muchos, y tener que invertir tantos años en pagar un piso en el que además no puedes meter a una familia da cosa. Además, debe de asustar un poco tener que estar siempre pendiente de los créditos, y saber que cuando no pagues, zas, viene el banco y te requisa la casa. Pero piensa que eso es lo que hay: el miedo es el gran mal de nuestros días, me lo dijo un amigo que es psicólogo. Y no tenemos que hacerle caso al miedo, porque entonces nos paralizamos, y si te paralizas, la has cagado, porque los otros eligen por ti. El otro gran mal son las hipotecas, fuente principal de los miedos que te decía. Es mejor que te imagines la ilusión que te hará

en cuarenta años sentir que tienes un espacio tuyo y solo tuyo que nadie podrá quitarte. Imagínate cuando tus nietos os vengan a ver, a ti y a Nil, y les hagas pasteles de marihuana que ellos te han traído. Os sentaréis todos y haréis una fiesta como la de ahora para celebrar que habéis acabado de pagar el piso, y que por fin habréis cerrado la única cuenta que os quedaba pendiente. Os comeréis el pastel, te dejarán tomar una copita de jerez, pero solo una. Recordaréis los años difíciles que habréis pasado en los que los niños tenían que dormir en la bañera porque no cabían en ninguna parte, y os reiréis todos juntos, porque los momentos difíciles unen mucho. ¿Qué son cuarenta años? Nada, mujer, nada. ¡Si yo ya tengo treinta y se me ha pasado volando! No tienes que preocuparte por eso, de verdad te lo digo.

Hace rato que Gemma ha retirado las manos de su cara y me mira con los ojos desorbitados por culpa de la hinchazón de sus lágrimas. Aún tiene las mejillas mojadas y rojas, pero ya no llora.

—No es eso —dice—. Lo que pasa es que estoy preñada.

EL APOCALIPSIS

Al día siguiente, el mundo entero cae al otro lado de la ventana. El apocalipsis empieza un viernes a las ocho de la mañana. Y lo hace con una metáfora que, de pronto, no sé qué significa: acaban de derribar la casa okupa en la que vivían los gitanos, delante de la mía. Aún medio dormida, con el corazón saltándome en el pecho por culpa del susto, me asomo a la ventana para ver el fin del mundo. Voy en bragas y camiseta, y el ruido del hormigón que se hunde pesadamente se añade al de las perforadoras que, desde hace casi un mes, agujerean las aceras de la calle para plantar naranjos. Me quedo un rato mirando, sin saber qué veo, el movimiento mecánico de las máquinas, la polvareda de las obras que se alza como el hongo de una bomba atómica, oigo el pipipipi de los camiones que dan marcha atrás, ni siquiera soy consciente de que tengo resaca.

Cuando consigo espabilarme, me doy cuenta de que hace un rato que están llamando a la puerta.

Descuelgo el auricular del portero automático y suelto un «¿sí?» que acumula la voz de todos mis ancestros. Al otro lado, alguien me pide que baje a ayudarlo. Tardo diecisiete segundos y medio en adivinar quién habla. Es el mago. Y no sé qué hago, vestida aún con camiseta y bragas, las llaves en la mano y en los pies unas alpargatas, bajando por la escalera.

Justo al llegar abajo, el mago me mete una piruleta de fresa en la boca.

—Ayúdame con esto —dice. «Esto» es una estantería de Ikea que está descargando de una furgoneta.

—¿Qué haces? —pregunto estúpidamente mientras un chico que no he visto en mi vida deja una silla de oficina en mi portal y me mira las piernas sin disimular.

—Nada, que mis compañeros de piso son unos hijos de puta —dice el mago. Ha dejado la estantería al lado de la puerta y se vuelve a la furgoneta. El conductor de una excavadora de las que están derribando la casa okupa hace gestos para que retiren el

vehículo de la calle. Cuando me ve con cara de aturdida sin saber qué hacer, y una piruleta en la boca, también me mira las piernas.

—Pero ¡va, ayúdame con estas cajas! —exige el mago. Llega un camión con unos cuantos naranjos para plantar, se coloca detrás de la excavadora y cuando ve que no puede pasar, toca el claxon.

Me acerco vacilando a la furgoneta, y el chico que no he visto nunca en mi vida me pone una jaula en las manos. En la jaula hay una inmensa rata blanca.

—Es para ensayar —concreta el mago. Y acto seguido me cuenta: —Que me han dejado en la calle, los cabrones. ¿Qué día es hoy? ¿Día once? ¡Es once de mayo! Les dije que este mes iba mal de pasta, que quizá me retrasaría un poco. Y ayer por la noche… ¿a ti te parece que no podían esperarse hasta el día 15? Ayer, cuando llego…

Un momento. El mago no está diciendo lo que está diciendo. Noto cómo el caramelo de la piruleta se hace bola en mi garganta.

—Cuando ayer llego a casa —sigue el puto mago—, ¡los cabrones me habían cambiado la cerradura! ¿Te parece normal? Ya ves, solo estamos a once, que pensaba pagar el piso, como cada mes. Que les avisé, que quizá me retrasaría un poco.

Estoy temblando. Tengo que apoyarme en la pared. Estoy a punto de tener un infarto. El sudor me resbala por las axilas y me hace cosquillas y me moriré ahora mismo. El camión con los naranjos vuelve a tocar el claxon, y el conductor de la excavadora se ha encendido un cigarro. Yo también necesito un cigarro, y no esta puta piruleta que tengo en la boca. El mago acaba de dejar una bicicleta estática al lado de la puerta, y el chico que no había visto nunca en mi vida está descargando un ordenador con su monitor y su teclado, y su impresora, y sus altavoces. La rata, dentro de la jaula, ha empezado a dar vueltas subida a una rueda.

Entonces oigo un rechinar a mi lado, en la puerta del señor Martí y la señora Montserrat, que viven en el entresuelo. Y la puerta del señor Martí y la señora Montserrat se abre, y sale la señora Montserrat vestida en bata rosa, y le digo:

—Buenos días, señora Montserrat, ¿cómo está? —Pero lo digo con un hilo de voz, porque no tengo fuerzas para decirlo de otro modo.

En lugar de contestar «muy bien, hija», que es lo que contesta siempre, la señora Montserrat me mira con un abismo en la mirada y responde:

—Cómo quieres que esté, si el lunes enterramos a mi marido. Murió el sábado.

En milésimas de segundo, el sábado pasa de ser un día indefinido a ser el día que pasé con Blai, en su estudio de la calle Verdi. Y me pregunto en qué instante murió el señor Martí, si mientras Blai intentaba pintarme o después, cuando hacía la tortilla de patatas, o más tarde, al comernos la tortilla frente la televisión en la que daban la Fórmula 1.

Estoy diciendo: «Lo siento, la acompaño en el sentimiento», que es la fórmula 1 para usar en estos casos. De verdad que lo lamentaría si pudiera hacerme a la idea, pero no puedo, porque no puedo imaginarme al señor Martí muerto y enterrado, y aún menos puedo imaginar que me estoy enterando de una noticia como esta en un momento como este. Me he sacado la piruleta de la boca y abrazo a la señora Montserrat vestida en bragas y camiseta, con la mano que sostiene la piruleta alzada para no ensuciarle el pelo ni la bata. La señora Montserrat también me abraza muy fuerte, y llora y solloza: «Treinta y ocho años juntos», y también: «Le dolía el pecho, fuimos a urgencias, nos dijeron que no sería nada», y mientras el mago va bajando cajas de la furgoneta, el chico que no he visto nunca antes hace lo mismo. El conductor de la excavadora me mira las piernas y detrás, el camión con los naranjos da marcha atrás. Resuena aún su pipipipi.

—Tómatelo como por arte de magia. ¿No te quejabas hace dos días de que te subían el alquiler del piso? Pues si lo tenéis que pagar entre dos, estás salvada.

Mientras Elba intenta que vea la parte positiva de la catástrofe antinatural que ha arrasado mi vida imperfectamente perfecta, consulto el correo electrónico. Hay carta de Neus. Asunto: «Mi felicidad». Los astros se han puesto de acuerdo para hacerme saltar de la órbita.

«Hola», apunta Neus, «este mensaje es para agradecerte que impidieras mi suicidio ahora hace un par de semanas», vaya, parece que nuestras existencias se han traspapelado. Sigue: «…porque estos han sido los quince días más importantes de mi vida, y si me hubiera suicidado no los habría vivido, y mi vida se habría perdido sus quince días más importantes, y en realidad toda mi vida no habría tenido sentido. Y es una putada que, por quince días, te pierdas la parte esencial de treinta años de vida». Sí, pues mis treinta años habrían sido perfectos sin contar los últimos quince días. Es más, de hecho, habrían sido perfectos sin las últimas quince horas. «Alguna vez te he contado que la mayoría de los muertos que nos llegan no son ni de viejos ni de enfermos, sino de no natos»,

sigue Neus. «A algunos solo les quedaban quince días para nacer, y piensas: qué lástima, por quince días. Quince días es medio mes, y un mes son treinta días, que es como nuestra edad, pero en años: treinta; ¿te has fijado? La putada es que no viviremos doce veces treinta años, como pasa con los años, que duran doce veces treinta días», creo que a Neus se le ha ido la mano con los porros holandeses. «Pero bueno, ahora no sé por qué te lo decía. Supongo que, gracias a estos quince días que me quedaban para nacer, ya estaré viva para siempre». Me he perdido, pero sigo leyendo:

«Recordarás que la última vez que nos encontramos en el Messenger yo había agujereado las ruedas de la bicicleta de Idoia, porque creía que Libby me había dejado para volver con ella. Pues aquella noche, cuando Libby vino a buscar sus cosas a casa, no pude evitarlo y le conté lo que había hecho, y ella se me quedó mirando con ojos como platos y creía que me daría una hostia —no nos hemos pegado nunca, aunque me apetecería chafarle la nariz cada vez que la veo, o bueno, ahora ya no, pero en aquel momento aún me apetecía hacerlo—, y creía que me pegaría, por la cara que estaba poniendo, toda flipada. Pero no me pegó, más bien al contrario, se echó a reír como una loca. Primero me ofendí mucho porque, como comprenderías, lo último que me faltaba era que se riera de mí, después de haberme dejado por su ex. Me sentía tan idiota que tenía ganas de cortarme las venas allí mismo, delante de Libby, para que entendiera que me había destrozado la vida y quería que arrastrara la culpa para siempre. No te suicides nunca, que es una muerte que salpica, sueles decirme. Pues bien, a mí me daban ganas de verla sucia de mi sangre de muerta, que aprenda, la mala puta, ya me entiendes. Pero, por otra parte, me daba miedo que al cortarme las venas ensuciaría el vestido que llevaba puesto. Era un vestido que me regaló mi madre, creo que la Navidad pasada, y a mi madre la quiero mucho, ya lo sabes, y no tiene que sufrir por lo que me pase a mí, que ya le bastó con la muerte de mi padre. Y pensar en mi madre hizo que desistiera de cortarme las ventas, pero Libby no dejaba de reírse, y yo cada vez estaba más nerviosa».

—¿Cómo ha ido? —No he visto llegar a la jefa de cultura, que se asoma por encima de mi espalda en el ordenador, y casi no me da tiempo de minimizar la pantalla en la que estaba la carta que leía —. ¿Has conseguido algo?

—No, la verdad es que no. —La jefa de cultura quiere que averigüe cuándo llegará Woody Allen a Barcelona y dónde rodará su película, y dónde se alojará Scarlett Johansson, y cosas de las

que la productora del film no quiere adelantar ni media palabra. Cuando le digo que no tenemos nada, la jefa de cultura resopla y añade:

—Hazlo como quieras, pero no podemos permitir que se nos adelante otro periódico.

De momento, tengo que escribir un artículo sobre el estreno de *Marat-Sade* y tengo que leer una carta muy feliz e interesante que me ha mandado Neus. Cuando la jefa de cultura se sienta en su sitio, maximizo la pantalla. ¿Por dónde iba? «Pensar en mi madre hizo que desistiera de cortarme las venas, pero Libby no dejaba de reírse, y yo cada vez estaba más nerviosa». Sigo:

«Entonces Libby me pidió que nos sentáramos un momento, que teníamos que hablar, y me dijo que hacía tiempo que las cosas entre nosotras no iban bien, y que efectivamente se iba de casa para vivir con otra persona, pero que aquella persona no era Idoia, como había imaginado yo, sino Betty o Peggy o Susie, no recuerdo qué nombre estúpido me dijo; una tía que toca la batería en un grupo. Se ve que se han enamorado y no sé qué historias de esas que son inevitables, y que Libby aún me quiere, pero no está enamorada de mí. Y me dijo que también quiere a Idoia, y que siempre ha sido muy amiga suya, ella creía que también mía; "de la casa", dijo, "amiga de la casa". Y cuando Libby dice "de la casa" quiere decir de las dos, suya y mía, pero ahora no sé qué dirá, si ya no vive más aquí». Eso me hace pensar que, cuando esta noche llegue al piso, el mago me estará esperando, y me preguntará cosas como: «¿Dónde tenemos el abridor?», «¿somos de los que reciclamos la basura?», «¿cuándo haremos una lavadora?», y cuestiones, en fin, que implican un nosotros. Al pensarlo, un escalofrío de puro horror me recorre la espalda. Quizá no, me digo. Quizá sus antiguos compañeros de piso lo han readmitido y lo han llamado para que vuelva. O quizá lo ha atropellado el camión que planta naranjos en las aceras de la calle, o quizá ha bajado a consolar a la señora Montserrat en el entresuelo, y ha decidido que se vive mucho mejor con ella.

—Es que no sé por qué no lo mandas a la mierda —murmura Elba, y por unos segundos me pregunto si se refiere al mago o a la jefa de cultura.

—Ya sabes cómo soy, no sé decir que no —respondo—. Y si lo hubieras visto esta mañana, con la excavadora presionando, y mi vecina llorando, y yo en bragas… me sentía completamente desarmada. ¿Qué querías que hiciera?

—Pues decirle: «mira, bonito, si quiero una noche mágica ya me

engancharé al programa de Aramis Fuster». Dormir con un mago es muy peligroso. A ver si un día te despertarás convertida en cuca.

—Que no, que te equivocas de cuento. Lo peor sería acabar separada en dos, en unas cajas de aquellas que te cortan por la mitad. O lo que es más grave: convertida en paloma.

«En fin, ya me estoy enrollando», dice Neus. «La cuestión es que aquella misma noche», maldita noche. Si no hubiera llamado al mago entonces por un ataque de soledad después de chatear con Neus, probablemente él no se habría atrevido a poner los pies en mi casa sin que nadie lo hubiera invitado. Los detalles más pequeños pueden trastornar el orden universal; es el famoso aleteo de mariposa. Una mariposa aleteó con aquella llamada que hice. No puedes encamarte con un hombre más de dos veces, porque a la tercera se toman confianzas insospechadas. «Aquella misma noche, cuando Libby hubo recogido sus cosas para instalarse en casa de Peggy, Susie, Betty o como coño se llame, fui a casa de Idoia para pedirle perdón. Fui con mi bicicleta, con la idea de dejársela, o de regalársela incluso, porque lamentaba haberme cargado la suya sin razón. Y ella, cuando le dije que quien le había roto la bicicleta había sido yo, se sorprendió mucho, pero no se enfadó, sino que me invitó a tomarme un té, y estuvimos hablando hasta que se hizo de día, y después ya no hablamos más, porque ella me preguntó cómo pensaba volver a mi casa, si le regalaba la bicicleta. ¿Y sabes qué? Creo que si he pasado tantos meses celosa de Idoia es porque en realidad siempre he estado enamorada de ella, y no entendía que Libby estuviera conmigo, pudiendo estar con alguien tan especial como Idoia. Y ahora Idoia está conmigo, y no nos hemos vuelto a separar, y por eso no me he conectado durante la última semana, porque se está instalando en mi casa y tenemos que hacer mil cosas, y soy muy feliz y quería que lo supieras».

Tantos siglos de cristianismo intentando establecer las diferencias entre el cielo y el infierno, y se demuestra que son una misma realidad, determinada por las consecuencias de quien la disfruta o la sufre, dependiendo, no de la realidad externa del que le ha tocado vivir, sino de la manera de afrontarlo. Quizá Elba tenía razón, hace un rato, cuando intentaba que me tomara las cosas tal como vienen; quizá la aparición del mago en este preciso momento es cuestión de brujería. El mail de Neus tiene una postdata:

«Con respecto a la carta que me adjuntaste, espero que no fuera excesivamente íntima —la verdad es que sí que lo parece—, porque la leímos y tradujimos entre Idoia y yo. Hemos decidido hacerlo todo juntas, a partir de ahora, menos cagar y las autopsias; la

muerte y la mierda sufren de un mismo principio escatológico. De todas formas, hay algo que no entiendo: ¿quién es el tal Peter? No es el mago del que me hablabas el otro día, ¿no? la verdad es que parece algo colgado. De ti, quiero decir. Siempre y cuando te hagas llamar Anna ante tus conquistas. Espero que algún día me cuentes por qué me haces traducir la carta que un inglés le manda a una chica que se llama Anna para pedirle que se case con él pese a no conocerla». Qué quiere decir que no la conoce. Mientras acabo de leer el correo de Neus, imprimo la traducción de la carta, enferma de impaciencia. Neus acaba:

«Perdona que te haya escrito así, a toda prisa. Ni siquiera repasaré lo que he puesto porque no tengo tiempo, Idoia me está esperando porque vamos a comprar una bicicleta nueva. ¡Estoy por proponerle que nos compremos un tándem! Espero que vaya todo bien. Escucha *While you were sleeping*, de Elvis Perkins, y entenderás cómo me siento ahora mismo. Nos conectamos un día de estos. Te quiero. Neus».

Era una manera de restablecer el orden de las cosas. Todas las películas que hemos visto, todos los libros que hemos leído, hacen que busquemos la narración en todo lo que nos rodea. Por eso existen los libros y las películas; la teoría es que todo puede ser relatado. Todo debe tener un principio, un nudo, y el desenlace es absurdo porque todo acaba igual. Los anuncios son historias condensadas en treinta segundos; las canciones, sentimientos en tres minutos. Y cuando tienes que contar una anécdota, también intentas seleccionar cada uno de sus detalles, si no racionalmente, sí lógicamente, para que adquieran un sentido. Pero ¿tiene sentido lo que nos rodea?

Mi intención era sentarme en el Kasparo para volver a la casilla de un juego imaginario desde la cual me disponía a leer una carta de Peter a Anna, hace unas semanas. Pongamos que era la casilla de la carta, y era allí donde debía leer la traducción: en la misma terraza del mismo bar en la que intenté entender la carta la vez anterior. Así podía ensamblar los recuerdos y construir una narración. Quizá podría incluso olvidar lo que ha pasado entre aquel día y hoy; sobre todo olvidar lo que ha pasado esta mañana, y que no empezaré a asimilar hasta que no vuelva a casa. En cualquier caso, sentarme en el Kasparo otra vez era una manera de restablecer psicológicamente el orden de la historia que concierne a la carta, pasando por alto los capítulos estúpidos e inútiles de su traducción.

Por eso, después de salir del trabajo he ido a la plaza Vicenç

Martorell, como la otra vez y, como la otra vez, he buscado un sitio vacío bajo los arcos. Evidentemente, un viernes por la noche el Kasparo está lleno de gente y ha sido imposible encontrar una silla libre.

Así que he cruzado la plaza, de Tallers hacia Ferran y ahora camino tan perdida como me siento últimamente, que no indecisa, porque lo hago con aires de quien sabe exactamente hacia dónde va, pese a que en realidad no lo sé.

Voy hasta la plaza del Macba, en la que unos dominicanos aprenden a bailar haciendo piruetas en las escaleras, y donde vuelan los *skates*; las terrazas del Horiginal y del bar de al lado también están llenas de gente. Sigo caminando hasta el Almirall, y entro. En el techo, dos ventiladores más ornamentales que útiles se quejan mientras dan vueltas pesadamente. En las paredes se acumulan objetos de navegación, falsos farolillos de aceite, una escafandra. Pido una Moritz y me siento en uno de los bancos que hay al fondo del local deseando no encontrar a nadie conocido. Echo un vistazo alrededor, y no, no conozco a nadie. Entonces enciendo el penúltimo cigarro, y doy un trago a la cerveza. Con la misma ceremoniosidad con que vacié el bolso verde de la hebilla naranja, y también con el mismo respeto casi religioso con que intenté leer la versión en inglés de la carta, entrecierro los ojos, para habituarme a la falta de luz. Y por fin me sumerjo en las palabras que Peter le dedicó a Anna.

> «*Dear* Anna:
>
> Te imagino volviendo a casa, no sé desde dónde, no tuvimos tiempo ni de contarnos a qué nos dedicábamos. Te imagino volviendo al mismo piso al que me arrastraste, donde nuestros besos han dejado marcadas las paredes de mi memoria quizá como también han dejado marcadas las paredes de tu *hall*. Corres por las escaleras del edificio sin ropa, un cuarto sin ascensor. Tengo tu vestido en las manos y te alcanzo, con el miedo y el ansia de que en cualquier momento salga uno de tus vecinos y nos encuentre enredados, contigo desnuda, en un rincón del rellano. Te imagino leyendo estas palabras mientras subes, ahora vestida, y despacio, las mismas escaleras, y te detienes en el mismo rellano y quizá te preguntas quién soy. No recuerdo si aquella noche que justificará las siguientes llegamos a las presentaciones. Soy aquel inglés al que tapabas la boca con la tuya para que no hablara, porque, decías, te recordaba a los veranos que pasabas en el sur de Irlanda para aprender

un idioma que no has acabado de dominar. Y a ti no te gustan los recuerdos, porque son, según tú, una parte de la vida que ya está muerta.

Pero a mí no me pareces muerta, cuando recuerdo cómo leías al fondo de aquel bar al que fui con mis amigos. Estabas sola, con unos papeles, sostenías un cigarro, y al verte supe que ya te había visto antes, quizá en sueño, y que pasaría contigo aquella noche, y que, tal vez, y si me lo permites, pasaré contigo el resto de mi vida. Viviremos enredados como estábamos en el rincón del rellano de tus escaleras.

Al día siguiente volví al mismo bar, en el que nos conocimos, no para buscarte, sino para apuntar el nombre, del mismo modo que por la mañana, al salir de tu casa, había apuntado el nombre que estaba escrito en un buzón, y también el nombre de la calle donde pasamos juntos aquella noche para poder mandarte esta carta y pedirte por escrito: ¿te quieres casar conmigo?

Te imagino con la boca abierta, las hojas de esta carta tiemblan en tus dedos, como no temblaban en cambio las hojas de lo que leías aquella noche al fondo del bar. Has llegado hasta el cuarto, a tu casa, pero, por un acto reflejo, te giras para corroborar que no te persigo. No, no estoy tras de ti, ni ahora ni nunca. Cierras la puerta rápidamente, te preguntas si tendrías que llamar a la policía. Por otra parte, ¿por qué tendrías que llamar? Estoy en Londres, no volveré a Barcelona si tú no me lo pides, si antes no me has dicho que sí, que quieres ser mi mujer, mi compañera de viaje, la que, en lugar de abrirme su casa una noche, me abrirá su corazón para siempre.

Pensarás que no nos conocemos, y eso no importa. ¿Qué emoción es comparable a la de irse conociendo poco a poco? ¿Cuántas parejas se han separado después de años de convivencia? ¿Por qué no hacerlo al revés? ¿Por qué no fiarse de lo que sentimos piel contra piel? ¿En qué mundo vivimos en el que las palabras son más poderosas que la carne? Y, sin embargo, tú no dejabas de hablarme…

No te gustan los recuerdos porque, dices, cargar el pasado es como si las serpientes fuesen arrastrando la piel muerta. Yo, al contrario, establezco mi futuro a través de los recuerdos que guardo de aquella noche, y los he ido marcando como las señales de un mapa hacia el tesoro que somos nosotros.

Te quiero, pero no quiero molestarte. Por eso tendrás que ser tú la que me busque, si quieres encontrarme; si crees, igual que yo, que esta locura vale la pena. Superpongamos la pasión a cualquier razón, ¿qué te parece?

Al día siguiente de nuestro amor, volví al bar donde nos conocimos (¿qué leías con tanta fruición? ¿Quizá una carta como esta?). He trazado este mapa para ti. Si quieres venir, pasa por el Almirall, mira detrás del barco que nos vio zarpar. Y sígueme.

xxx, Peter».

Tiene que ser una broma. Eso no tiene ningún sentido precisamente porque tiene demasiado. La ciencia fracasa siempre que quiere establecer una causalidad primera que explique incluso el azar. El azar no puede convergir de una forma tan exacta como para estructurar una historia tan rocambolesca, y al mismo tiempo establecer una narración. Ya no es solo que me encontrara esta carta de la manera más extraña y fortuita, también se ha dado el caso de que el Kasparo estaba lleno de gente y que he acabado en el Almirall. ¿Cómo se explica? No creo en las fuerzas externas, ni en la astrología, pese a que ahora mismo tengo un mago instalado en casa. ¿Qué me ha traído hasta aquí? Probablemente un psicoanalista diría que ha sido cosa del subconsciente: las dos o tres veces que he intentado entender esta carta en inglés, he leído la palabra Almirall y ha sido ese factor, que hasta ahora había pasado por alto, lo que me ha conducido hasta aquí. Pero después hay un cúmulo de detalles que parecen preestablecidos, como que Anna estuviera leyendo, como yo, unos papeles cuando Peter se fijó en ella. O como que Anna sostuviera un cigarro en la mano sentada en esta misma mesa en la que estoy sentada yo ahora.

No creo en las casualidades. Creo en el error. Creo que una llamada de más puede hacer que un hombre se instale en tu casa. Creo que si bebes una copa de más tienes una resaca de la hostia, creo que una palabra de menos puede convertir la tensión en ruptura, creo que si te despistas en una carretera igual que te despistas cuando sin querer dejas caer un vaso, las consecuencias son definitivas. Creo que, si en lugar de ir por una calle vas por otra, puedes encontrarte a alguien que no habrías encontrado de otro modo, pero no sabes a quién te habrías encontrado si hubieras ido por la calle por la que tenías pensado ir.

Tiene que ser una broma. La manera en que aquella chica

desapareció después de darme el bolso verde de la hebilla naranja, la carta cerrada dentro de la agenda, el juego que propone la carta. Una broma de Andreu que, como es psicólogo, está haciendo un experimento y soy el conejillo de indias; o una broma de Blai, que sabe que me gustan estas historias y me ha planteado una convirtiéndome en la protagonista. Un regalo de cumpleaños. Una aventura, una yincana. Sé que si sigo todos los pasos, acabaré en una fiesta multitudinaria en la que todo el mundo gritará: «¡Feliz cumpleañoooos!», y alguien —probablemente Cati— comentará: «Si que has tardado, creíamos que no lo conseguirías nunca, eres un poco retrasada».

Tiene que ser eso. Peter no existe, no existe Anna, y Elba, en el trabajo, está involucrada desde el principio. Ella fue quien me animó a que abriera la carta y la leyera. No puede ser otra cosa, me digo, tiene que ser una broma. Y me río, y me pregunto cuál es el barco en el que está escondida la siguiente pista. La casualidad solo reside en que he acabado precisamente en este bar para leer la carta. Pero si no lo hubiera hecho aquí, si la hubiera leído en el Kasparo (como era mi intención para darle una característica cíclica a la anécdota), después habría venido al Almirall con la idea de encontrar la pista indicada. Todo el resto está controlado por mis amigos.

Ahora tengo dos opciones. Seguir el juego como si no me hubiera dado cuenta de nada para no decepcionarlos, o volverme a casa donde el mago quizá me espera para que le haga la cena. Me siento como el personaje de una historia que no he escrito yo. Hago lo que se me manda. Soy demasiado curiosa, y quiero saber cuál es el barco que esconde la fórmula para seguir jugando.

Una cierta vergüenza me hace actuar de prisa y sin disimular. Estoy de pie encima de la silla, y me asomo a un barco azul de papel cartón que está colgado en la pared. A mi lado, una pareja me mira y se ríe discreta. Espero que en cualquier momento alguien, seguramente un inglés, se dirija a mí, y me diga: «*you're on the right way, baby*», o simplemente me pregunte si necesito ayuda.

Pero, en lugar de eso, lo que me llama la atención a mi espalda es uno de los camareros, un canoso con las orejas llenas de pendientes y un *pircing* en el labio. «¡Eh, eh!», grita, «¿se puede saber qué coño haces?». Tengo una respuesta pensada. Desde el momento en que he decidido seguir adelante con esta historia, convertida en ficción porque puede ser narrada con coherencia, sabía que debería tener respuestas para todo. No hace falta mentir:

«Me han dejado un mensaje escondido», respondo, «tengo que encontrar una pista secreta». La pareja de al lado se echa a reír y el camarero se me acerca mientras replica:

—Aquí no hay pistas, no hay nada, solo un montón de polvo.

Yo he descolgado el barco de papel cartón y miro dentro y efectivamente no hay más que una araña muerta con las patas crispadas.

—Tiene que estar por aquí, en uno de estos barcos —Insisto. El bar está lleno de pinturas con embarcaciones, y botellas de cristal con barcos en el interior, y maquetas de veleros antiguos y naves conquistadoras.

El camarero de las orejas perforadas no sabe qué decir. No tengo pinta de loca, pero tampoco puede permitir que le revise todo el bar.

—Es muy importante que encuentre el mensaje —resuelvo—, hay un tesoro en juego.

La palabra «tesoro» ha animado al chico de la pareja que se sienta a mi lado. Es un chico más bien gordo, con el pelo negro y encrespado. Se levanta y dice:

—Venga, entre todos, serán cinco minutos.

El camarero dice que no y que no, que lo dejaremos hecho una mierda, y que tiene clientes normales que merecen una velada normal, y que dónde se ha visto eso de revisar los objetos que adornan un bar. Que nos estemos quietos.

Entonces hago algo que no me gusta hacer, pero que siempre funciona: le muestro el carnet de periodista. Y digo sin pensar:

—Mira, te cuento: resulta que estoy haciendo un reportaje sobre una nueva técnica de ligar. Los que quieren participar van dejando su rastro por algunos lugares determinados, o buscan los rastros que alguien ha ido dejando antes que ellos. Pueden ser direcciones en las que dejes nuevas pistas, por ejemplo, o libros con mensajes subliminales, carátulas de películas… cualquier cosa que sirva para seducir a un completo desconocido al que le guste la aventura. Tú estás en un restaurante, y en la pinza de la carta hay una nota que te indica que busques detrás del ficus. Lo haces, y encuentras un disco de un grupo que se llama Explatypus. No tienes ni idea de quiénes son, pero cuando lo escuchas, la pánfila que canta menciona a Moby Dick. Justo hay un concierto de Moby Dick en el Be Cool. Poco a poco, vas entendiendo las reglas del juego. Vas al concierto, y quizá allí esté la persona que ha planteado el enigma. Es como una *Isla del Tesoro*, o un *thriller*; las piezas tienen que

encajar, no para descubrir al asesino, sino para descubrir quién te ha propuesto que lo busques. Nunca sabes qué te encontrarás ni quién te encontrará. Y bueno, me consta que este bar forma parte de la red de este nuevo sistema.

—Yo no he visto a nadie dejando pistas en ningún sitio —responde el camarero.

La chica de la pareja que se sienta a mi lado pregunta:

—¿Y desde cuándo funciona este sistema? —al contrario que su acompañante, es menuda, y tiene las facciones muy juntas.

—No lo sé. Aquí, desde hace unos meses —contesto—. La idea viene del Japón. Es una especie de *book crossing*, pero para contactos.

—Estos japoneses están tarados —dice el chico más bien gordo que se sienta a mi lado.

—Bueno, pero cuando conoces a alguien en un bar, tampoco hay tanta diferencia, no tienes ni idea de quién te llevas a casa —eso me hace pensar en el mago, que ahora mismo debe de estar ensuciando mi cocina para prepararse una hamburguesa. Añado de pronto: —Imagínate en Japón, con tantísima gente. Además, cuando quedas con alguien que has conocido en un chat, por ejemplo, no sabes muy bien qué puedes encontrarte.

Quizá la pareja se conoció por internet, porque al decirlo los dos se echan a reír.

—Ya, pero en el chat tienes opción de saber más cosas de la otra persona, hablas, pones en común tus gustos… —se justifica la chica al momento.

—Esta técnica también permite que conozcas a tu «seductor», en cierta manera. Según el tipo de pista que te haya dejado, y según los lugares en los que te va citando, ya sabes más o menos si compartís gustos o no. Nuestra comunicación se basa en los referentes, ya no sabríamos entendernos ni explicarnos sin recurrir a una película, un grupo de música o un sitio. No es lo mismo que te convoquen en el Milano a que lo hagan en el AlmodoBar, por ejemplo. Tampoco es lo mismo que te mencionen a Cesc Gay o que te mencionen a Lars Von Trier, te apunten una cita de Sagarra o te transcriban una canción de Manolo García.

—El Milano es la coctelería aquella a la que van todos los postmodernos con pretensiones, ¿no? —pregunta el chico. Y la chica, realmente admirada:

—¿Los hay que citan a Sagarra?

—Después también juega el factor psicológico —continúo—. Si

tu seductor te lo pone muy fácil parecerá un desesperado; en cambio, si es demasiado enrevesado creerás que es un tarado maquiavélico. —Mientras hablo, estoy cada vez más convencida de que efectivamente tendría que inventar este sistema de seducción. Tendría mucho éxito.

—¿Y cómo se llama? —pregunta el chico.

—¿Quién?

—La técnica esa. Debe de tener un nombre. —Mierda, no había pensado en eso.

—*Catch me*. A todo le ponen nombres ingleses, en Japón —lo digo por decir algo. Creo que cuela. El camarero, que ha escuchado toda la bola muy atento, pregunta:

—¿Y dices que hay una red de contactos? ¿Qué significa? ¿Solo se mueven en un área determinada?

—Sí, de momento está más o menos establecido entre algunos bares y cafeterías de la ciudad donde es relativamente fácil esconder pistas. Creía que los trabajadores estabais informados.

El camarero levanta la mirada hacia el ventilador, y clama:

—A mí el patrón no me informa de nada.

—Para hacer el reportaje, estoy siguiendo el rastro de alguien que, me consta, ha dejado alguna pista por aquí. Estoy segura de que tiene que estar en alguno de los barcos. —Soy tan ingeniosa que no me lo creo.

Después de vacilar unos segundos, el camarero se lanza:

—Y cuando escribas el reportaje ese… ¿mencionarás el bar?

No me gusta mostrar el carnet de periodista, pero el mismo diablo me abriría las puertas del infierno si se lo mostrara, con tal de que se le dedicara un artículo.

—Claro, contaré todos y cada uno de los pasos que me han traído hasta mi «seductor». Y estos pasos implican, claro, los bares en los que hay pistas escondidas.

Cinco minutos más tarde, todos los clientes del Almirall buscan detrás de los cuadros en los que aparecen barcos, dentro de las maquetas de los veleros, en las botellas en las que hay introducidas las naves antiguas. Pasados seis minutos, el chico que se sentaba a mi lado ha encontrado un papel doblado en el que hay apuntado un número de teléfono con prefijo 0044. Además del número, hay una letra escrita: la P.

El camarero está tan contento que nos invita a una ronda.

SEGUNDA HISTORIA CON SOPHIE (CAPÍTULO SUPRIMIDO)

El hombre sale de la librería La Central y, al pasar por delante, Sophie lo invita a que nos acompañe. Así no se mojará, le dice, puede compartir con nosotras el paraguas. El hombre es alto, y lleva una chaqueta comunista, un sombrero estilo John Lennon, unas gafas de pasta gruesas y cara de no entendernos. Es inglés, se justifica. «Ven», insiste Sophie, «vamos a tomar unas cervezas». Y el hombre duda, pero después sonríe. Tiene una boca como de viejo.

La calle apesta a cloaca. Giramos por Doctor Dou, me gusta el color amarillo de las farolas en las aceras, y entramos en el bar El Raval. Es pronto y aún no hay nadie, salvo una mujer que nos sirve dos Moritz y una botellita de agua. El agua es para el hombre, que se ha presentado como escritor y asegura que sus libros llenan bibliotecas suizas y alemanas. Vivió allí unos cuantos años, e intenta hacernos creer que su obra es más o menos reconocida. No lo consigue.

El hombre casi no sabe castellano, pese a que hace cinco años que llegó a Barcelona. Lo entiende, como nosotras entendemos el inglés, y charlamos despacio cada uno en su idioma. Comenta que no está acostumbrado a que las mujeres lo inviten a tomar algo; sus únicas amigas son todas prostitutas. «El otro día conocimos a una que leía a Chejov», le contamos, «se llama Inmaculada». Deja caer la comisura de los labios hacia abajo, tuerce la punta de las cejas hacia el cielo, y responde que no le suena de nada.

Mientras miro sus gestos y su posado, la manera de hablar, tengo la sensación de conocerlo de antes. Él dice que Cormac McCarthy es insuperable, y a mí me llaman la atención sus manos de dedos torcidos y largos, de uñas grandes y curvadas. Recuerdo haber observado unas manos iguales que estas mientras cogían un Camel Light del paquete y lo llevaban a una boca que también era como boca de viejo. El hombre asegura que cuando lee a William H. Gass se le quitan las ganas de seguir escribiendo, porque lo que tenía que decir ya está todo dicho; me doy cuenta de que su postura

al sentarse, un poco incómoda, como si le doliera, me resulta lejanamente familiar.

Fue en Sevilla, en un encuentro de escritores latinoamericanos. Había ido para hacer un reportaje. Esperábamos a los taxis que tenían que llevarnos al aeropuerto, de vuelta a casa. Roberto Bolaño moriría quince días más tarde, con el hígado y el páncreas destrozados; el dolor no lo dejaba sentarse bien, solo bebía agua de una botellita de plástico. Fumaba Camel Light. Hablábamos de escritores jóvenes, el tema le interesaba a medias, y nos despedimos con un «nos vemos en Barcelona» que no fue verdad.

Le pregunto al hombre inglés que se quite el sombrero. Se lo quita. Sophie y yo damos un bote. Ella exclama: «Pero ¡si eres Bolaño!». Quizá, si en lugar de esas gafas de pasta llevara unas de yaya, antiguas y caídas, en la punta de la nariz, se parecería aún más. El hombre sonríe con tristeza, y dice que nunca nadie lo había comparado con Bolaño. Ha leído *Los detectives salvajes*; ha leído *2666*. ¿Y cómo es posible, si no domina el español lo suficiente? Vuelve a sonreír, esta vez más misterioso. Todo cuadra, pienso yo: si hablara en castellano, descubriríamos su acento.

Seguramente se refugió en Londres, o en Irlanda, quién sabe dónde, mientras aquí todo el mundo lo daba por muerto. Recuerdo la ceremonia, en el tanatorio de Les Corts, hacía mucho calor y los unos no conocíamos a los otros. Ahora, por nostalgia o por morbo, ha decidido recorrer otra vez las primeras calles en las que vivió, al venir de México, hace ya tantos años. Calles del Raval, en las que había un piso miserable que imagino como una portería con un colchón en el suelo. Después iría a Blanes.

Nosotras lo hemos descubierto en el paseo clandestino por las primeras calles que frecuentaba. O quizá ha decidido quedar para siempre en el anonimato. El escritor extraño, fingiendo que es la ciudad la que le resulta extraña. Hablamos de su insomnio, y del tiempo que pasa sentado al sol en los bancos de la ciudad. Bancos céntricos, en el Paseo de Gracia o en el Paseo Sant Joan. Se sienta porque le duelen las rodillas, y no espera, simplemente observa a la gente que se mueve deprisa. Hablamos de los días enteros, semanas, que es capaz de quedarse encerrado en casa. Y también hablamos de jazz, menciona nombres que no habíamos escuchado nunca. De pronto, ansiedad.

Antes de irse, el hombre le pregunta el nombre a Sophie y lo apunta en una libreta. Juraría que ha anotado el mío incluso antes de decírselo.

UN CUALQUIERA

Con cada nuevo mueble que coloca en el piso, siento que el mago me desplaza fuera de casa. Ayer me pasé el día simulando que no veía lo que veía: una bicicleta estática en el lavabo, estanterías colocadas a un lado y otro del pasillo, un asiento que da masajes delante del televisor, ¿y por qué necesita una impresora? El ordenador y sus complementos han quedado, de momento, amontonados en el recibidor.

Estaba puesto el disco de Mika a toda hostia y, a mi lado, la rata blanca daba vueltas y más vueltas en su rueda, como si así pudiera salir del lugar en el que está encarcelada y fuera del cual sería incapaz de sobrevivir. Pero yo no daba vueltas por la casa. El que las daba era el mago, que cada cinco minutos interrumpía mi lectura y me gritaba cosas por encima de la música como: «En el armario no caben todas mis camisas, tendremos que comprar un colgador», o «tiraremos esta mierda de vídeo que tienes, porque en dos días recuperaré mi DVD». Después daba media vuelta y bailaba, mientras iba colocando un juego de naipes aquí, o una mesita de hacer trucos allá. Yo me derrumbaba aún más en la silla Bonet que me regaló mi hermano por Navidad, e intentaba concentrarme en *Kafka en la playa*.

En doce años en Barcelona, he convivido con nueve personas distintas y nunca ha pasado nada, me repetía. Es cuestión de tener paciencia. Claro que, ¿cómo meter una vida donde no debería de entrar nadie más?

Esta mañana no tenía fuerzas para repetir la escena y me he ido temprano. El mago, aún en la cama, ha oído cómo abría la puerta y ha tenido fuerzas para preguntar: «¿A dónde vas?». He dicho: «A misa». Este fin de semana no puedo refugiarme en casa de Blai, porque está en Vimbodí con su maestra de colegio. «Nada serio», me remarcó el jueves, en la cena de Nil, «mi padre no estará pero quiero que conozca la vida en el campo».

El campo. Si estuviera en Mallorca iría a ver a mis abuelos, a las

afueras de Felanitx. Me dejaría mimar. Al llegar a casa, una masía del 1719, me alcanzaría el olor del frito mallorquín en la cocina, o del *tumbet*[3]. Mi abuelo me habría saludado desde el tractor, bajo un sombrero de paja. Y Bogart, un viejo perro pastor, intentaría saltar a mi alrededor, sin éxito porque le pesa el culo. Mi abuela, advertida por los ladridos, saldría con un gastado delantal de cuadros y un Record en la boca. En su paquete de tabaco negro, olvidado junto al fregadero, pone que «fumar mata», y ella lleva casi cincuenta años fumando uno entero cada día igual que si bebiera agua. Tiene ochenta y seis.

Me diría: «¿Cómo va?», como si nos hubiéramos visto ayer, y nos sentaríamos los tres y el perro en el porche, tomaríamos un aperitivo. Quizá una cerveza, quizá un Xoriguer con limonada y cacahuetes. Mi abuela se levantaría cada dos por tres para controlar que no se le quema la comida. Comeríamos dentro, separados de las moscas por una cortina de cuerdas anudadas que hizo ella, como también hizo casi toda la cerámica, y las baldosas de las escaleras, y todos los jerséis que nos poníamos de pequeños.

De pequeños, mi hermano, mis primos y yo llevábamos aquellos jerséis en invierno, y así lo testifican las fotografías. Rojos, verdes y azules de puntadas perfectas. Las fotografías también testifican que me sentaba en las piernas de mi abuelo, en un balancín, y que, juntos, mirábamos los cuentos de Teo; *Teo en el tren, Teo en el avión, Teo en la escuela, Teo en la granja*. Los veranos que pasábamos en aquella casa, mis primos, mi hermano y yo íbamos a buscar moras, o jugábamos a fútbol en uno de los campos que hay delante, o investigábamos los alrededores en bicicleta con una calcomanía de *Ulises 31* tatuada en el brazo; Bogart era un cachorro y siempre nos acompañaba.

Hace muchos años que las bicicletas están colgadas en el garaje, con las ruedas desinfladas, inútiles, y que he olvidado incluso el sabor de las moras; las calcomanías se borraban si frotabas fuerte con agua y jabón. Mi hermano y yo vamos a casa de mis abuelos una o dos veces al año, pero ellos no se quejan nunca, siempre es como si nos acabáramos de ver. Mi abuela pone la mejilla para que la bese mientras me pide que le acerque el bote de sal, mi abuelo me pregunta sobre el trabajo. Si hace buen tiempo, hacemos una tostada fuera, y comemos morcillas y sobrasada y costillas de cordero. Después dormimos un rato con la boca abierta, y más tarde leemos. A mi abuelo le gustan los ensayos de Historia y que le cuente de qué va el libro que tengo en las manos; a ella le gustan las historias de santos, y también hojea la edición en castellano del

Reader's Digest porque encuentra artículos interesantes que después nos muestra.

También les gustan las películas antiguas. La preferida de mi abuelo es *Sunset Buoulevard* y siempre dice que los jóvenes, en las ciudades, nos convertimos en la vieja protagonista, Norma Desmond. Hay tantas cámaras a nuestro alrededor —las de la estación del metro y las del cajero automático, las de la plaza George Orwell y las de la farmacia—, que acabamos creyéndonos personajes de una película. Nos sabemos observados y, por tanto, tenemos que dar espectáculo, no podemos decepcionar a nuestro público, sumergido en la oscuridad del anonimato. Norma Desmond, en la película de Wilder, es una estrella venida a menos; los jóvenes en las ciudades, dice mi abuelo, son chispas que aspiran a más. Los uno, como la otra, resultamos patéticos, un poco histriónicos, pendientes siempre de la imagen que estamos ofreciendo. Tenemos que llamar la atención. Tenemos que gritar. Gritamos y punto.

Mi abuelo suele contar estas cosas sin demasiada pasión, con una sonrisa burlona nada petulante. Mi abuela hace punto, o pinta una baldosa que después meterá en el horno, o se depila las cejas mirándose en un espejo de mano. Comenta que, de Billy Wilder, la que más le gusta es la de la señorita de las medias de color verde.

Si estuviera en Mallorca, iría a verlos ahora mismo, y me sentaría en el porche, de cara al monte de San Salvador. Allí solo se oyen pájaros, y las ovejas, y las hormigas te suben por las rodillas. Y si atiendes muy, muy atentamente, también oyes cómo se acerca el rumor de la destrucción. Por las noches, cerca de las bombillas, las salamanquesas se comen los mosquitos, y en el cielo es la luna la que no te deja ver las estrellas. Puedo pasarme horas sin hacer nada. Solo mirando cómo cambia la luz sobre las piedras de los márgenes y en las hojas de los acebuches, en las chumberas. Durante mucho tiempo, solía subir a la rama de un algarrobo. Hasta que un otoño, cuando tenía quince años, lo podaron. Entonces, de pronto, me sentí muy mayor.

Ahora soy el doble de mayor que entonces, pero no lo siento. No es nostalgia, exactamente, lo que tengo mientras vuelvo de la playa de la Barceloneta. Tampoco es exactamente el amor lo que se ve desde esta playa. O no lo es para mí. Los mallorquines somos simples. Siempre pensamos en la isla, necesitamos ir a ver el mar. Los otros isleños sostienen que es porque no podemos vivir sin él; que, rodeados de mar como nos criamos, nos angustia la sola idea de estar rodeados de tierra. Yo creo que más bien es porque, cuando

tocamos las olas con la punta de los pies, sabemos que estamos tocando las mismas olas que han tocado o tocarán las costas mallorquinas. El mar sería un contacto poético con nuestra casa; es el mensajero que lleva dentro de una botella imaginaria las nuevas de un lado a otro del barco.

Sentada en la arena, rodeada de algunas familias y de jóvenes franceses que se atrevían con el primer zambullido del año, la imagen cursi de la botella mensajera me ha recordado a Peter y su número de teléfono escondido dentro de la maqueta de un barco en un bar. He repasado mentalmente su carta, que tiene que ser de mentira, porque los ingleses no son así de apasionados y no puede ser que nadie haga algo parecido.

También he recordado a Gemma. Después de decirme que estaba embarazada, me contó que no podía abortar. Antes de cumplir veinticinco años, no lo hubiera dudado ni por un instante: vas a la clínica con una muda de ropa interior limpia, respondes unas cuantas preguntas, eliges qué tipo de anestesia quieres; una hora más tarde ya puedes irte a casa sin problemas, descansas. Pagas y olvidas. Tener un hijo es prolongar la memoria.

Pero las cosas han cambiado, decía Gemma. Cuando tienes veintinueve años, ya no crees que te quedarás embarazada por error. Ya no pasas el miedo que tenías diez años atrás, cuando tomabas todas las precauciones a la vez, anticonceptivos, preservativos y, por si acaso, la marcha atrás. Has acabado haciendo tantas barbaridades sin consecuencias que te parece que ya no puede pasarte nada malo, «sé con quién me acuesto, o más o menos lo sé», me contaba sentada en la tapa de la taza del váter de su piso nuevo, «sé si puedo fiarme». En este aspecto, los gais son mucho más evolucionados que los heterosexuales: se ponen preservativo pese a estar seguros de que no se quedarán preñados. Y quedarte embarazada, de hecho, no es malo: «Siento que debo tenerlo, este es el mejor regalo que puedo hacer a mis padres».

También era consciente de que quizá ya no tendría más oportunidades. O quién sabe si lo que le pasa es que no quiere dejar escapar esta. Le hace ilusión ser madre. De hecho, Gemma ya siente que lo es. No sabe cómo mantendrá al niño, no sabe cómo decírselo a Nil, el poeta maldito que se encerraba en la habitación para conocer el infierno, uno de los pocos hombres que cree saber qué hay al otro lado, el que reivindica que la vida no vale la pena… convertido sin querer en el tutor de un hijo no deseado. «No es que el padre de la criatura pueda ser cualquiera, sino que el padre es un cualquiera», confesaba Gemma en el lavabo. Se había puesto de pie

y se lavaba la cara.

El padre es un cualquiera. La frase resonaba en mi cabeza como cuando un nombre se te queda pegado en la punta de la lengua, como cuando tienes la impresión de que te estás dejando algo importante en tu casa justo en el momento en que pisas la calle, quizá el gas encendido. El padre es un cualquiera.

Yo también me lavé la cara y bebí dos vasos de agua, me disculpé y me fui de la fiesta. Cogí un taxi en la avenida Paral·lel, serían las dos o las tres de la noche. Intentaba que las piezas encajaran. Sabía que se me escapaba un detalle, un detalle nimio, pero que era susceptible de resolver, si no toda la trama de la carta, sí al menos esta inquietud que me había asaltado de pronto. Tenía la impresión de que el gas se escapaba por culpa de un gesto mecánico (te sirves el café y pones el azúcar en la taza y sales de la cocina y te lo tomas, olvidas que está el fuego en marcha). El gas se escapaba y podía asfixiarme. O reventarme en la cara justo cuando encendiera la luz.

En aquel momento, mientras entraba en el taxi de la avenida Paral·lel, el jueves por la noche, Neus aún no me había traducido la carta. Yo aún no sabía que Peter había venido con sus amigos a Barcelona, un grupo de extranjeros que son como palomas dentro de un bar: ruidosos, sucios, sin rostro, y que arrullan. Tampoco sabía que a su lado se había sentado una chica que leía. ¿Qué leía?

En el taxi, después de la fiesta de Nil y Gemma, de camino a mi casa, desconocía aún el contenido de la carta y, por lo tanto, la relación que Peter tuvo con Anna. Solo cuando Neus me pasó la traducción al día siguiente entendí qué era lo que se me escapaba. Un cualquiera. Gemma en su fiesta, y Neus en la traducción de la carta me habían dado las claves necesarias para entender el porqué de aquella historia.

Ahora, en el Paseo de Juan de Borbón, estoy casi segura de que he desentrañado la respuesta. De las cocinas de los restaurantes me llega el olor de las primeras paellas. Aún no es ni la una del mediodía y voy subiendo, en pleno domingo, hacia el barrio del Born.

¿Quién vive en la calle Formatgeria número 3? Si estuviera en Mallorca, correría a casa de mis abuelos, me inventaría la rama del algarrobo podado en la sombra de cualquier árbol, me sentaría con cuidado para que las algarrobas no se me enredaran en el pelo. Si estuviera en Mallorca, imaginaría que mi vida es otra, que nunca salí de la isla, y que en lugar de periodista soy bibliotecaria o profesora de universidad, probablemente vivo mucho más tranquila

y quizá se me ha pasado por la cabeza casarme y tener hijos que se llamarán Pau o Xavier, Mariona, Pepa o Marina. Hacer a mis abuelos y a mis padres el mejor regalo que puedo hacerles: una descendencia, la memoria que extirpa un aborto.

Pero no estoy en Mallorca. Y quiero corroborar que he desvelado el secreto de esta historia.

LA PUERTA NÚMERO 3

La puerta número 3 en la calle Formatgeria está entreabierta. Es una puerta de cristal, y da a una escalera oscura y estrecha. Entro con un nudo en el estómago. No sé qué prefiero, que la pretendida Anna Sentmenat viva aquí o que no lo haga. Si no vive, la teoría de que los amigos me han preparado una broma toma fuerza; en caso contrario, quizá realmente exista un Peter loco o desesperado, o sencillamente imbécil, que hace unos meses se acostó con ella una única vez y se enamoró. En el fondo, sé que esto no es una broma de mis amigos. Y que hay un Peter en el mundo loco, imbécil o desesperado que hace unos meses se enamoró.

La entrada del edificio huele a humedad, como de bodega. Es gris, un poco sucia, y a la derecha están los buzones; una caja de buzones metálicos con los nombres de cada piso escritos a mano en una etiqueta. Efectivamente, en una de ellas pone: «Anna Sentmenat, ático». El bloque es bajo, y el ático equivale a un cuarto piso. Anna solo tiene tres vecinos: una pareja, una tal familia Tasque y un o una F.L.D.

Al bajar de casa esta mañana, después de decirle al mago que iba a misa, he echado un vistazo casual a mi buzón. Bajo mi nombre, aparecía escrito con letras mayúsculas: Mago Armando. He estado tentada de tachar aquellas dos palabras con un bolígrafo, también he estado tentada de añadir: «el petardo». Pero al final he optado por arrancar la etiqueta entera. Aquí ni vivimos ni él ni yo, porque yo no podría vivir con alguien como él.

Cuando el jueves por la noche llegué a casa, después de la fiesta de Gemma y Nil, y antes del apocalipsis, en mi buzón solo había un nombre. Al día siguiente, el mundo rodó bajo mis pies como una pelota fuera de pista. Pero por la tarde, al leer la traducción de la carta en el Almirall, tuve la impresión de que todo a mi alrededor encajaba. Como si mi vida fuera el agujero en medio de un puzle de cinco mil piezas que se han ido colocando en su sitio. Hasta tal punto, que la nota de Peter estuvo en el lugar que se anunciaba: dentro de un barco de cartón. Un número de teléfono que aún no he

marcado, un camarero que jugó a nuestro juego. Y un viaje en metro de vuelta a casa en el que de pronto entendí qué era lo que había estado buscando tan desesperada.

En algún punto entre las paradas de Glòries y el Clot, cuando ya casi me daba por vencida, cuando ya no sabía qué doble o triple lectura podría extraer de todo aquello, cuando ya me estaba preguntando cosas absurdas como si la metáfora de la serpiente hacía referencia a la Biblia y el pecado, cuando el metro aminoraba el paso, y el punto inconcreto en el que estábamos se convertía en una estación con luz y rostros y bancos, caí: lo que estaba buscando no estaba en la carta ni en la traducción. Estaba en el bolso verde de hebilla naranja.

No había vuelto a tocarlo desde el primer día, y cuando llegué a casa, aún estaba en la mesa del recibidor esperando a que me decidiera a adoptarlo o a que me sumergiera otra vez en su vientre. El mago ya se había ido a dormir. Estaba agotado por culpa de la mudanza y, efectivamente, se había preparado una hamburguesa para cenar y había dejado la cocina hecha una mierda. Le dejé una nota amenazadora en la puerta de la nevera.

Me senté en el comedor como la primera vez que abrí el bolso y, como la primera vez que decidí abrirlo, antes me encendí un cigarro, el penúltimo. Dicen que fumar es malo para la piel, pero yo compré una crema facial el día que cumplí treinta años y, las mañanas que me acuerdo, me la pongo antes de ir al trabajo. Saqué los bolígrafos Bic, saqué el bolígrafo de otra marca, tiré el dado rojo, me salió un cinco y, por fin, osé sacar la agenda. La agenda casi vacía de las buenas intenciones.

La repasé otra vez desde el principio: el día 12 de enero tenía hora en el dentista. El 26, 27, 28 y 29 del mismo mes están marcados con una cruz. El 6 de febrero quedó con un tal señor Gispert. El 23 vuelve a poner “dentista”, con un signo de interrogación. Los días 24, 25, 26 y 27 de febrero vuelven a estar marcados con una cruz. Pasé las páginas rápidamente hasta el 22 de marzo. Nada. 23, 24, nada. 25, 26 de marzo, nada, ni una sola cruz. El 6 de abril pone “dentista” en mayúsculas, subrayado, y tres signos de exclamación. Pero ni rastro de las cruces. Tampoco hay el 10 de abril. Ni el 15. Ni el 20. Seguí pasando páginas. Una, dos. Y lo encontré. El día 30 de abril, a las diez de la mañana, pone: «ginecólogo».

Entonces me sentí como cuando, de pequeña, las últimas páginas de una novela de Agatha Christie corroboraban mis sospechas. El padre era un cualquiera.

Ahora, delante del buzón en el que supongo que debía de haber llegado la carta de Peter, me pregunto si tendría que subir y presentarme. Si se conocieron, Anna tiene todo el derecho a saber que Peter quiere casarse con ella. Por otra parte, quizá a quien tendría que advertir es a Peter. Él también tiene todo el derecho a saber que cabe la posibilidad de que la dejara embarazada, durante aquella noche loca. O tal vez ella no está embarazada de él, sino de cualquier otro. Un cualquiera.

—Cualquiera, cualquiera… aquellas cruces sí que pueden significar cualquier cosa —protestará Elba mañana, cuando se lo cuente en el trabajo.

—¿Como por ejemplo?

—Pues los días que ha visto a su querido, por ejemplo —responderá enigmáticamente, porque no es nada romántica. Y después, dándose cuenta: —O los días que tiene sesión de Pilates.

—¿Tú en qué ocasiones apuntas cruces en una agenda? —contraatacaré. —Cuando tienes la regla.

—Sí, pero no todo el mundo es tan metódico como yo. ¿Apuntas tú tus menstruaciones? —intentará. En vano:

—No tengo agenda.

Entonces la jefa de cultura nos interrumpirá para preguntarme si ya sé qué día llega Woody Allen a Barcelona y en qué hotel se aloja, y para recordarme que si algún otro periódico se adelanta con esa información me cortará el cuello con sus propias manos y oiré el creccrec de las vértebras antes de morir igual que si fuera un pollo.

Pero ahora mismo, en el número 3 de la calle Formatgeria, aún no sé todo eso, y pienso que, si Peter quiere casarse con Anna, no le importará haberla dejado embarazada. Es más: seguro que le hará ilusión saber que esperan un hijo juntos. Por otra parte, a Anna le gustará saber que el hombre que la dejó embarazada está dispuesto a hacerse cargo de las consecuencias.

Tomo aire y empiezo a subir las escaleras, con la mano bien sujeta a la baranda. Tengo un pequeño nudo en la boca del estómago, pero la sensación de que estoy cumpliendo con mi deber me alienta. En el primer piso, me detengo. ¿Y si ha abortado? En la agenda ponía que el 30 de abril tenía cita con el ginecólogo. Quizá, en contra de lo que decidió Gemma, Anna Sentmenat optó por interrumpir su embarazo. Estoy a punto de dar media vuelta.

Me lamento por no llevar ni el sobre ni la carta ni el número de teléfono de Peter. Podría haber dejado los dos papeles en el buzón, o pasarlos por debajo de su puerta, y así me desentendería de esta

historia que siempre podré contar como un misterio sin resolver; una de esas anécdotas que despiertan todo tipo de hipótesis, todas igualmente válidas, porque no se sabe qué pasó en realidad. Tener treinta años (y debe de pasar lo mismo con el resto de edades) es un poco como el relato de una de estas anécdotas. Ya has sido, pero aún no eres, aunque te parece que estás a punto de ser. Como yo en esta escalera, la mano fuertemente cogida a la baranda, los escalones torcidos de finca antigua. Y me animo a subir al segundo piso.

Doy un repaso a todo lo que he dado por hecho: he dado por hecho que la carta estaba dentro de un bolso que alguien le robó a una tal Anna. Pero ¿y si no fuera así? ¿Y si aquella chica que nos dejó el bolso en el Sol Soler y después desapareció fuera ella, la misma Anna Sentmenat, y quisiera deshacerse de todo lo que contenía el bolso para olvidar cualquier pequeño detalle que le recordara la noche en la que se quedó embarazada? ¿Qué pensaría de mí, presentándome en su casa tres semanas más tarde, sin el bolso, pero hablándole de una carta que había dentro y que, además, estaba rota y yo he abierto y leído después de que una amiga la tradujera desde Holanda?

O peor: pongamos que aquella chica del bar era efectivamente Anna Sentmenat, y pongamos que desapareció de una forma real, como desaparecen algunas chicas durante unas semanas y después casi siempre son sus novios los que las han asesinado, y un buen día unos niños que jugaban en el bosque encuentran el cadáver entre los matorrales y llaman a la policía, y la noticia sale en los telediarios. Pongamos que Andreu, Blai y yo fuimos las últimas personas que vimos a aquella chica antes de que la tierra se la tragara. Y pongamos que ahora, al subir a su casa, me encuentro a sus padres, destrozados por el dolor de haberla perdido, buscando pistas de su desaparición. ¿Cómo les cuento lo que ha pasado? ¿Y cómo contárselo después a la policía?

Qué estupidez. Si realmente Anna hubiera desaparecido, la noticia habría salido en los periódicos; de hecho, la habría escrito mi compañero de sucesos, y me la habría dado a conocer en la puerta de la redacción, mientras acabamos el penúltimo cigarro y jugamos a seducirnos. Así que, para cuando me doy cuenta, ya estoy en el tercer piso, quizá justo en el rellano donde Anna ya se había quitado toda la ropa, como apuntaba Peter en la carta.

Espera. Un momento. He oído algo. ¿Un crujido? ¿Podría ser la llave en el pomo de la puerta?

Me quedo muy quieta, aguantando la respiración, con la mano

en la baranda y las orejas de punta, como los animales. El nudo en el estómago se ha convertido en una bola que me oprime el pecho; veo una especie de chispas de muchos colores que chisporrotean en el interior de mis ojos al ritmo acelerado de las pulsaciones, amarillas, rojas, azules, verdes y lilas. Pienso en alguna excusa, alguna frase que decir, si sale un vecino. Hola, buenos días, estoy buscando… ¿buscando qué? ¿Qué estás buscando? ¿Qué haces aquí? ¿Dónde vas? Soy la prima de… ¿la prima de quién? ¿Qué puedes estar haciendo?

Mi corazón bota y rebota y corro el peligro de que salga disparado por la boca. Me da miedo tener un infarto ahora mismo, y que el brazo me duela, y pierda el conocimiento y el equilibrio, y que mi cuerpo caiga rodando por las escaleras y que antes de morir pueda notar cada uno de los golpes de mi cabeza contra los escalones, y notaré la sangre que me sale por los agujeros de la nariz, destrozada, y después los vecinos tendrán que recoger mi cadáver sucio, sin embargo, muerto, y será una cerdada y pesaré mucho y qué putada y qué vergüenza, joder.

Expulso el aire suavemente y paso entre dos y cuatro segundos bien quieta y bien atenta. Pero el ruido, si es que ha habido alguno, no se repite.

Soy tímida, miedosa, un poco corta, o no quiero que la realidad acabe con una intriga como esta, me digo cuando por fin llego de puntillas hasta arriba. La puerta del ático es diferente de las demás, está pintada de blanco y las otras eran marrones. El rellano es aún más estrecho que los de los pisos inferiores, y no hay nadie. Estoy segura de que, desde el interior del piso, se oye cualquier cosa que pase en la escalera. Por ejemplo, la respiración de una intrusa, en el caso de que haya una desconocida espiando como la espía que soy yo ahora.

Tendría que irme ahora mismo. Tengo una bola en el estómago que no me deja respirar, y tendría que utilizar el baño urgentemente, y el sudor me hace cosquillas en la nuca. En el techo hay una claraboya que deja pasar la luz del mediodía. Dentro de mi cabeza una voz insiste: tendrías que dar media vuelta; ¿qué quieres hacer, si no? Decirle: «Hola, Anna, perdona que te moleste, pero te acostaste con un chico inglés hace un mes?». O también: «¿Puedo hacerte una pregunta indiscreta? ¿Estás embarazada?». Y por qué no: «Oye, mira, es que tengo que utilizar tu váter ahora mismo porque no puedo aguantar más».

Eso no tiene ningún sentido. Vete, vete, me exhorta la voz que se

ha instalado en mi cabeza igual que el mago se ha instalado en mi casa. Y justo en el preciso momento en que doy media vuelta, cuando aún no he puesto un pie en el primer escalón, y mi cuerpo está en la postura imposible de los gestos a medio hacer; justo en el preciso momento en que la pierna está levantada, y la mano no está cogida de la baranda, y la cabeza está tan preocupada en dar órdenes para abandonar el lugar que se olvida del miedo; justo entonces, un grito aterrador resuena por toda la escalera.

El grito es corto, estúpido y, además, es mío. Los ojos me revientan en chispas, los pelos se me ponen de punta, mi corazón ha tocado mi lengua y noto su tomtomtoromtomtom desbocado cuando me doy cuenta de que lo que me ha hecho gritar ha sido el móvil, que ha sonado con la típica melodía de Nokia a toda hostia. Descuelgo para silenciarlo, me tiemblan las manos, y respondo ahogada en un murmullo:

—¿Sí? —Es Andreu.

—¿Ya no te acuerdas de mí?

Tengo que recuperar la calma. Aún taquicárdica, empiezo a bajar las escaleras de dos en dos, con la mano bien cogida a la baranda, con cuidado para no tropezar; mi corazón se ha fundido de la impresión, y se esparce eléctrico por las venas de mi cuerpo. Andreu sigue hablando, inconsciente:

—No sé qué me sorprende más, si ser tan bueno en mi trabajo, o ganar tan poco. —Creo que con el otro oído estoy oyendo cómo todas las llaves de la finca ruedan dentro de los pomos, y el ruido va seguido del chirrido que hacen las puertas cuando se abren.

—Estoy harto de campesinos mallorquines incultos y cobardes que no quieren evolucionar y que se toman la terapia estratégica breve como si fuera charlatanería. El otro día, por ejemplo, me entrevisto con el presidente del Colegio de Psicólogos, y me dice: «Piense que la onicofagia en un psicólogo da mala imagen», utilizando el término técnico y pedantísimo onicofagia para ponerme a prueba. Ya te demuestra cómo son. Creía que no lo entendería, creía que podría ridiculizarme. Le contesté: «Sí, ya sé que tendría que dejar de morderme las uñas». Onicofagia… ¡Hay que ser estúpido! Después, cuando le conté lo que quiero hacer, qué tipo de terapia quiero hacer, me recomendó que me dedique a la psicología clásica. Que no debemos perder nuestro nombre. Que nos ha costado muchos años ser reconocidos como psicólogos.

Estoy segura de que, detrás de cada puerta, hay alguien que me controla. Aquí la familia Tasque, aquí, la pareja. Un piso más, solo uno, y ya habré llegado a la calle.

—Putos argentinos y puto psicoanálisis. ¡Supongo que el puto presidente del Colegio de Psicólogos se refería a eso con la psicología clásica! Pero si no sirve para nada. No sabes la cantidad de pacientes que vienen y me dicen que han perdido medio sueldo yendo al psicoanalista a contarles tonterías como que de pequeños se les murió una tortuga y quizá eso los ha traumatizado. Y los hijosdeputa de los psicoanalistas responden que es un buen principio, que irán desarrollando esta historia en las siguientes sesiones; ¡tres o cuatro sesiones para explicar que una puta tortuga de oreja roja saltó del acuario y se suicidó detrás del horno! ¿Y para qué? ¿Para deducir que eso ha comportado que el paciente sea incapaz de enamorarse? Claro que los psiquiatras son cien mil veces peores. Te viene el paciente y te dice que se ha pasado dos años en un psiquiatra que se ha limitado a recetarle pastillas y más pastillas. Y en una sola sesión conmigo, una sola, consigue lo que no han conseguido las pastillas.

Ya estoy en el primer piso.

—Pero claro, como se van tan contentos porque los he curado, creen que ya están bien del todo, y no vuelven. ¡Aaaaaahhh, soy un desgraciado! Y es importante explicarles a qué se debe su cambio de conducta, y decirles por qué ha pasado todo lo que les ha pasado, porque si no creen que ha sido cosa de brujería. ¿Sabes qué? Tengo ganas de hacer una campaña de publicidad agresiva: «¿Estás harto de tener que contar tu vida y que intenten resolver tus problemas a golpe de receta y talonario? ¿No preferirías terapia breve y eficaz? Ven, y si en la tercera sesión no obtienes resultados, te devolveré el dinero».

Salvada. He llegado a la calle. Dejo la puerta número tres como la he encontrado, entreabierta, y voy hacia la iglesia de Santa María del Mar.

—El último caso flipaba: ¡le quité los tics! No se lo podía creer. Antes de venir a verme, el hombre cerraba los ojos siempre seguido, y hacía como una especie de escupida dos veces por minuto. Su chica estaba harta, es exasperante, el hombre hablaba y hacía «tst», y al cabo de treinta segundos, «tst». Me vino a ver, le di una serie de ejercicios que no están pensados para los tics. La terapia estratégica breve no está pensada para resolver tics. Pero tres días más tarde, cuando antes de ir a dormir hace el repaso habitual sobre todo lo que ha hecho durante el día, se da cuenta de que no ha hecho «tst» ni una sola vez. ¡También ha dejado de cerrar los ojos siempre seguido! Bueno, lo hace cuando parpadea, como todo el mundo, ya me entiendes. Quizá la terapia sistémica sirve para combatir tics, y

Jay Haley murió en febrero, nunca lo sabrá, nunca se lo comunicaron. Mi paciente me dijo que me recomendaría a todos sus contactos. Pero claro, no puedo fiarme solo del boca-oreja, porque habrá meses que irá bien, y otros que no. Además, he descubierto que hay mucha que gente que lo que quiere, en realidad, es contar su vida. ¡Maldito Freud! Y claro, cuando vas tú y no les preguntas si su padre los violaba de pequeños, ni si en realidad siempre han estado enamorados de sus madres, se mosquean. Creen que no eres serio. Y si además les pones deberes para que hagan en casa, y además son deberes que ellos consideran estúpidos y que creen que no valdrán para nada… En Barcelona hay más cultura psicológica. Te viene un paciente, le dices que haga eso, o lo otro, y lo hace. Espera resultados. Está acostumbrado a la relación con el terapeuta y obedece. Que no se trata de obedecer, sino de aplicar un método. En cambio, te llega uno de Manacor y cree que le estás tomando el pelo. Le dices: cuando te pase eso, tienes que hacer lo otro, y te mira como si fueras imbécil. Encima, se considera más inteligente si después no sigue tus instrucciones.

Me siento en las escaleras de la puerta de la catedral, de cara al Paseo del Born, con el móvil cogido en la oreja.

—También lo entiendo. No creas que no lo entiendo —sigue Andreu—. Es normal que no se fíe. Solo hay tres especialistas de la salud mental que hayan ganado el Premio Nobel: uno es el inventor del *electroshock*, y el otro inventó la lobotomía.

—¿Y el tercero? —pregunto.

—No lo sé. Lo que sé es que no puedo soportar Palma por más tiempo. Estoy pelado. Antes podía tirar: o pasar vergüenza y dejar que mis amigos me invitaran de vez en cuando a tomar copas, o hacerme ermitaño. Ahora tengo que ser ermitaño a la fuerza, ya no puedo gorronear por más tiempo. ¿Sabes desde dónde te estoy llamando? Desde el móvil de La Bruja —evidentemente, él no la llama La Bruja, sino por su nombre, pero siempre que dice su nombre, yo hago la traducción simultánea—. Yo no tengo saldo. ¿Te imaginas, tener que llamarte desde el móvil de una de veinte años? Gana más dinero que yo. Estoy avergonzado, no puedo ni sacarla a cenar ni nada. No sé cómo me aguanta. En Barcelona me iría de otra manera, allí hay más gente que hace como yo.

—¿Quieres decir gente que malvive prolongando la vida de estudiante en lugar de tener una vida más o menos seria?

—Quiero decir que en Barcelona hay más gente que lucharía por defender la sistémica. En Mallorca todo son puertas que se cierran. Dices que haces lo que haces y… ¿por qué tendría que irme? Aaaah,

soy un desgraciado.

—Pero… ¿no te parece que lo que haces vale la pena? Si dices que funciona tan bien.

—Tengo treinta años, ya soy mayor, la gente a mi alrededor hace vida de persona mayor. Hace vida «más o menos seria», en tus palabras. Aquí están todos casados, tienen hijos y un trabajo fijo, y un sueldo que les permite algunos momentos de ocio, cada vez menos, pero es su problema. En Mallorca no me quedan amigos. O sí, pero su máxima diversión es ir al bingo. Vamos al bingo y algunos fines de semana me llevan a comer, pero cuando acaban de comer se van corriendo para poder hacer la siesta. Tengo que volver a Barcelona, allí hay más gente en mi situación, estoy seguro. Al menos me sentiré más independiente de lo que me siento aquí.

Un chico con rastas se ha sentado en un banco del paseo y toca la guitarra que le regaló un tío suyo. Una niña corre con un triciclo, su padre va detrás como un perro. Tres sudaneses que llegan en una patera en la que murieron cinco compañeros, y que han estado tres meses huyendo desde Tarifa hacia cualquier sitio, siempre al norte, pasan cargados con sábanas llenas de bolsas y fulares, desparecen por la calle Montcada.

—Por cierto, ¿y qué pasa con tu amigo? —pregunta Andreu.

—¿Qué amigo? —pregunto yo también.

—El pintor aquel que conocí el día de tu cumpleaños. ¿No me iba a llamar? ¿No habíamos quedado en que yo lo trataría? ¿Tan bien está que no necesita un psicólogo?

Después de darle vueltas un poco, respondo que ahora mismo está emocionalmente sano. «Arrogante», suspira Andreu. Y después comenta que tiene que colgar porque tampoco es cuestión de dejar a su novia sin saldo.

EXPULSIÓN

Notas que tu vida ha cambiado cuando, después de pasarte el día atrasando el momento de volver a casa, al llegar a tu calle después de las diez de la noche, miras tu ventana desde abajo para ver si hay luz en el interior. Hay luz. Te dices: mierda. Y subes pesadamente las escaleras, aún con la esperanza de que el mago se la haya dejado encendida sin querer antes de salir. Habría dado cualquier cosa para que el mago no estuviera. Pero al entrar a casa, la primera cosa que me dice desde la sala es:

—¿Dónde has estado todo el día? ¡Tu madre estaba preocupada!

¿Mi madre? Dejo las llaves en la mesa del recibidor, y pongo a cargar el móvil porque la conversación con Andreu al mediodía lo ha dejado seco.

—¿Mi madre? —pregunto en voz alta sin demasiado interés.

—Sí, te ha llamado dos veces.

No puede ser. No puede ser que el mago haya contestado al fijo. Mis padres me llaman religiosamente todos los domingos por la noche; uno de ellos se pone en el teléfono de la sala, el otro en el del pasillo y hablamos los tres a la vez. Suelen llamar sobre las nueve, o las nueve y media. Son las diez y veinte. Cojo el inalámbrico del comedor y marco el número de mis padres sin decirle nada al mago, ni siquiera mirarlo. Lleva tres días aquí, y ya tiene la cara dura de contestar a *mi* teléfono y de hablar con *mi* familia. Como si me leyera el pensamiento, antes de que mi madre conteste, tiene tiempo de justificarse:

—La segunda vez me he puesto porque parecía que había pasado algo importante, parecía que sonaba insistente.

—Sonaba así de insistente porque es el timbre que tiene —digo. Y mi madre ya está al otro lado del auricular.

—¿Qué dices?

—No, no iba para ti. ¿Qué tal? —digo mientras me llevo el teléfono hacia la habitación.

—¿Se lo decías al chico que me ha contestado antes?

—Sí. —Fantástico. El mago se pasa todo el día encerrado en el

piso y no tiene tiempo ni para hacer la cama.

—¿Quién es?

—Uno —respondo mientras cierro la puerta de la habitación.

—¿*Uno* que vive contigo? —ya veo que no me saldré con la mía fácilmente.

—Más o menos.

—¿Lo conocemos?

—No, mamá, no lo conocéis. Pero da igual. ¿Cómo va todo?

—¿Qué nombre? —insiste ella.

—No es importante.

Mi padre, ya debe de hacer un rato que escucha desde el supletorio sin decir nada, interviene:

—Claro que es importante. Si vive contigo y de vez en cuando contesta al teléfono, tenemos que saber cómo dirigirnos a él.

—Hola, papá.

—Hola, hija, ¿cómo va todo?

—Bien, muy cansada del trabajo, pero bien. ¿Y vosotros?

—¿Y qué hace? ¿También es periodista? —pregunta mi madre. Me dejo caer en la cama deshecha con el brazo delante de la cara.

—No, no es periodista.

—Efectivamente, tienes voz de cansada —dice mi padre—. ¿Quieres que te llamemos otro día que te haga más ilusión hablar con nosotros? —Ya empezamos.

—¡Si me hace ilusión! —protesto.

—Como no quieres contarnos nada… —Insiste él mientras mi madre pregunta:

—¿Tomas vitaminas?

—No, no tomo vitaminas, y no es que no quiera contaros nada; es que no hay nada que contar.

—Por eso, te llamaremos otro día que tengas cosas que contar —resuelve mi padre.

—Tienes que tomar vitaminas, e intentar descansar, que hasta agosto viene la temporada más dura de trabajo —advierte mi madre. Y se pone a hablar de unas hierbas que se toma y que le van muy bien, ella que no es de hierbas, pero mira.

—Ya he votado. Por correo —digo para cambiar de tema. El 27 de mayo hay elecciones autonómicas en Baleares, y municipales en Cataluña. La indecisión de nuestra época se ve reflejada en una ciudad, Barcelona, que ha tenido que votar (que no elegir) siete veces en un año y medio. —Fui el jueves, o el miércoles. ¿Cómo están los ánimos por allí? ¿Ganarán los de siempre?

Hablamos de política durante diez minutos; mi madre es optimista, mi padre no. Es la estrategia que compartimos él y yo para no decepcionarnos: creer que todo saldrá mal, y así, si al final la cosa va bien, tenemos doble dosis de ilusión. Mi padre pregunta:

—Y ese con el que vives, ¿qué vota?

Suspiro sonoramente.

—No lo sé.

—¿Qué quiere decir que no lo sabes? ¿Le abres la puerta a un tío que no sabemos ni de qué pie calza? ¿Y si fuera un sobrino de Acebes?

—Papá, no es un sobrino de Acebes.

—No, a lo mejor es aún peor. ¡A lo mejor es un hermano de Zaplana!

Mi madre se ríe y le dice a través del auricular:

—Déjalo, ya ha quedado claro que no quiere hablar del tema. Es un misterio.

—No es ningún misterio —protesto yo—. Se ha instalado en casa, estará poco tiempo y se irá un día de estos. No vale la pena entrar en detalles, porque no me casaré con él, ni tendremos hijos, ni lo llevaré de vacaciones a Mallorca.

—Bueno, tú ya sabes —dice mi padre— que si no tienes hijos te desheredaré. Y ya empiezas a tener una edad para espabilar, porque después serás demasiado mayor y no podrás tenerlos. Me da igual si los tienes con un *pepero* porque te quiero mucho y respetaré tu decisión y además los que votan al PP suelen tener mucho dinero y no hace falta que te cases con él. Pero lo que es importante es que mis genes perduren para el resto de la humanidad porque así sentiré que, cuando me muera, no me moriré del todo.

—Papaíto —respondo yo—, no sé si te haría ilusión que tus genes se mezclaran con los de Acebes y sus sobrinos para el resto de la humanidad.

Después de dos segundos de reflexión, mi padre concede:

—No, tienes razón, visto así, podemos esperar a que encuentres otro. De todas formas, no te encantes porque ya tienes más de treinta años y a partir de ahora se hace tarde demasiado pronto.

—Oye, tú no debes de ser sobrino de Acebes —le pregunto al mago mientras dejo el teléfono en su sitio.

—¿Cómo? —me mira desde el fondo del sofá, delante del televisor. En la pantalla, Íker Jiménez habla de personas que entran en combustión misteriosamente y mueren calcinadas sin haber estado cerca del fuego. Tengo la impresión de que en cualquier momento puedo convertirme en una de esas personas. Mientras voy

a la cocina, el mago dice a mi espalda: —Te he preparado la cena.

Cocina bien, pero no hay manera de que después ordene la cocina. Ha hecho una quiche Lorraine que me como a su lado. En *Cuarto Milenio* han pasado de hablar de incendios misteriosos a casas encantadas, y me digo que, si alguien tiene un fantasma en casa, esa soy yo: uno presente e incómodo que, de vez en cuando, te asusta. Como ahora, cuando dice:

—Cierra los ojos, que quiero hacerte un juego de manos.

—No quiero cerrar los ojos. Estoy mirando la tele —respondo con un trozo de quiche en la boca.

—Venga, que te gustará —insiste. Finalmente, por la misma causa extraña por la que siempre acabo cediendo ante este hombre, cierro los ojos. Entonces noto su «juego de manos» bajo la falda.

—¡¿Qué haces?! —grito, mientras lo aparto de un manotazo. El mago enarca las cejas y me mira como si no me conociera o como si estuviera completamente loca, muy sorprendido. Vuelve a hundirse en el sofá, lejos de mí, con los ojos clavados en una masía en la que han aparecido rostros grabados en las paredes, y refunfuña:

—Estoy preocupado: desde que convivimos, hemos dejado de tener sexo.

—Es lo que pasa —tanteo yo, con la esperanza puesta en la siguiente frase que estoy a punto de articular: —Quizá, para recuperarlo, tendríamos que separarnos.

Mientras, en un piso del barrio del Poble Sec, Gemma le ha pedido a su hermano que se sienten un momento en la cocina. Las conversaciones importantes siempre empiezan en una cocina y siempre empiezan de la misma manera, con la frase «tenemos que hablar».

Nil se ha sentado con una sonrisa inquieta, una sonrisa un poco idiota, la sonrisa que se pone cuando uno se pregunta qué está pasando. Gemma no se ha sentado. Gemma se ha mordido el labio superior, después ha cruzado los brazos, después se ha llevado una mano a la boca y se ha mordido una uña. Ha dicho: «¿Qué te parecería si en vez de dos fuéramos tres?». Lo ha dicho muy rápido, quizá buscando que Nil no lo entendiera. Quizá, si Nil no lo acaba de entender, aceptará, quería pensar Gemma, consciente de que la que se engañaba así era ella misma.

¿Qué te parecería si en vez de dos fuéramos tres? Nil lo ha entendido a la primera. O mejor dicho, cree que lo ha entendido. De hecho, él ha creído que su hermana se refería a otro hombre.

Contesta que, si un amigo de Gemma tiene que quedarse en la casa de forma provisional, le va bien, siempre y cuando pague una parte del alquiler, que los ayudará a cubrir la hipoteca e, insiste, siempre y cuando se quede de forma provisional. Gemma, al ver que la conversación se está complicando, se ha dejado caer en otra silla de la cocina, gesto que Nil ha interpretado como de derrota, acertando de lleno. Nil cree que quizá ha sido demasiado duro, e intenta arreglarlo añadiendo que el precio del alquiler puede ser simbólico, que no hace falta que sea demasiado alto. Nil cree que Gemma quiere convivir unos meses con un supuesto novio antes de aventurarse a compartir piso con él. Nil le dice: «No le cobraremos tanto como para que no podáis ahorrar, solo lo justo para pagar las facturas, ¿qué te parece?». Gemma, que ahora se muerde las uñas de las dos manos, nota que se ahoga, y recuerda todas las veces que Nil le ha dicho que los hijos son la representación supina del egoísmo y la arrogancia, el sentimiento de propiedad elevado al máximo exponente: este ser es mío, esta persona me pertenece, es mía. Pero eran otros tiempos, intenta tranquilizarse Gemma. En aquella época Nil tampoco se habría comprado un piso, y ya ha empezado a pagarlo.

Gemma tose brevemente. Dice: «Creo que no me estás entendiendo; no podrá pagar las facturas, al contrario», y se lleva las manos al vientre.

De vez en cuando, miro la nota en la que presuntamente está apuntado el número de Peter, y me pregunto si tendría que llamarlo. Quizá solo para oír su voz, con la que podría inventarme el resto de su cuerpo o, si no eso, su manera de ser: amable, educado, insípido, arisco. Tendría que marcar su número para contarle cómo he llegado hasta aquí, que el rastro que él ha ido dejando para otra persona ha sido interferido por mí, tendría que llamarlo para contarle todo lo que he descubierto.

Miro la nota y me pregunto si sería capaz de articular palabra, de hacerme entender de alguna manera, yo que tengo escasas nociones de inglés. Miro el papel y me pregunto si me haría pasar por Anna, «*hello, it's me, how are you*?». No nos parecemos en nada, pero me da igual. Él no ha llegado a conocerla nunca de una forma real, y si se enamoró de su culo gordo, también podrá enamorarse de mis pechos pequeños. Podría llamarlo y decirle: «Sí, ¿sabes qué? Casémonos, que tampoco vamos a perder nada». Y hacer que mi nombre encabece sus cartas.

La cuestión es: ¿podría casarme con un completo desconocido y

levantarme cada día a su lado, y decirle que baje la tapa del váter cuando acabe de mear, y dejarlo en casa por las mañanas cuando me voy a trabajar, y encontrarlo delante de la tele cada noche?

Ya lo hago.

BARCELONA NO ES MANHATTAN

Los días pasan como pasan las puntadas hechas en una lona gruesa con una aguja demasiado fina. Alguna vez, durante la época de estudiante, intenté coser los bajos de unos vaqueros. Cada puntada me costaba horas, esfuerzos, heridas en los dedos, agujas rotas. Vistas en conjunto, desde fuera, todas las puntadas parecían iguales. Vistas desde cerca, eran puntadas de aficionada, un trabajo mal hecho que serviría de poco; los bajos de los vaqueros volvían a arrastrarse pronto por el suelo.

Los días pasan igual que las puntadas en la lona, y cuestan, y duelen, y después no sabría diferenciar unos de otros. Me levanto sobre las ocho, cuando me despiertan las perforadoras, desayuno sola porque el mago duerme, voy a una rueda de prensa o entrevisto a alguien, normalmente un escritor que me habla de su libro. Paso por el periódico, leo la prensa, bajo a comer a los restaurantes de siempre porque en el trabajo me dan *tickets* restaurante. Veo a los camareros de siempre, la gente de siempre que también tiene *tickets* restaurante. Vuelvo a la redacción después del café, son las cuatro, escribo. Escribo, escribo, hablo un rato con Elba, escribo, quizá bajo a fumar el último cigarro con el redactor de sucesos, también hablo un rato con él. Avanzo trabajo para otros días, llamo a gente, respondo llamadas, respondo e-mails.

Cuando me doy cuenta, son las diez de la noche. Cojo el bolso, cojo algunos libros que tengo que leer para entrevistarme con sus autores, cojo el metro. Llego a casa y, antes de subir, miro si hay luz en la ventana. Casi siempre hay. Subo despacio, el mago ha preparado algo para cenar; ha dejado la cocina hecha una mierda. Ceno. Miramos la televisión sin decirnos nada, de vez en cuando pregunta qué he hecho hoy. «¿Y hoy qué has hecho?». Pero en realidad no le interesa. Si estoy animada, le cuento alguna anécdota que él no escucha. La mayoría de las veces estoy tan reventada que prefiero no hablar. Tomo una cerveza o dos y me quedo dormida en el sofá. Al día siguiente recuerdo vagamente haberme lavado los dientes y haberme metido en la cama. Vuelvo a empezar.

La enfermedad de nuestros tiempos no es el miedo, como dice Andreu. El gran mal es el cansancio. Y ya hace demasiados días que creo haber cruzado el límite. He empezado a tomar las hierbas que me recomendó mi madre.

Una noche, cuando llegué a casa, la luz de la ventana estaba apagada. El mago no estaba. Al llegar arriba recorrí el piso una, dos, tres veces, habitación por habitación, sin acabar de creérmelo. Me senté un rato en el despacho. Me senté un rato en la cama. Me senté otro rato a la mesa de la cocina. Me sentaba y no hacía nada. Solo perdía la mirada en la pared que tenía delante, y sentía que estaba sola. Sentía la inmensidad de la soledad, que a otros les da vértigo y que a mí me atrae tanto.

Después abrí la jaula de la rata blanca, y dejé que se escapara.

Al día siguiente, al despertarme, mientras recordaba vagamente haberme lavado los dientes y haber apagado el televisor justo antes de irme a dormir sola, al día siguiente por la mañana, digo, de camino a la cocina, vi la rata blanca otra vez dentro de su jaula. Entonces y solo entonces fui consciente de que, aquella mañana también, me había despertado en la misma cama que el mago.

También tuve la necesidad de regalarle mi limonero a la señora Montserrat. Mi limonero no cabía ya en la terraza, y pensé que quizá a ella le haría compañía. Algunas noches miro por el balcón del patio de la señora Montserrat y veo el limonero desde arriba. Ha empezado a dar limones.

La nota con el teléfono de Peter reapareció por casualidad. Estaba poniendo orden en los papeles de mi escritorio, y la encontré en el fondo de una libreta en la que apunto las declaraciones de las ruedas de prensa. Un número que empieza por 0044. Una letra, la P. Me asaltó una idea. Una idea remota, una tontería. Encendí el ordenador, y escribí aquel número en Google, seguido de la palabra «Peter». Bingo. Una entrada. El usuario Peter regala gatos en un anuncio de Internet. Los gatos son grises, cuando se colgó el anuncio tenían un mes. El anuncio se colgó en octubre de 2006. «Si quieres contactar con el propietario, puedes hacerlo mediante un número de teléfono y un e-mail», dice el texto en inglés.

El teléfono del anuncio era el mismo que está escrito en la nota de Peter. Anoté el e-mail en el dorso de la nota. Después tuve la impresión de que vivimos muy cerca los unos de los otros. Que estamos todos conectados. Que todo es muy pequeño.

Cualquier pequeño detalle es susceptible de cambiar la rutina. Por eso, si tuviera tiempo, me fijaría en todos los detalles que me rodean. Pero no es el caso. Que en mi mesa de la redacción haya un periódico encima no es un pequeño detalle; es una señal de alarma.

Es un periódico de la competencia. En cuanto me acerco, veo que la portada lleva estampada una foto de Woody Allen, su mujer y sus hijas en la salida del aeropuerto del Prat. También lleva una foto de Woody Allen, su mujer y sus hijas entrando al hotel Ars, y una foto de Woody Allen (aquí su mujer y sus hijas no aparecen) posando delante de la torre Agbar. Cada vez que veo la torre Agbar, sobre todo si la veo desde cerca y desde abajo, imagino que, cuando la diseñó, Jean Nouvel quería representar la prepotencia. Una prepotencia que Jean Nouvel ha ido esparciendo por diversas ciudades del mundo, como Londres, Vigo, Qatar, pero que solo ha reivindicado el *skyline* de Barcelona. Ahora quien ostenta la prepotencia es el periódico de la competencia, el único que ha capturado imágenes de Woody Allen en su llegada a la ciudad.

Al otro lado de mi mesa, la jefa de cultura se sienta con la mirada clavada en su pantalla de ordenador y no dice nada. Creo que también observa la inmensidad de la soledad. Ella es quien ha dejado el periódico con las fotos de Woody Allen sobre mi teclado, y su amonestación será, durante unos minutos, tan muda como elocuente ha sido la portada del periódico bien visible, exhibida en mi sitio. Después, si yo tampoco digo nada, si no me doy por aludida, la jefa de cultura soltará alguna ironía fría; creo que una ironía fría recibe el nombre de sarcasmo. Soltará algún comentario sarcástico. Pero durante todo el rato de silencio, hasta que diga alguna insolencia, la tensión podrá cortarse con unas tijeras de cortar papel. Y la tensión se corta muy mal con unas tijeras de papel. De modo que prefiero precipitar los acontecimientos, y decir alguna tontería:

—Estos siempre tienen confidentes, tienen ventaja. He llamado a la productora cada día, y cada día me han dicho que no sabían nada. En cambio, van ellos y reciben la información justo cuando toca. Putos favoritismos.

La jefa de cultura sigue con la mirada clavada en su pantalla, como si no me hubiera oído. Como si, al llegar una noche a su casa, también hubiera recorrido todas las habitaciones sin hacer nada. Y solo cuando han pasado veinte minutos que han condensado la angustia de todas las preguerras, la agonía de todas la guerras, y la desolación de las posguerras, contesta:

—Tendrías que haber hecho guardia en el aeropuerto.

Recuerdos mis veranos en prácticas en un periódico de Mallorca. Me pasaba desde las diez de la mañana a las siete de la tarde esperanto a famosos en la terminal B de llegadas mientras hablaba con los *paparazzi* de agencias que, a veces, desaparecían misteriosamente. Si uno de los *paparazzi* desaparecía, siempre había otro que se ponía nervioso, porque aquello significaba que había llegado alguien importante y se le había pasado por alto. Cuando llegaba alguien importante, los *paparazzi* iban discretamente hasta sus coches y sus motos, y perseguían a aquella persona importante con la idea de saber dónde se alojaba, qué hacía, qué playas frecuentaba, y con el deseo también de encontrar aquella persona importante haciendo *topless* o, aún mejor, acompañada de otra persona importante e insospechada en una situación impúdica que ahorraría al fotógrafo trabajar el resto del año.

Durante aquellos veranos en prácticas solo vi y entrevisté brevemente a Ana García Obregón, Camilo Sesto, Eugenio el de los chistes, Montserrat Caballé y unos cuantos toreros. Tú ibas con una minicámara, les pedías permiso para fotografiarlos al lado de la cinta transportadora de maletas mientras ellos esperaban el equipaje, y les hacías algunas preguntas sobre lo que pensaban hacer durante las vacaciones y sobre su vida sentimental. Entonces solían sonreír, muy amables, decían que Mallorca les gustaba mucho y que qué suerte tienen los mallorquines, y no respondían nada más.

Una vez vinieron los concursantes de la primera edición de *Gran Hermano*. Justo cuando llegaban, los *paparazzi* desaparecieron todos de golpe, corriendo hacia sus respectivos coches y motos. Me dejaron sola al lado de la cinta transportadora de maletas con un montón de concursantes de un programa que no había visto nunca. Y como no había visto el programa, tampoco sabía quiénes eran los concursantes. Los *paparazzi* habrían podido asesorarme, pero se habían escondido en sus vehículos para esperar a que salieran y seguirlos después. De modo que empecé a fotografiar a todos los jóvenes que veía con pintas excéntricas, histriónicas o exageradamente extravertidas. Un chico y una chica se abrazaban, y yo los fotografiaba, por si acaso. Si el chico llevaba el pelo decolorado, también le sacaba una foto. Cuando llegué a la redacción y revelamos las fotos, la jefa de sociedad las miró tres o cuatro y cinco veces, y seis, antes de preguntarme: «Y todos estos… ¿quiénes se supone que son?».

Tendrías que haber hecho guardia en el aeropuerto.

Yo creía que lo de hacer guardia era cosa de fotógrafos de la prensa rosa, de cámaras de agencia, y de becarios de periódicos de provincias. Pero no tengo nada que decir, no puedo responderle nada a mi jefa. Hace semanas que me advirtió en qué consistía mi labor: averiguar qué día llegaba Woody Allen a Barcelona. Woody Allen está en Barcelona y el periódico en el que trabajamos no ha sido el primero en publicarlo. He fallado. No he hecho el trabajo que me correspondía. Podría intentar un «es que últimamente estoy muy cansada», o «voy muy de culo», un simple «no puedo más». Pero ella contestaría que ese es mi problema, con toda la razón. Su problema es que su sección ha cojeado por mi culpa. Por lo tanto, es mejor fingir que nada de lo que ha pasado me afecta y, como eso no tiene solución, consultar mi correo electrónico para fingir que estoy buscando una alternativa.

Hay una carta de Neus. Asunto: «Libby es una mala puta».

Texto: «La mala puta de Libby no quiere concederme el divorcio, dice que tenemos que vender el piso y repartirnos las ganancias. Ahora entiendo por qué los homosexuales querían casarse: nadie disfruta tanto como ellos del drama de las separaciones. No tengo ganas de hablarlo. Espero que estés bien, Neus. Postdata: La próxima vez que quieras una buena traducción, *Chinese Translation*, de M. Ward».

Una carta concisa. Pese a todo, no tengo tiempo para leerla del todo, porque veo cómo Elba sale del despacho del director enfurecida, coge el paquete de tabaco de su mesa y desaparece. La jefa de cultura, que es tan exigente como atenta a las preocupaciones de los que trabajamos con ella, me mira con cejas circunflejas, y resuelve ir hacia el despacho del director. Yo resuelvo seguir a Elba, que se ha encerrado en el lavabo de la redacción.

—¿Estás bien? —pregunto desde la puerta, y la sensación me resulta poderosamente familiar.

Elba abre la puerta del baño de una patada. Está sentada en la taza del váter metiéndose hasta el fondo de los pulmones todas las caladas que el paquete de tabaco dice que pueden matar. He aprendido qué debe hacerse en estos casos, así que me apoyo en el lavabo y me callo.

—Me voy a la mierda. Qué digo. Nos vamos a la mierda. Tú también —escupe ella.

Sé a qué se refiere. Las dos tenemos un contrato por obra y servicio. Hasta ahora era un contrato mínimo, pero nos iba bien.

Nos lo renovaban cada año, porque el proyecto por el que estábamos contratadas también se renovaba cada año. Este año la nueva ley laboral nos ha puteado. En principio, la nueva ley laboral está hecha para favorecer al trabajador. La nueva ley laboral dice que, después de enlazar dos contratos anuales por obra y servicio, el trabajador pasa a tener un contrato fijo inmediatamente. Un contrato fijo tiene mejores condiciones que un contrato por obra y servicio. Pero, como siempre, hecha la ley, hecha la trampa. Y la empresa que nos contrata controla cuándo se cumplen los dos años. Así, cuando se cumpla el plazo, simplemente no te renuevan el contrato. Te avisan con tiempo, y te vas a la calle sin que te echen. Elba lleva siete años trabajando en este periódico empalmando contratos de toda clase. Incluso ha trabajado sin contrato, pagándose ella misma los autónomos, cobrando por pieza. Y ahora a los gestores no se les ocurre la manera de seguir contando con ella de una manera *legal*. Solución: no contar con ella.

—Así que, a finales de julio, como muy tarde, tengo que buscarme la vida. Y gracias a que me han avisado con dos meses de antelación —resopla Elba con una bola de humo.

Mi caso es un poco distinto. Solo hace un año y medio que trabajo en el periódico, por lo tanto, tengo seis meses para buscarme la vida. Digamos que el caso de Elba me ha puesto sobre aviso.

—Tengo la puta impresión de haber perdido siete años de mi vida —gime. Después tira el cigarro por el váter, tira de la cadena y vuelve al trabajo.

DIOSES, REYES Y EL PRÍNCIPE AZUL

Llevo quince años depilándome y aún no me he acostumbrado al dolor.

La cuestión es: ¿por qué ya no creemos en los Reyes Magos ni en Dios y aún creemos en el Príncipe Azul?

Para Cati, pasar un rato con Dioneu es como volver al vientre de la madre. Cuando está con él no necesita nada más: ni comer, ni beber, ni averiguar qué hay más allá de los límites de la cama que comparten. Al mismo tiempo, le basta pasar con él una noche al año. Con una noche al año, dice Cati, tiene suficiente. Sale de la habitación con la energía renovada para soportar 364 días sin verlo. Ahora debe de hacer unos 330 que no lo ve y empieza a necesitarlo.

En realidad, Dioneu es un comprador de personas. No lo he conocido más que por lo que Cati me ha contado: «Su pelo es de un color dorado que ya no existe, y lleva unos pendientitos… nadie los sabe llevar como él. Y en el pecho, justo aquí, tiene unos pelitos muy líricos». Cati recuerda con memoria fotográfica los regalos que él le ha hecho. El primero fue un abanico que su abuelo, uno de los artistas más reconocidos del siglo XX, pintó como pintaba otro en una época en que el arte no tenía por qué distinguirse de la decoración. Cuando Dioneu le regaló aquel abanico a Cati, aún no había nada entre ellos dos; solo una química que ella, alquímica, sabe convertir en oro poético. Cati abrió el abanico con los dibujos absolutamente reconocibles del abuelo de Dioneu y, en lugar de hacer un comentario acerca de tener un original de ese valor entre las manos, protestó: «Es demasiado grande, no sabría abanicarme con esto», y estuvo a punto de devolvérselo.

Pese al aparente esfuerzo de resistencia, Cati está convencida de que el abuelo de Dioneu se inspiraba en su propio nieto para trazar uno de sus muñecos recurrentes. Ella busca en el garabato la inocencia benévola que Dioneu expresa cuando está bien, cuando no ha bebido ni se ha drogado; y después, también busca al mismo Dioneu en aquel toque —quizá solo una pincelada descolocada, o

una mancha negra en el perfil del muñeco— en el que se puede adivinar la parte más oscura de su persona. Una parte que consiste en someter a todo el mundo que lo rodea, sobre todo las mujeres. A someterlos hasta la humillación. Cuanto más se aprovecha Dioneu de los otros y cuanto más público sea el provecho, más inteligente se siente él. También se siente poderoso. Eso ya no me lo cuenta Cati, lo deduzco yo.

Dioneu es un comprador de personas acostumbrado a tener todo lo que quiere solo porque es nieto de quien es. Y ese *todo* incluye a la gente, solo en los momentos en que a él le interesan y para hacer lo que le interesa. Quiere que lo dejen solo, pero que estén por él. Es decir: quiere permanecer en un recuerdo constante ajeno, que le presenten atención desde la distancia. De vez en cuando, una llamada: ¿va todo bien?, cree que con una llamada ya ha cumplido. Su vida se reduce a manosear las ganancias que su hermano saca de la gestión de las obras de su abuelo, y de las denuncias que hace por falsificación ahora, y de robo después, sobre todo por derechos de autor. Dioneu y su hermano creen que, por ser nietos de un genio, llevan los genes del genio. Solo tienen talento para usar su linaje justo en los momentos que les conviene.

No hay peor terapia para olvidar a alguien que intentar olvidarlo, y Dioneu es una garrapata en la cabeza de Cati que le chupa la sangre; tengo miedo de que a veces también le chupe el cerebro. Hay dos maneras de matar a una garrapata clavada en la carne: cortarla con una hoja de afeitar, o quemarla con la colilla de un cigarro.

A veces, a Cati le doy fuego, cuando le digo por ejemplo que en realidad no está enamorada de Dioneu, sino del arte que, por herencia (que no por genética), ve en él. Entonces Cati sonríe como si yo no entendiera nada. Dice: «Tú sabes que todos los hombres son narrativos». Y concluye: «Pues él es poesía».

El comedor de Cati, ahora mismo, es pura narración. Al convocar a sus ex, Cati les dijo que los invitaba a su despedida de soltera, pero no los advirtió de que habría otros ex. Tampoco los advirtió de que también estaría yo. Por eso, cuando Xavi me ve, no sabe muy bien qué cara poner, ni qué decir.

Durante una época, Xavi venía a menudo al piso en el que vivíamos Cati, Natàlia, Marta y yo, en la plaza de la Libertad. Solía llegar totalmente pedo, después de haber cerrado todos los bares de Gracia. Venía, llamaba por el portero automático, y pasaba la noche con la que le hubiera abierto. Decía: «¿Puedo dormir contigo?», y

todas le respondían que sí, porque en ese «dormir» la morbosidad se disfrazaba de inocencia y se volvía irresistible. Xavi se colaba igual que Peter Pan en las habitaciones de las niñas. En nuestra casa, normalmente quien le abría la puerta era Cati, que se quedaba despierta hasta muy tarde estudiando Derecho y tomando Catovit. Él estaba convencido de que las unas no sabíamos que también lo hacía con las otras. Siempre se iba muy pronto, furtivo, antes de que nos levantáramos para desayunar. Yo solo le abrí en una ocasión.

Aquella vez, sobre las tres o las cuatro de la madrugada, sonó el timbre. Yo salía con un estudiante de Filosofía que se había quedado a pasar la noche. El timbre sonó una vez, otra, y nadie se levantaba a abrir. Finalmente, me cubrí con las sábanas y fui a la cocina, donde estaba el portero automático. Pregunté por el auricular: «¿Sí?», él contestó: «Soy Xavi». Apreté el botoncito, dejé la puerta del recibidor entreabierta, y me volví a la cama. Tres minutos más tarde, Xavi se asomó a mi habitación, a oscuras y, según la costumbre, preguntó: «¿Puedo dormir contigo?». Al escucharlo, el estudiante de Filosofía, que se había despertado por culpa del timbre, saltó del colchón como un bestia, y lo persiguió hasta las escaleras. Cuando volvió a la cama, intenté contarle que yo era la única inquilina que nunca le había abierto la puerta a Xavi, por lo tanto, era la única que no se había acostado nunca con él. Para que lo entendiera, cité a Epicúreo y al marqués de Sade, pero el estudiante de Filosofía no lo entendió, y al día siguiente se fue y no volví a verlo nunca más.

Otra noche, sobre las tres o las cuatro de la madrugada, llamé a la puerta de Xavi. Iba muy pedo, había cerrado unos cuantos bares de la ciudad. Al oír su voz por el portero automático, le pregunté: «¿Puedo dormir contigo?», y me abrió la puerta. Pero aquella noche no dormimos. Ni tampoco la siguiente, ni la otra. Finalmente, lo recuerdo boca abajo, las sábanas en el suelo, él con el culo al aire, los ojos cerrados y la respiración de un niño pequeño, feliz. Antes de irme, le hice un dibujo en la pared de la habitación que solo vería al despertarse. Era la sombra de Peter Pan.

Ahora Xavi, incapaz de articular palabra, se levanta la camiseta y me muestra aquel dibujo. Han pasado nueve o diez años; él vive largas temporadas en Costa Rica, donde compró unos terrenos, hace surf y tiene un velero. Lleva el dibujo que le hice en la pared tatuado en la espalda. Al verlo, yo tampoco sé qué decir y digo: «Hostia». Y él dice: «Tenía que llevarme algo de aquel piso». Y digo: «Te has llevado la pared». Dice: «Me he llevado tu sombra». Y nos

reímos, y siento una cosa extraña, que me da un poco de miedo, y me excita, y al mismo tiempo me pone un poco triste y me alegra.

Cati, mientras, besa en la boca a todos los invitados y les ofrece canapés de gambas, y de queso de cabra con nueces, y de marisco, y de todos los ingredientes que le parece que son afrodisíacos. De la larga lista de ex que me mostró, solo cinco han osado aceptar la invitación de Cati, Xavi incluido. No conozco a ninguno, salvo uno alto, con el pelo rizado y ojos azules, guapísimo, que la venía a ver de vez en cuando, pero que normalmente la esperaba en su casa (la de él), supongo que porque Cati quería reservárselo para ella sola. He olvidado su nombre, Jordi, o David, o Pau, o Roger. Me parece que era Roger. Ni idea. Como los otros cuatro, se ha quedado en un rincón, con un canapé en la mano sin saber qué hacer ni por qué ha venido. Solo uno de los asistentes, uno flaco de dientes torcidos, comenta: «Si llego a saber que era una fiesta de rabos, no vengo».

—¡Qué falta de respeto a la anfitriona! —exclama Cati al oírlo—. Yo, que os he mantenido siempre las puertas bien abiertas, fuera la hora que fuera —dice mirando directamente a Xavi—, ¿os parece que tengo que escuchar estas cosas?

Ha sacado una botella de Codorniu y sirve a sus invitados mientras les cuenta:

—En unos meses me caso con un hombre que se llama Miquel, y con mi boda se acabará el tipo de vida que he llevado hasta ahora, el único tipo de vida que he conocido. He querido reunir los elementos —y remarca la palabra *elementos* con una rotundidad que me hace reír— más importantes de esta vida para compartir con ellos los últimos momentos que le quedan. Estos últimos momentos pueden ser unas horas, una noche, una semana, o todos y cada uno de los días que quedan hasta el 15 de septiembre, sábado y fecha de mi boda. Estáis invitados a celebrar esta efeméride conmigo durante el tiempo que queráis. Como diría el gran poeta: «Yo me daría a quien me quisiera». Solo hasta el 15 de septiembre, insisto, porque entonces todo se habrá acabado, y yo empezaré una realidad nueva y vosotros volveréis a una realidad sin mí. Espero que sepáis valorar esta invitación como merece y que la disfrutéis. Muchas gracias.

Desde su rincón, el alto guapo del pelo rizado es el único que aplaude. Los demás (incluida yo) nos hemos quedado con la boca abierta. Cati lo mira seductora y murmulla:

—Sabía que podía contar contigo, querido Roger.

Hay un chico más bien bajo y greñudo, con gafas, que duda de si irse por donde ha venido. Parece asustado. Por lo tanto: parece que no conozca a Cati. De hecho, me pregunto cómo ha llegado hasta

aquí. También me pregunto si Peter debe de ser como él, pero descarto esta posibilidad enseguida. Peter no tiene miedo, Peter es capaz de atacar a una desconocida y enamorarse y escribirle una carta para que se casen. Quizá Peter se parece más a Roger, un hombre tan contento de haberse conocido a sí mismo que no concibe la posibilidad de una negativa. De ahí que no se arriesgue a que le den calabazas, y mande una carta, una pista, y se conforme con un «ya se apañará», otorgando toda la responsabilidad a la otra persona.

Pienso en el concepto: amor Ikea, móntatelo como quieras, es fácil y barato. Peter ha puesto las piezas del amor Ikea y Anna Sentmenat tendría que poner la mano de obra. El amor Ikea tiene fecha de caducidad, y si lo utilizas a menudo se desintegra. Si efectivamente Peter se parece a Roger, probablemente ya se haya olvidado de Anna, a pesar de sus promesas.

El greñudo finalmente no se va, Roger reparte sonrisas de anuncio de dentífrico, y quizá para deshacer el nudo que se le ha formado en el bajo vientre, Xavi le pregunta a Cati si aún tiene el descapotable. Después cuenta que su coche está maldito, por eso lo ha llamado Christine. Se lo compró de segunda mano hace tres meses, y desde entonces, se lo han abierto dos veces, le han robado una, se lo ha llevado la grúa y ha tenido un accidente sin más consecuencias que una reparación carísima. Eso da paso a una discusión sobre la velocidad, y la cuestión de por qué los coches tienen tantos caballos, si de todos modos legalmente no pueden superar los 120 kilómetros por hora. Se me ocurre comentar que, por el número de coches que corren en las carreteras, y por la velocidad a la que van, es prácticamente un milagro no morir cada vez que te pones al volante. Responde a una mera cuestión física, o de estadística, ahora no me acuerdo: tantos elementos en movimiento a tanta velocidad, tantas probabilidades de colisión.

Cati empieza a desesperarse, este no es el tipo de conversación que deseaba en su despedida de soltera, y saca más botellas de cava. El chico de los dientes torcidos salva la situación cuando cuenta que la sensación de velocidad le excita, que lo pone a cien, aunque no es capaz de razonar por qué:

—Supongo que me gusta sentir que pierdo el control; o, al contrario, me gusta sentir que controlo, pese a estar en el límite.

—A mí también me gusta cuando me haces perder el control —comenta Cati mientras le sirve otra cosa. Y añade: —Pero sin límites.

Me imagino a Peter como el chico de los dientes torcidos. Tiene los dientes torcidos, pero parece interesante. Me imagino el chico de los dientes torcidos como un fetichista de culos; ve un buen culo y no le puede quitar los ojos de encima. En consecuencia, y porque los creo iguales, también imagino un Peter loco por los culos bien puestos, y una Anna con un culo redondito, que alguien como el chico de los dientes torcidos y seguramente como Peter cogería gustosamente con las dos manos. Me imagino un Peter inocente que cree que, si convierte a la propietaria del culo en su mujer, él pasará a ser el propietario del culo. Le pega más eso que ser como Roger o como el greñudo. Roger es de los que no se casan si no es para enriquecerse, y el greñudo es de los que no se casan porque no pueden hacerlo. Vuelvo a preguntarme de qué conoce a Cati, y cómo ha osado a venir a su despedida.

La velocidad. ¿Por qué todo tiende hacia la velocidad?, me preguntaría y preguntaría en voz alta. También haría una reflexión sobre la posibilidad de que en el primer mundo podamos elegir cómo queremos morir: de un accidente automovilístico o de un cáncer. En África no tienen tantas opciones. Pero Xavi el tatuado, que estás más preocupado de que no me acerque demasiado a Roger el guapo que de la conversación que hay al otro lado de la sala, sigue con su historia del coche maldito:

—El accidente no me preocupa tanto como el día que se llevaron todos mis CD, los tenía en la guantera. Había un DVD porno que había hecho con una amiga, espero que no lo hayan colgado en Internet.

—¿Y qué hacías tú con el DVD de vídeo casero dentro del coche? —pregunto.

—Pues esperaba a que alguien lo robara —contesta un chico grandote con barba que aún no había dicho nada. Xavi intenta poner expresión de inocente, como si ni de lejos fuera capaz de desear algo así. Pero el barbudo no le deja excusarse: —¿Por qué querrías grabar tus relaciones sexuales si no es para compartirlas?

—Quería compartirlas con mi amiga —se defiende Xavi. Cati, que ha seguido la historia, se pone de su parte, y responde mientras le coge el brazo:

—Hacer películas porno es muy divertido. Y verlas después, también; forma parte del juego. ¿Eh, Roger? —Roger está a punto de aplaudir otra vez, pero se contiene, porque lleva una copa en la mano.

—Ya, pero estamos hablando de que quizá ahora hay un montón

de desconocidos que se están bajando la película de Xavi y su amiga en ninfómanashambrientasdesexo.com —digo yo.

—¿Esa web existe? —pregunta el greñudo de las gafas.

—¡Y a ti qué te importa! —me sale sin querer. Y me parece escuchar cómo el chico de los dientes torcidos le pregunta a Roger cómo salió la película que hizo con Cati. Xavi dice que se ha puesto muy triste porque su amiga no merece que un montón de desconocidos se pajeen viendo cómo ella se deja penetrar a cuatro patas y recibe una lluvia de semen sobre la espalda y el pelo cuando él se corre encima. El barbudo duda de que la corrida llegara tan lejos, hasta ensuciarle el pelo. «Pues te lo aseguro», insiste Xavi, «de hecho la tía me ponía tan a cien que estuve a punto de agujerear la pared».

Justo en ese momento, suena el timbre, y Cati me dedica una sonrisa victoriosa. Exclama: «¡Ya ha llegado!», y cuando pasa por mi lado, de camino hacia la puerta, susurra: «Ha venido por ti, le he dicho que estarías». Entonces noto un mareo, y creo que me desmayaré. Y Xavi, que en cualquier momento me pedirá que nos vayamos y confesará que aún está enamorado de mí y que tendríamos que rodar una película porno juntos para poder correrse en mi espalda, se acerca por si acaso tiene que cogerme antes de que me caiga al suelo.

No me caigo al suelo. Estoy en la escalera de casa de Cati, sentada delante del ascensor. Cati compró este piso de la calle de la Marina después de que dejáramos el de la plaza de la Libertad. Lo compró por quince millones de pesetas. Es un piso grande, es un piso de lujo y vive sola, pienso mientras veo cómo se enciende la luz del ascensor para no tener que pensar quién va dentro. Intento recordar la última vez que vi a Lluís, pero no me acuerdo. Intento imaginármelo gordo y calvo, pero no puedo. Intento no imaginármelo follando con Cati en los baños de la Bikini.

El ascensor hace un clac, se detiene, y las puertas empiezan a abrirse, y tengo mucho miedo. Soy idiota, no tendría que haber salido a recibirlo, me digo. También me digo que no tendría que haber venido a esta reunión estúpida, y que todo esto es muy extraño, otra vez como vivir la vida de otra persona. Soy subnormal profunda y tendría que bajar corriendo por la escalera. Las puertas del ascensor se abren, y de pronto todo pasa muy rápidamente. Lluís sale, y está igual que la última vez que lo vi, aunque no recuerde cuándo fue, pero no ha engordado ni tiene más entradas. De hecho, me parece más delgado, y tiene mala cara, aunque parece

contento. Y ya estoy de pie, y él me está abrazando, muy fuerte, y él huele a Lluís, y yo a Don Algodón, y noto su cuerpo cómo se acopla perfectamente a mi cuerpo, siempre lo pensé, que nuestros cuerpos se acoplaban, y me aprieta y yo lo aprieto, como si no nos tuviéramos que separar nunca, y pregunta «¿cómo estás?», con una alegría que se contagia, y yo pregunto: «¿Cómo estás?», pero mis palabras se ahogan en su pecho. Y me parece que pasan todos los siglos y toda la eternidad marcha atrás, hasta la Edad Media, y antes, hasta la Prehistoria, y antes aún, hasta el meteorito que mató a los dinosaurios y aún más atrás, hasta el *Big Bang*.

Entonces, la veo a ella.

Está al lado del ascensor, el ascensor ya ha cerrado las puertas. Es una chica morena, no sabría qué más decir. Es morena y está buena, y nos mira con una sonrisa torcida, la sonrisa de los que esperan una presentación. Lluís se aparta, le pasa un brazo por encima de los hombros y me dice:

—Te presento a Daniela.

Yo digo: «Hola, Daniela, ¿cómo estás?», y le doy un beso en una y otra mejilla, y tiene las mejillas frías; las mías arden.

Daniela es argentina, y dice que está muy bien, gracias, dice: «¿y vos?», dice que está encantada de conocerme, «por fin», dice que Lluís le ha hablado mucho de mí.

—Mal, espero —río.

—Mal, claro —responde. Después se disculpa: —Debéis de tener muchas cosas que contaros. —Y entra al piso.

Lluís y yo volvemos a sentarnos en las escaleras y primero hablamos los dos a la vez, y después no hablamos ninguno de los dos, y después me dice que acaba de volver de París, donde ha estado dos años tocando en la orquesta de la Ópera como acompañante de una soprano, pero que estaba un poco harto de los parisinos, y que Daniela quería conocer Barcelona, y que Daniela es periodista —bueno, era periodista en Argentina, en París trabajaba de camarera—, y que si puedo ayudarla a encontrar trabajo, de periodista, no de camarera, y yo digo que sí, que claro, que haré lo que pueda, pero que no se haga muchas ilusiones, porque justo ahora me estoy quedando sin trabajo. «¿Cómo que te estás quedando sin trabajo?», pregunta Lluís. Y le cuento la situación del periódico, le hablo de Elba y de lo que le han hecho a Elba, y Lluís, que no conoce a Elba, dice: «Qué hijosdeputa». Yo digo: «Sí, son unos cabrones, pero ya lo sabíamos, es lo que hay, este trabajo es así».

Entonces Cati sale a la escalera y anuncia que la cena está

servida. Lluís la saluda —menos efusivamente que a mí—, y va hacia dentro. Cati y yo nos retrasamos un poco para que ella pueda dedicarme una breve expresión cómplice, yo me siento muy, muy triste, igual que Xavi cuando se ha dado cuenta de que quizá un montón de desconocidos se están poniendo cachondos con el vídeo porno que rodó con su amiga.

Durante la cena, tengo la impresión de haberme convertido en una mujer invisible. Vuelvo a ser la *voyeuse* que espiaba chats ajenos, cuando empezaba la fiebre de los chats; leía la conversación de los otros sin participar, como ahora observo una danza amatoria extraña alrededor de esta mesa. El chico de los dientes torcidos y el gordo barbudo flanquean a Cati; el primero ha aceptado las reglas del juego, y sabe que, si juega bien sus cartas, esta noche no dormirá solo. El gordo barbudo simplemente se divierte con las ocurrencias del chico de los dientes torcidos, y no se pierde ni una frase.

El gordo barbudo es el típico hombre despistado al que todo se le cae. De momento ya se le ha caído el tenedor al suelo, se le han caído las monedas que llevaba en el bolsillo de los pantalones, se la ha caído parte de la ensalada mientras se servía, y al coger una copa ha tirado el vino encima de las servilletas. El gordo barbudo debe recoger tantas cosas a lo largo del día que ya ni se da cuenta, y ha recogido tenedor, monedas, ensalada y copa como si los otros tampoco nos hubiéramos enterado.

Yo estoy sentada entre Xavi y Lluís, que intenta dar conversación al greñudo de las gafas. Así descubro que el greñudo es diseñador gráfico y se gana la vida haciendo páginas web y *flyers*. El greñudo se habría ido a su casa nada más cruzar la puerta de Cati, no entiendo por qué ha decidido alargar la velada. Quizá es extremadamente educado, o extremadamente tímido, y no ha encontrado la frase adecuada para excusarse y dar media vuelta. A lo mejor tenía hambre, y ha sopesado lo que cenaría aquí y lo que le espera en su nevera vacía, y quedarse le sale a cuenta.

Roger el guapo enviste a la argentina sin vergüenza, pese a que es la única que ha venido acompañada. Roger es el típico amante que se toma las conquistas como retos, el amante que satisface con la seducción su propio egocentrismo. Cuanto más difícil lo tiene, más se excita, más se esfuerza y más se arriesga. Daniela responde educadamente a las preguntas que él le hace con la intención de disimular el interés por su cuerpo como un falso interés por su vida.

Finalmente está Xavi, acostumbrado a no tener que poner literatura a sus actos y a conseguir aquello que quiere por su simplicidad, por una actitud directa que se interpreta como honesta. Algo se ha despertado dentro de Xavi cuando me ha visto, o simplemente ha visto que esta noche yo soy la fácil: Cati está loca, y la argentina no está disponible. Sentado a mi lado, Xavi habla y habla de temas que no me interesan. Dice: «¿Te han dicho que estás más guapa que nunca?». Contesto que es por culpa de la naturaleza. Cuando las mujeres cumplen treinta años, su cuerpo embellece consciente de que le queda poco tiempo para procrear, supongo que lo leí en alguna revista femenina. «Es como las velas justo antes de apagarse», le explico. No entiende la comparación. O quizá sí, porque unos minutos más tarde comenta: «Yo tenía entendido que a los treinta las mujeres alcanzáis la plenitud sexual, y que por eso estáis desatadas, para no malgastar ni un segundo de esa plenitud; el cuerpo os pide hijos». Debe de haberlo leído en una revista para hombres.

La cena transcurre como si tuviera lugar en una mesa de al lado, en el caso de que estuviéramos en un restaurante y hubiera otra mesa con comensales. Cati se ríe a menudo, la argentina se ríe también un par o tres de veces. Pero las voces y las risas, incluso las caras de los que están sentados, me llegan desde lejos, como si lo hicieran desde el pasado. Desde un pasado inmediato, en el que aún no se ha desencadenado la tragedia que está a punto de desencadenarse. En cinco minutos entenderé por qué me siento así: me estoy adelantando a los acontecimientos. Pero aún no sé por qué tengo este poder.

Cinco minutos más tarde, Lluís me pide que le pase la botella de vino. Es la primera vez que me dirige la palabra desde que nos hemos sentado a la mesa, y no hay ninguna modulación extraña en su voz. Hasta ahora solo ha hablado con el greñudo y con Cati para comentarle lo bueno que está el bogavante. Me pone una mano en el antebrazo, el vello de mi piel se eriza con discreción, y dice:

—¿Me pasas el vino, por favor?

Es lógico que me pida el vino a mí, porque soy la que lo tiene más cerca y porque él está sentado a mi lado. Así que cojo la botella y le pregunto si quiere que le sirva. Él coloca su copa, y aún no ha respondido «sí, gracias», cuando Daniela ya se ha puesto de pie de un brinco y grita:

—No estoy preparada. No puedo soportarlo más, no puedo verlo. Es demasiado.

Se hace un silencio llano que parece el silencio previo a una broma, y por unos segundos pienso que Daniela tiene sentido del humor y está haciendo una especie de chiste. Pero en este caso mi poder de avanzarme a los acontecimientos falla, y Daniela no está preparando ningún tipo de chiste. Da media vuelta y desaparece en la cocina. El greñudo interroga a Lluís con la mirada, Lluís interroga con la mirada a Roger, Roger mira a Cati descolocadísimo y Cati me mira a mí. Lluís también se levanta y también va hacia la cocina. Entonces se oye claramente que ella dice:

—No os puedo ver juntos. Me pongo mala. A mí nunca me has mirado como la miras a ella. ¿Qué te crees, que no he visto cómo le pedías el vino con la excusa de tocarle el brazo? ¿Crees que soy idiota? ¡Si tenías la copa casi llena! ¡Qué mierda de vino necesitabas!

Cati, delante de mí, ha abierto tanto los ojos que tengo miedo de que se le salgan de las órbitas y rueden bajo la mesa. Pero aún me da más miedo que suelte una de sus carcajadas huracanadas, porque entonces no podemos dejar nunca de reír, y la argentina, en la cocina, está demasiado cerca de los cuchillos. Y ya se sabe de qué manera dominan los argentinos los cuchillos. Quizá nos cortará la risa a la altura de la yugular. Roger se hunde un poco en su silla y resopla:

—¡Uah, qué mujer! —como si la argentina fuera la mujer más impresionante que ha conocido nunca. Xavi se anima y suelta:

—Despiertas pasiones incluso al sexo contrario.

—Sí, pero esas pasiones preferiría no despertarlas —refunfuño. La imagen de los cuchillos cerca de la mano de Daniela se me ha quedado grabada en el cerebro.

—Pues alguien tendría que ir a buscar el postre —comenta Cati. Nadie se ofrece y ella insiste: —Hay fresas con cava.

Desde la cocina se oyen voces apagadas de palabras aceleradas, primero de Daniela, después de Lluís, de Lluís todavía, ahora de Daniela y Lluís a la vez, ahora de Daniela, al final no se oye nada.

Lluís vuelve a la mesa con el rostro un poco más ojeroso que cuando lo he visto salir del ascensor, y Daniela lo sigue con una fuente a rebosar de fresas.

Creo que no me encuentro bien.

Nos hemos sentado en los sofás, pero yo solo tengo ganas de irme a casa. Me da igual que esté el mago y me da igual si a estas horas aún lo encontraré despierto. Creo que las emociones me han

caído como un jarro de agua fría y me han provocado un corte de digestión, y ahora el marisco me sentará mal, y el corazón se detendrá y me ahogaré y perderé el sentido y me moriré.

El greñudo ha insinuado que tiene coca, y el único que se ha mostrado interesado ha sido el chico de los dientes torcidos. Se han ido al baño mientras los demás hacíamos como que no nos dábamos cuenta. Al gordo barbudo se le han vuelto a caer las monedas del bolsillo y la copa de *whisky*, que se ha apresurado a recolocar en posición vertical antes de que ensuciara la funda del asiento. Alguien me pasa un porro y fumo, me llegan fragmentos de conversaciones que soy incapaz de seguir. De repente me preocupa quedarme sin trabajo dentro de seis meses y estar tan sola.

Me odio un poco.

A mi lado, Xavi comenta que estoy muy callada, y respondo: «Sí, puede ser».

Juraría que Cati y Roger pasarán la noche juntos.

También juraría que Cati pasará la noche con el chico de los dientes torcidos.

Noto una mano que me acaricia el pelo, y primero creo que es de Xavi.

Al momento me doy cuenta de que no, de que ha sido Lluís.

Estoy enamorada de Lluís, quiero casarme con él. Quiero casarme con él y que nos vayamos muy lejos, a Australia, y que montemos una granja de ornitorrincos tuertos. Si tuviéramos una granja de ornitorrincos que solo vieran por un ojo, podríamos ser muy felices y muy ricos, porque el día que un productor de cine necesitara ornitorrincos tuertos para hacer una película, tendría que comprárnoslos a nosotros, porque nadie en el mundo entero tendría ornitorrincos tuertos salvo nosotros. Estoy enamorada de Lluís y quiero contarle el proyecto, y si no le gusta, inventaremos otros. Cualquier proyecto que hagamos juntos me parecerá bien. Quiero estar con él para siempre, que no nos separemos nunca. No entiendo cómo pude dejarlo escapar.

Daniela se ha puesto de pie de un brinco, otra vez. Ha dicho que esto es intolerable, ha dicho que le damos asco. Lluís me ha pasado la mano por el pelo, sí, pero para pedirme que le acercara el mechero porque el porro se le ha apagado. Era un gesto afectuoso. Daniela solo ha visto cómo Lluís me pasaba la mano por el pelo y grita que no se lo merece, que vernos juntos es insoportable. Grita: «¿Qué he hecho para que me trates así?». Pero esta vez a nadie se le han salido los ojos, y Roger está demasiado concentrado en Cati para volver a exclamar «Uah, qué mujer». Es como si Daniela no

hubiera gritado nada.

Tengo treinta años, no tengo edad para hacer estas cosas, pero sigo a Daniela hasta el baño. «Espera, Daniela», le digo, «no es lo que crees».

Esta argentina ha visto demasiadas telenovelas.

Daniela se ha encerrado en el baño y me digo que la historia de la humanidad se ha escrito en los baños. Las decisiones más importantes han sido una cagada.

No sé cuántos baños he abordado en los últimos meses, pero son muchos. Y lo que ha pasado dentro siempre ha sido muy extraño. Llamo a la puerta, y no me abre, y si me pongo a hablar a través de la puerta me sentiré como el personaje de una teleserie, por eso no hablo a través de la puerta, sino que sigo llamando.

Quizá ha desaparecido igual que la chica que nos dio el bolso verde de la hebilla naranja en el Sol Soler, pienso con un rayo de esperanza.

Pero Daniela no ha desaparecido, y me abre, y —esto sí que me resulta familiar—, la encuentro sentada encima de la tapa de la taza del váter. A la tercera va la vencida, esta vez lo haré bien. Y sin pensármelo demasiado, empiezo:

—Mira, Daniela, no sé qué te hace pensar que hay algo entre Lluís y yo. Hace siglos que lo dejamos, y creo que ninguno de los dos tiene ningún interés en recuperar tiempos pasados. El amor siempre es más interesante en el recuerdo, y tanto Lluís como yo nos hemos convertido en un ideal mutuo. Yo soy su mujer perfecta, porque ya no tiene que soportar mis rabietas, ni mis histerismos, ni las discusiones incomprensibles, ni mis arrogancias, ni que me pase todo el día de morros sin que él sepa por qué; y él es mi hombre perfecto, porque no tengo que aguantar sus presuntas infidelidades, ni que mee sin apuntar, ni que me haga sentir que él es más importante y puede elegir cuándo nos vemos y cuándo no. En cambio, siempre que quiera, puedo recordar los conciertos que me dedicaba, y las conversaciones interminables que teníamos hasta la madrugada, y la manera en que me hacía el amor durante toda la noche y me decía que no sabía si prefería tenerme encima o debajo, pero que en cualquier caso quería tenerme. Y yo le respondía: «soy tuya», porque entonces nos sentíamos así, la una del otro y el otro de la una. Pero ya no nos sentimos así. Por tanto, se trata de una cuestión práctica: ni yo quiero cambiar esta situación, ni él tampoco. Es mejor guardarnos en la memoria como estamos: incorruptos. El deseo es tener lo imposible al alcance de la mano. Pero cuando coges lo imposible, ya no es imposible, y por tanto, ya

no lo deseas. No sé si me explico.

Entonces pasa la cosa casi más inesperada del mundo: Daniela salta hacia mí como una leona, y durante una milésima de segundo recuerdo que puede ir armada con un cuchillo de cocina. En lugar de apuñalarme, me pone una mano en el pecho derecho, y me besa rabiosamente en la boca. Entonces sí que tengo miedo de verdad, y quiero salir corriendo hacia mi casa y hacia Mallorca, quiero ir a casa de mis abuelos, subirme a un algarrobo y no bajar nunca, nunca más, y quedarme allí arriba, como el Barón Rampante, por los siglos de los siglos.

Quien se va corriendo, en cambio, es Daniela. Y aún con la presión de su mano sobre mi pecho y el gusto de la saliva en mis labios, oigo cómo se despide de todos, y también oigo cómo se cierra la puerta de la entrada.

Me deja temblorosa sentada en la taza del váter.

La calle de la Marina es una calle extraña. De repente se convierte en un puente, y debajo del puente hay un árbol, y en las ramas del árbol hay piezas de ropa colgadas, como si alguien, un día, hubiera lanzado un jersey viejo del que estuviera harto, y otro que llegó después decidiera lanzar una chaqueta. Lluís y yo miramos el árbol surrealista con jerséis y chaquetas y pantalones y camisetas en las ramas, que es un árbol de Navidad la noche que empieza el verano. Y no decimos nada. Solo miramos el árbol.

Explota un petardo, digo «puto San Juan» y seguimos caminando.

La calle de la Marina es una calle extraña, y unos pasos más allá vemos un carro de supermercado pintado de azul cielo con plantas dentro y hace de jardín de una casa. O mejor: hace de estatua central en una especie de jardín. La calle de la Marina es una calla extraña, pero los únicos extraños somos nosotros. Los demás son jóvenes que vuelven de los últimos pubs que quedaban abiertos en Poblenou, y gritan y caminan haciendo eses, y los más impacientes tiran petardos, pese a que quedan dos días para la verbena. Y me asustan. Porque no me gustan los petardos, porque siempre me asustan y me siento ridícula y me da miedo que me asusten porque no me gusta sentirme ridícula.

El olor de la pólvora se mezcla con los restos de una brisa que viene del bar, y Lluís y yo caminamos, desde hace un buen rato, sin decirnos nada. Antes me ha comentado que lo que más le gusta de Daniela es que le hace reír, y me ha parecido que se excusaba. Yo le he contestado que a mí Daniela también me hace reír, pero de un

modo que dudo que a ella le hiciera gracia.

He vacilado tres segundos antes de confesarle que cada vez que escucho a Leonard Cohen pienso en él; se lo he confesado, y él me ha preguntando si también pienso en él cuando escucho el disco que Leonard Cohen grabó con una banda de mariachis. Le he dicho que no me creo que Leonard Cohen haya grabado nunca un disco con mariachis y Lluís ha insistido, «que sí, que lo tengo en casa, ya te lo mostraré». Después hemos callado y solo caminábamos y respirábamos sin decirnos nada. Y aún caminamos en silencio.

Al final de la calle, se levantan las torres iluminadas y las grúas de la Sagrada Familia. Ahora quien vacila es él, pero al final pregunta:

—¿Quieres que visitemos a nuestro amigo Santi?

El corazón se me para de golpe, y un hormigueo recorre mi cuerpo, igual que a los protagonistas de las películas románticas, que seguramente también sienten un hormigueo cada vez que oyen la melodía que los tiene que acompañar en los grandes momentos, una banda sonora de Brian Adams o de Chris Isaac, un hortera por el estilo. Ahora no hay banda sonora, pero suena la música de la Sagrada Familia; no tenemos una canción, tenemos un monumento. Quiero contestarle que sí, sí quiero, quiero que crucemos la barrera, cualquiera. Quiero que subamos a lo más alto de todos los templos. Que creemos un templo nuevo. Quiero que hagamos el amor esta noche, y mañana, y pasado mañana, y siempre. Quiero decirle que le quiero de la manera incompleta[4] en que queremos los mallorquines. *T'estim* sin la o, le diría. Te quiero, te quiero y te quiero.

Pero respondo:

—¿Crees que aún estará, después de tanto tiempo?

—Apuntaba maneras —responde Lluís, como si hubiera previsto que podría contestarle eso. E insiste: —Quizá tendríamos que comprobarlo.

Durante unos segundos nos imagino caminando otra vez por la balaustrada, él me da la mano para que pasemos al otro lado de la reja, primero un pie, después el otro. Hoy hay cuarto creciente, y los focos iluminan las torres. Los focos iluminan nuestro amor en la cúspide, y Barcelona entera, si se asoma a los balcones y a las ventanas, puede ver nuestro amor deslumbrante como podía verse la procesión —o la creación de pro— en los tiempos de la Transición: entonces eran nuestros padres los que se querían. Imagino eso mientras mi boca (la misma que ha recibido el beso de Daniela, quizá un beso que ha sellado maléficamente mis labios)

articula:

—No, mejor que no.

La respuesta me agota, y estoy a punto de caer redonda.

Lluís se ríe:

—Eres incorregible. —Estoy tan cansada que no lo entiendo. Tampoco me entiendo a mí misma, pero ahora empieza a ser demasiado tarde, y se ha hecho tarde demasiado pronto. —Solo sientes que has conseguido algo cuando lo rechazas. Buscas que te busquen, le das la vuelta a todo, haces que todo el mundo te mire y te quiera, y cuando por fin alguien se decide a ir detrás de ti, siempre respondes: no, mejor que no. No he conocido nunca a nadie al que le diera tanto miedo la responsabilidad como a ti. Huyes incluso de tus deseos. Antes creía que sembrabas cadáveres para alimentarte de su carne. Ahora creo que intentas herir para que todos luzcan las cicatrices que les has dejado. Son tu marca. Es la única manera que has encontrado de que te recordemos: mediante el dolor. Quererte se vuelve insoportable.

Se me viene a la cabeza el tatuaje de Xavi, la sombra de Peter Pan que se grabó en la piel en mi honor. Hacérselo debía de ser doloroso. ¿Es esa la cicatriz a la que se refiere Lluís? Me parece que es una cicatriz bien guapa, pero no digo nada, porque acaba de pasar un taxi y le he hecho un gesto con la mano. No sé si ha sido el olor de la pólvora, o el bogavante que nos hemos comido, no sé si es porque le tengo miedo a los petardos o por culpa del beso envenenado de Daniela; no sé qué ha sido lo que me ha provocado una alergia que hace que me escuezan los ojos, y me moquee la nariz, y sienta que me falta el aire. Beso a Lluís fugazmente en la mejilla y entro al coche.

Cuando llego a casa —el mago duerme—, cojo el diccionario de inglés de la estantería y enciendo el ordenador. Pongo un disco tristísimo de Antony & The Johnsons y después de un par de sollozos desgarradores, intento concentrarme. Me enciendo un cigarro, me hago una coleta de caballo, me apoyo en el respaldo de la silla, y empiezo a escribir: “*Dear* Peter”.

ELIGE TU PROPIA AVENTURA

La culpa de todo la tienen los libros que te hacían elegir tu propia aventura. Tú empezabas a leer uno de aquellos libros, narrados en segunda persona, y como lector protagonista te sumergías en un bosque. Entonces tenías dos o tres opciones: podrías meterte en una cueva, seguir un camino, o cruzar un lago en una barca. Si querías meterte en una cueva, tenías que seguir leyendo en la página 13; si querías seguir el camino, ibas a la página 20, y para cruzar el lago seguías tu lectura en la página 22.

Al tomar esa decisión te sentías muy importante, pero también un poco atemorizada, porque podía ser que en la página 22 la barca estuviera agujereada y se hundiera y murieras ahogada, y ahí se acababa todo. Elegías la página 13, entrabas en la cueva y encontrabas a un genio que te ofrecía tres deseos: tener todo el dinero del mundo, tener su poder o hacer que todo cuanto comieras tuviera el sabor de la pizza. Optabas por tener el poder del genio, creyéndote la lectora más inteligente de tu edad. Página 35. Empezabas a leer la página 35 y, efectivamente, te convertías en un genio. La putada es que los genios tienen mucho poder, un poder inigualable; pero solo pueden cumplir lo que les piden los demás. Por lo tanto, tenías que esperar a que alguien te encontrara en aquella cueva y deseara cosas para sí mismo. Mala opción.

Disimuladamente (¿y por qué tenías que disimular, si nadie sabía lo que estabas leyendo?) volvías a la página 13 y optabas por tener todo el dinero del mundo. O ibas a la página 22, te hundías con la barca, y descubrías una ciudad submarina con seres verdes parecidos a los humanos que tenían escamas y te secuestraban.

Las decisiones, en aquellos libros, parecían muy fáciles. Siempre podías volver atrás y cambiar tu destino, lo que provocaba que no tuvieras miedo. De hecho, no es el destino lo que más me asusta. Lo que me aterroriza es vivir sin saber qué habría pasado si hubiera elegido cualquiera de las alternativas.

Quizá estamos perdidos, pero no queremos perder. No nos queremos perder nada.

El director me miraba divertido, francamente divertido, como si yo hubiera entrado a su despacho con una pinza de tender la ropa enredada en el pelo y no supiera cómo decírmelo. A mí, la primera que le había hecho, no me parecía especialmente graciosa: «¿Qué será de mí dentro de seis meses?». Quizá un poco dramática, eso sí, algo exagerada, pero importante, al fin y al cabo. Mi compañera de mesa se va a la calle y necesito saber cuántas opciones tengo. Quizá ya no me siento la lectora más inteligente de mi edad, pero aún me gusta leer, y no quiero que nadie elija mi propia aventura. En el caso de que me vuelva a la casilla de salida, quiero hacerlo cuanto antes mejor, y empezar la carrera con ventaja.

—Un buen periodista no piensa con seis meses de antelación —ha sido su respuesta, aún con la boca torcida. Y de pronto ha añadido: —Y una persona de tu edad, todavía menos.

Me he sorprendido contestando:

—Ya tengo treinta años.

Entonces el director ha estirado aún más los labios hacia los lados, como si no pudiera aguantarse, en una mueca grotesca. El hecho es que no sé qué significa tener treinta años. Él lo tenía muy claro; lo tenía clarísimo, y ha subrayado:

—Precisamente.

Ya no soy una joven promesa. Incluso las estrellas del cine, de la música y del deporte son más jóvenes que yo: Scarlett Johansson, Mika, Rafa Nadal, Keira Knightley, Rudy Fernández. Cada vez que alguien aparece en portada (un actor, un deportista, una modelo), miro qué edad tiene. Supongo que hay una época en la que aspiras a ser como ellos. Y después solo necesitas asumir que no lo serás nunca. Lo supongo, solo, porque ni siquiera de eso llego a estar totalmente segura. No había pensado nunca en estas cosas, pero mientras hablaba con el director, he notado que me preocupaban.

—Tendré que buscarme la vida, ¿no?

La vida. Aún me quedan treinta años más por delante, antes de que pueda jubilarme; siempre y cuando exista la jubilación en treinta años, que no lo creo. En cualquier caso, cuando cumpla 35, dejaré de ser oficialmente joven, y se acabarán unas ayudas que de todos modos no he utilizado, como por ejemplo para tener una hipoteca. En cinco años se acabarán las ayudas institucionales, los precios seguirán subiendo, no tendré trabajo fijo, no podré alquilar un piso nuevo, tendré que volver a casa de mis padres, no podré ahorrar nada, y cuando cumpla sesenta y cinco y las jubilaciones no existan, se habrá acabado. Podré dejarme morir. La vida.

—Había pensado… —he seguido—. Había pensado que podrías ponerme en otra sección, así me cambiaría el tipo de contrato. Podrías ponerme en sucesos, por ejemplo. Sé mucho de muertos: he leído a Mankell y veo CSI. Tengo entendido que todos los policías ven CSI en la tele, y los Mossos d'Esquadra también. Es cuestión de maridar la sangre y el hígado con un poco de literatura. No puede ser muy difícil.

La sonrisa del director se iba definiendo con cada una de mis palabras, y yo me sentía igual que cuando leía aquellos libros de elige tu propia aventura, elegía convertirme en un genio creyéndome la lectora más inteligente de mi edad, y descubría que la opción era una trampa:

—Pero ¿qué dices? Estás hecha para la sección de cultura.

Que te digan que estás hecha para la sección de cultura, dentro del caso que nos ocupa, significa que no vales para nada. He salido del despacho del director antes de que él estallara en carcajadas creyendo que cuando cumples treinta años te etiquetan como si fueras un tetrabrik en el supermercado. Le ponen un precio, 0,76 euros, y eso es lo que vales. Justo cuando ya estaba en el límite de la puerta, ha añadido:

—Por cierto, quiero encargarte un reportaje que creo que puede hacerte gracia. El otro día oí hablar de una nueva tendencia, ¿*Coach-me*?, ¿*Cath-me*? Bueno, es un nuevo sistema para ligar que consiste en ir dejando pistas en los bares para que te sigan.

Hasta aquí llega la palabra de un periodista, aunque sea mentira. Sobre todo si es mentira.

—¿Como el *book crossing*? —he preguntando sin acabar de creérmelo.

—¿El *book crossing*? No —ha respondido pensativo—, tengo entendido que este es un sistema para ligar; es como los animales, que van dejando su rastro en el perfume, pero sin perfume. Me parece que viene de los Estados Unidos o de un país de estos. ¿Por qué no lo investigas un poco?

Ahora, en El Granuja, un bar que hay en la calle paralela a la casa de Anna Sentmenat, observo a unos chicos que seguramente estudian artes digitales en la Pompeu Fabra. Beben y se ríen y creo que los odio un poco, pero no sabría decir por qué. El administrador de fincas ha vuelto a telefonear, una, dos veces. Su voz de locutor que se hace pasar por colega decía que tienen que preparar el contrato y aún no les he dicho si lo quiero por tres años a 600 euros, o por cinco a 650. El administrador de fincas hablaba de

años por delante y yo me imaginaba aquellos años conviviendo con el mago. Entonces notaba un nudo en el estómago y tenía ganas de vomitar. Las dos veces que ha llamado le he contestado que le daré una respuesta mañana.

En Mallorca ha habido un cambio de gobierno. Mi padre es feliz y aparecen ofertas de trabajo de debajo de las piedras. Andreu ha presentado un proyecto en el Ayuntamiento de Palma, y un día de estos sabrá si se lo han aprobado. Pienso que todo a mi alrededor son señales. Blai no sabe pintarme; por tanto, quiere decir que en Barcelona no pinto nada. Lluís me rechazó. O fui yo quien rechazó a Lluís, da lo mismo. La cuestión es que he protagonizado un rechazo. Por tanto, quiere decir que Barcelona me rechaza. De hecho, en seis meses me echarán del trabajo. Quizá, la despedida de soltera de Cati representaba mi propia despedida. Quizá, mi lugar está sobre el algarrobo en el que, si prestas atención y escuchas, oyes cómo la destrucción se acerca.

Llevo el bolso verde de la hebilla naranja. Dentro está la carta de Peter y también la nota que encontré en el Almirall con su teléfono, la agenda con las cruces, los pañuelos, la cartera de plástico, los bolígrafos, el estuche para los Támpax, el dado. En mi libreta en la que apunto las declaraciones de las entrevistas y las ruedas de prensa he escrito: «Barcelona». Debajo he hecho dos columnas. En una pone: «pros», en la otra pone: «contras». Aún no he anotado nada. Sentada cerca de la puerta del bar, doy un trago a la cerveza.

Son las doce y media del mediodía, y tendría que volver al trabajo. Pienso en mi madre y en su manía de hacer listas y balances, como si las decisiones importantes pudieran recogerse en un trozo de papel. He decidido que, igual que Peter, me lo jugaré todo a una carta: iré a casa de Anna. Si Anna está, le daré el bolso y todas sus pertenencias, le contaré la historia desde el principio y le diré: «Estás en la página 157. A partir de ahora, tú eliges tu propia aventura». Si no está, haré un par de llamadas, actualizaré mi currículum y buscaré trabajo en Mallorca. Me iré.

Doy otro trago a la cerveza y pasa un rato tan largo que caben dentro todos los ratos del tiempo.

Después me levanto.

Me acerco a los chicos que seguramente estudian artes digitales en la Pompeu Fabra, y les muestro el bolso verde de la hebilla naranja. Tendría que pedirles que se la quedaran un momento y tendría que ir al lavabo, sentarme en la taza del váter, tendría que llorar esperando que alguien viniera a consolarme, o que, cuando saliera, ellos ya no estuvieran. Pero entonces no tendría escapatoria.

Me acerco a los chicos que seguramente estudian artes digitales en la Pompeu Fabra y les doy el bolso verde de la hebilla naranja. Les digo: «¿Es vuestro?». Hacen que no con la cabeza. «Lo he encontrado aquí, alguien se la debe de haber dejado». La camarera, que lo oye, contesta que debe de ser de unas chicas que se han ido hace un rato. «Déjamela, por si vuelven», se ofrece.

Se la paso por encima de la barra.

Quizá Anna Sentmenat nunca sabrá que su historia está en un bar que hay en la calle paralela a la suya.

TERCERA HISTORIA CON SOPHIE

Se conocieron hace diez años porque ella le mordió en la mejilla; le dejó la marca, no solo en la carne. Ella era, por pocos meses, menor de edad. Él había ido a tocar al pueblo en el que ella vivía. Pese a que se llama Sophie, nació en Castellón; sus padres son franceses. Se besaban en un portal, cuando un tío de Sophie los vio, y se la llevó a su casa tirándole de la oreja.

Al día siguiente, Sophie investigó quién era aquel cantante a quien había mordido la mejilla. Se enamoró absurdamente, llamó a la discográfica, pidió su dirección postal y le escribió una carta. Nunca obtuvo respuesta.

Cinco años más tarde, los reunió una casualidad breve y tan huidiza como la anterior. Él le ha dicho que esa noche la tratará como si fueran los novios que nunca llegaron a ser.

En la puerta del Heliogábal, la cola de sus seguidores es larga. Hace dos días que no quedan entradas. Sophie hace una llamada desde su móvil, y el cantante nos rescata. Nos sentamos con él y su bajista en la barra, pedimos unas cervezas, hablamos de carreteras andaluzas y de playas. Empieza el concierto. El público sigue las canciones, hay un rumor de coros en la sala de melodías pop infantil.

En los diez años que lo separan de aquel mordisco en la mejilla que aún lleva marcado, él se ha casado, se está separando, tiene un hijo, se ha cortado el pelo. Nunca recibió aquella carta que le escribió Sophie, porque justo entonces cambió de casa. Un clásico.

Cuando acaba el concierto, los cuatro nos sentamos al fondo de un bar y fumamos porros de hachís; los fans siguen haciendo colas, ahora para fotografiarse con él con el teléfono móvil. Algunos también le piden autógrafos. «Vayámonos de aquí», murmulla al rato.

Un taxi nos lleva al piso en el que se alojan esta noche. Es el apartamento de uno de los propietarios del Heliogábal, en la calle Escorial. Y esta es la primera vez en mi vida que hago de *groupie*,

pero de *hippy* no. Por eso no me sorprende que el cantante y su bajista se pongan a tocar la guitarra. Sophie y yo tenemos hambre, y saqueamos la nevera.

Queda queso, tomate, pan de molde. Cuando lo saco de la bolsa, veo que se ha puesto verde de moho. Hago un comentario en voz alta.

Ellos tocan la guitarra, y ponen discos de rock, y tocan por encima de la música que sale de los discos. También recuerdan canciones antiguas que Sophie sigue haciendo de coro, como antes hacía el público del Heliogábal. Fumamos porros, bebemos cervezas. Ya no recuerdo cómo se hace el *hippy*, y demuestro que tampoco sé hacer de *groupie* cuando me quedo dormida en el sofá.

Volvemos a casa fumadas y bebidas hacia las dos. Dibujamos eses por la calle y gritamos a la gente con la que nos cruzamos, haciendo de punkarras.

En un mes, en su *myspace* oiremos una nueva canción del cantante que habla de un pan con hongos. Y de humo y de amor. Y de otros anacronismos.

LA DESAPARICIÓN

Mientras Lluís y yo hablábamos de Daniela en la calle de la Marina delante de un árbol con ropa tendida, o quizá mientras hablábamos de Leonard Cohen y su disco de mariachis, quizá fue cuando dejamos de hablar, Cati recuperó todas las manías por las que había dejado a sus ex amantes. Ellos, por su parte, ajenos a la repugnancia que estaban despertando en su anfitriona, inventaban excusas para alargar su estada en la casa. Creyendo erróneamente (pero también lo creyeron así porque así lo había prometido la misma Cati) que quien consiguiera quedarse el último, quien consiguiera quedarse a solas con ella, compartiría su cama.

Los hombres hablaban espatarrados en el sofá, con los ojos hinchados por culpa del humo, del costo y del alcohol, y ella los observaba con cierta inquietud. ¿Cómo había podido dejarse penetrar por el greñudo de las gafas?, se preguntaba. Sí, recordaba que él había ido a su despacho para diseñarle una página web que le hiciera publicidad, y tenerlo allí, a media mañana de jornada laboral, le dio morbo. Después lo citó dos o tres veces más, follaban en el sofá, o en el suelo, una vez lo hicieron dentro del armario, siempre vestidos. Pero la tercera o cuarta vez, por alguna razón que Cati no recordaba, el greñudo de las gafas se quitó los zapatos. Y al verle los pies entendió que no podría acercársele nunca más. Los pies del greñudo con gafas eran aterradores, le daban mucho, mucho asco.

—No sé cómo decirte. ¿Te imaginas los pies de Jesús Gil? —me dice ahora por teléfono.

—No.

—Pues si pudieras imaginarte los pies de Jesús Gil, serían así.

—Pero ¿los pies de Jesús Gil vivo, o de Jesús Gil muerto?

—¿Estás segura de que está muerto?

Recordar los pies del greñudo con gafas le hizo perder todo el interés en él; es más, le dieron ganas de echarlo de su casa. Durante unos minutos se limitó a escuchar cómo él hablaba con sus otros ex amantes, para ver si se le pasaba la aversión, pero al escucharlo le

parecía que todo lo que decía eran subnormalidades profundas, y tenía que controlarse para no insultarlo, amenazarlo de muerte o de invitarlo a que se dejara caer desde el balcón por el amor de Dios.

De modo que, como estrategia, Cati intentó recordar el sexo maravilloso de Roger, tan guapo, él, y tan perfecto, y tan insaciable. Con Roger todo podría haber ido redondo. Se veían poco, una vez al mes, o menos. Se llamaban, quedaban normalmente en casa de él, y no intercambiaban ni una palabra. Él solía abrir la puerta desnudo, y Cati ya salía del ascensor con las bragas húmedas.

—Nunca nadie me ha puesto tan caliente en tan poco tiempo. No necesitaba ni verlo, me bastaba con saber que lo vería.

Él abría la puerta desnudo, ella ya estaba a punto, y acto seguido rodaban por el piso, repasaban el *Kama sutra*, ahora hacían la postura de la balsa, ahora hacían la dama, ahora la araña, incluso la acrobática; sus gemidos se oían desde el entresuelo. Él le pidió que lo penetrara con un consolador dorado por el culo; ella obedeció mientras le hacía una mamada de rodillas. Eran exploradores y eran felices, y así podrían haber seguido eternamente; una relación esporádica, apasionada, fácil y exacta. Pero cometieron un error.

Una tarde, después de practicar la postura de las aspas del molino, decidieron ir a tomar una copa. Entonces se dieron cuenta de que no habían hablado nunca. Que, de hecho, no sabían nada el uno del otro. A Cati ya le parecía bien, pero Roger creyó que tenían que remediarlo y, sentados a la barra, empezó por una pregunta fácil: «¿Y a ti, qué tipo de música te gusta?». una pregunta fatal. Después de pensarlo unos segundos, Cati contestó: «No sé, Jimi Hendrix, Bob Marley, Jim Morrison, Nick Drake… solo me gustan los muertos». Roger reaccionó exclamando: «Camarero, una pistola por favor».

—Después de aquello no volví a verlo nunca más. «¿Camarero, una pistola?». ¿Se te ocurre una frase más estúpida? No puedo follar con un subnormal así. Qué gilipollas.

—¿Y por qué lo invitaste a tu despedida?

—Soy democrática, o todos o ninguno. Además, ya no me acordaba.

A medida que rememoraba por qué le repelía Roger, Cati iba sudando más y más. Antes de empezar a cenar, la noche de su despedida, había prometido que se daría a quien la quisiera. Unas horas más tarde, sabía que no podría cumplir la promesa.

Del barbudo —se le había venido a la cabeza de pronto—, no podía soportar su manía de morderla mientras la besaba. Sus besos

dolían, y además tenía una espacial devoción por chupar el dedo pulgar de Cati. Se lo chupaba fuerte, como si se lo tuviera que tragar, y ella a veces sufría por si se ahogaba. También sufría por si se lo arrebataba.

—De Xavi, simplemente, no me gustaba su forro polar.

Hago un esfuerzo por recordarlo, pero no puedo.

—¿Qué forro polar?

—¿Nunca te fijaste? Era un horror, no podía hacerlo con un hombre que va por la calle con un trasto de esos, con tiras reflectantes, es terrible.

No te fijas en los defectos de los otros hasta que no lo miras, y Cati es un poco miope. Yo también. Si al menos fuéramos capaces de enamorarnos, seríamos ciegas y no veríamos los defectos de nadie. Pero solo somos miopes, y cuando alguien se nos acerca, o nos acercamos a alguien más de la cuenta, lo vemos todo. Con demasiada claridad. Tan nítidamente que no podemos soportarlo. Y tenemos que apartar no solo la mirada, sino la vida entera.

Después de la cena de la despedida de soltera, Cati tenía cinco problemas: había cinco hombres en su sala que esperaban que los otros se fueran para poder abordarla.

Nadie daba el primer paso. Cati también quería que quedara solo uno, porque uno solo es más fácil de echar de casa.

—¿Y el de los dientes torcidos? —le pregunto por teléfono.

—¿Qué pasa con el de los dientes torcidos?

—Eso es lo que quiero saber, ¿qué le pasaba? ¿Qué tenía de malo?

—Coño, tú misma lo has dicho: los dientes torcidos.

A Cati, en su casa, se le habían acabado las ganas de jugar. Quizá le volverían en otro momento, pero entonces, rodeada de los hombres que habían sido sus hombres durante una temporada, estaba aburrida, cansada, asexual. Tenía mucho, mucho sueño, y empezó a bostezar. Ostentosamente.

Nadie quiso entender la indirecta. Ella se iba poniendo nerviosa, su cabeza iba tan rápido como podía, dadas las circunstancias. Y por fin tuvo una idea. Eran cerca de las cinco de la madrugada, y se excusó para ir al lavabo. De haber tenido un teléfono fijo, todo habría sido más fácil. Se habría llamado ella misma desde el móvil, y al descolgar habría dicho: «Hola, querido, ¿me echabas de menos?», fingiendo que al otro lado estaba su futuro marido. Pero no tenía un teléfono fijo.

—Así que llamé a mi Dioneu para que me llamara.

—¿Qué?

—Él también me ha llamado alguna vez a estas horas.

—Excusas.

—Me hace sufrir mucho; también tiene que servirme para algo, ¿no te parece?

—¿Y qué te dijo?

—Que ya era hora.

—Que ya era hora de qué.

—Que ya era hora de que lo llamara, que hacía muchos meses que esperaba mi llamada.

—Sí, hombre.

—Te lo juro.

—Pero, ¿no eran las cinco de la madrugada?

—Sí, y estaba tan despierto como si fueran las seis de la tarde.

«Espera», le murmulló Cati a su Dioneu, «es que me estoy quedando sin batería y tengo que cambiarlo; ¿me puedes llamar en tres minutos, por favor?». Entonces volvió a la sala, con el móvil bien cerca. Dioneu no llamó en tres minutos, ni en cuatro, ni en diez. Cati se iba poniendo más y más nerviosa. Era muy probable que no la llamara. A lo mejor había entendido que sería ella la que le llamaría, «¿puedo llamarte en tres minutos?». Pero no, ella sabía que él había entendido lo que ella le pedía. Y quizá, por venganza, él no le devolvería la llamada. El chico de los dientes torcidos, el gordo de la barba, el greñudo de las gafas, Xavi y Roger hacía rato que no hablaban. Estaban en el sofá esperando, simplemente, esperando a que los demás se fueran. Cati se revolvía en la silla, si Dioneu no llamaba, no solo le fallaba el plan para deshacerse de todos aquellos hombres aburridos que despertaban sus manías; si Dioneu no llamaba, Cati no lo podría soportar y se moriría de pena.

Por fin, sonó el teléfono.

Todo el mundo dio un bote.

«Mierda», exclamó Cati al mismo tiempo que fingía leer el nombre que sale en la pantalla del móvil, «es mi futuro marido».

Descolgó y susurró: «¿Cómo estás, querido mío, ¿me echabas de menos?». Se puso de pie y se fue a la otra punta del piso.

Cuando volvió a la sala, después de pasar una hora y media hablando con Dioneu, ya no quedaba nadie.

—Tenemos que hablar.

El mago tiene la cara compungida y contesto «de qué», y él dice «siéntate», y me siento.

Cruza las piernas, las descruza, tose, se acaricia la barbilla,

enviste:

—Esto no funciona.

Supongo que tendría que contestar algo, pero no sé qué. Aún resuena en mi cabeza la conversación que he tenido con Cati por teléfono hace un rato. Al final pasó la noche de San Juan con su querido Dioneu, y la noche más corta del año le pareció, efectivamente, demasiado corta. Digo:

—No sé qué decir.

Yo, la noche de San Juan, no salí, porque los petardos me dan miedo y el miedo vuelve largos los ratos más breves. La culpa es de la cámara lenta, porque el miedo siempre va a cámara lenta. Pero quizá los que me dan miedo no son los petardos en sí, sino los que tiran petardos; es como el que admite que no le asustan las sombras, sino los cuerpos que las proyecta. Cuando descubres que los monstruos no están debajo de la cama, sino encima del colchón, entonces es cuando te haces mayor.

—Entiéndeme —dice el mago—, no es nada personal, pero parece como si entre nosotros se hubiera acabado la…

—… ¿magia? —Miro nuestro reflejo en la pantalla oscura del televisor. Dos personas en un sofá. Cuando entras en una casa, y la gente se sienta, y el televisor está apagado, entiendes que está pasando algo gordo.

—Exacto —responde. Por otra parte, al menos el mago ha tenido la decencia de apagar el televisor para dejarme.

La noche de San Juan estuve colgada de internet. Chateaba con Neus, e inventaba historias que después le hacía escribir al señor Naftalí. Al señor Naftalí los petardos no lo asustan, porque se está quedando sordo, pero uno de los petardos le cayó encima del geranio, y cuando reventó hubo pétalos de geranio por todas partes.

Mientras yo le hacía escribir esta anécdota al señor Neftalí, en la ventanita del Messenger Neus me contaba que a Libby las cosas no le van bien con la chica que toca la batería, y que por eso intentó volver con ella. Pero a Neus las cosas sí le van muy bien, con Idoia, incluso tienen una canción, «su» canción, como los yanquis. Y primero cayó un par de veces en la tentación y se enrolló con ella a escondidas, pero después dio definitivamente calabazas a Libby. La canción de Neus e Idoia es *Bowl of Oranges*, de Bright Eyes.

Libby se enfadó, pensó que lo había perdido todo: la ex, la otra ex y el piso. También había perdido la oportunidad de tener a una de sus ex como amante secreta. Se sintió marginada. Había creado un mundo y el mundo se había independizado, crecía a su espalda.

No lo podía permitir. Tenía que demostrar (aún podía hacerlo) que tenía la sartén por el mango. Amenazaba con no concederle el divorcio a Neus.

El mago, la noche de San Juan, tuvo un bolo, y después salió de fiesta y volvió el día siguiente al mediodía, y se fue a dormir enseguida. Las noches siguientes a la de San Juan —noches no tan cortas ni tampoco tan largas— ha llegado siempre tarde, cuando yo ya dormía. Y ahora tiene ganas de contarme por qué.

—He conocido a otra persona.

Qué caradura. El tío se mete en mi casa, rocía mi vida perfectamente imperfecta de su presencia, lo atufa todo, y ahora conoce a otra.

—Ah, vaya.

—Al principio no le di importancia, pero desde entonces todo han sido señales. A los dos nos gustan las mismas cosas.

Uf, esto se pone romántico. Claudico:

—¿Como por ejemplo?

—Las películas de *El Padrino*, el chocolate negro, ver una puesta de sol dentro del mar, ir descalzos por el césped… ¡todo!

—Sí, qué coincidencias —hago como si me lo tomara en serio.

—Necesita alguien que la ayude, es una chica con muchos problemas, y ya sabes que yo tengo un cometido en esta vida.

Me parece que me he perdido.

—¿Un cometido?

—Sí, bueno… pensaba que ya te habrías dado cuenta, yo… lo cierto es que soy un ángel.

Espera, creo que me he tomado un tripi sin querer.

—¿Cómo? Qué quieres decir con un ángel.

—Cuando te vi allí, en el Luz de Gas, parecías tan perdida… creí que necesitarías que te guiara. Y la verdad es que aún no has recuperado completamente tus fuerzas, ni tu orientación, pero hay gente más necesitada que tú.

No, un momento, el que se ha tomado el tripi ha sido él, que sigue:

—Pero no llores, princesa, que tú sabes que te estaré vigilando. Aunque no esté contigo, siempre te llevaré en el corazón, y sabré si estás dolida o si eres feliz.

Necesito una cerveza y me pongo de pie de un brinco.

—¿Quieres tomar algo?

—No te pongas así —protesta.

—Así ¿cómo?

—A la defensiva.

—No estoy a la defensiva, pero… esta conversación es demasiado interesante como para no disfrutarla con un buen tercio.

Él oculta el rostro entre las manos y murmulla dramático:

—No seas cruel. Lo estoy haciendo tan bien como puedo para no hacerte daño.

El ruido de la lata al abrirse le obliga a levantar otra vez la vista. Vuelvo a su lado morbosamente interesada.

—Tienes que entenderlo, a ti ya no puedo ayudarte. Pero todo me conduce hacia ella. ¡Todo!

—Sí, ya me has dicho que os gustan las puestas de sol y comer chocolate. Creo que podéis ser muy felices.

—¡Si solo se tratara de eso! Pero ayer… ayer por la noche recibí una señal definitiva. Ayer decidí que debía tomar una decisión: o ella o tú. Y salí solo. La verdad es que me sentía un poco patético, de fiesta por Barcelona un lunes, pero necesitaba pensar. Y me metí en el Sidecar.

—¿Fuiste a la Plaza Real?

—Sí.

—Hace siglos que no salgo por allí; es un lugar que, efectivamente, se presta a la reflexión. ¿Había mucha gente?

—Ahí es adonde quiero llegar. Yo estaba allí, en la barra, tomando un RedBull con tequila, cuando de pronto… no sé si lo entenderás. Los que trabajamos con la magia somos conscientes de que cuando ocurre hay que empezar de nuevo, porque quiere decir que el caos entra en conjunción con el cosmos, y el mundo da una vuelta de 360 grados.

—O sea, que vuelve a su sitio.

—Exacto, pero en realidad es al revés porque ha dado la vuelta entera.

No me atrevo a hacer ningún comentario porque no era un genio en física, pero me parece que no entiendo nada.

—¿Y qué es lo que pasó para que tu mundo hiciera una *cucavela*?

—¿Una qué?

—Una voltereta. ¿Qué es lo que provocó el giro del mundo?

—Ah. De pronto, yo estaba allí, en la barra, y empiezo a mirar a la gente que baila. Y había una chica más bien bajita, muy rubia, una guiri. No me fijé demasiado en ella, hasta que… hasta que la reconocí.

Resuelvo:

—Era la tía de la que te has enamorado.

El mago escruta mis ojos y por un momento creo que me

mencionará a la Mega Maga o la Gran Bruja Cósmica, o el Adivinador Astral. Pero responde:

—No. No, no. Era Scarlett Johansson.

En la sala, de pronto, es hace un silencio muy denso. Diría que se hace un silencio solemne. Es como si los dos tuviéramos que contar hasta cien antes de recuperar la voz; quizá el mago ha hecho un hechizo. La primera que osa tomar la palabra soy yo:

—No creo que vieras a Scarlett Johansson.

—¡Te juro que era ella! ¡Era ella en persona! ¡Y bailaba! Y nadie le hacía puto caso.

—¿Y no has pensado que si nadie le hacía caso era porque probablemente te confundiste? Aún no se han estudiado los efectos del RedBull, y cabe la posibilidad de que sea un producto alucinógeno.

El mago levanta los brazos en un gesto de impaciencia, de desesperación, incluso.

—Te digo que era ella. ¿Por qué te cuesta tanto creerlo?

—Porque ya no creo en nada. De todas formas, ¿puedo preguntar qué tiene que ver Sacarlett Johansson en todo esto?

El mago se hunde en los cojines con aire derrotado, y sacude la cabeza mientras chasquea los labios:

—Sabía que no lo entenderías. ¿Qué te ha pasado, princesita mía? Antes nos movíamos en la misma longitud magnética.

Esta historia es demasiado rara como para me esté pasando a mí. Quizá yo no soy yo, o el mago no es el mago, y nos hemos quedado traspapelados.

—En tu puta vida me has llamado «princesita», y no tengo puta idea de qué quiere decir «longitud magnética», así que no jodas.

Él extiende una mano para acariciarme la mejilla y me dedica la mirada más condescendiente del mundo. Suspira interminable.

—¿Lo ves, ahora, como tengo que irme? Será mejor para los dos.

Entonces se levanta, coge la jaula con la rata blanca, coge una maleta de piel rígida, y promete que volverá a por sus cosas. Se despide con un alzamiento de cejas.

Juro que desaparece detrás de una nube de humo.

TODAS SOMOS INMACULADA

Es miércoles. Elba recoge sus cosas en silencio, como si fuera el personaje de una película norteamericana y feminista, se me ocurre *Armas de mujer*, o una de esas. No sé por qué lo pienso. Pienso en mujeres que recogen sus cosas en el trabajo —libros y bolígrafos, libretitas en las que apuntaban las declaraciones de las ruedas de prensa— y las meten en una caja de cartón; mujeres emprendedoras que se marchan. Seguro que a un lugar mejor, pero de momento hacia ninguna parte. Una caja de cartón con cuatro cosas, y nadie comenta nada. Solo la redactora jefa mira a Elba con pena (no parece una pena forzada), quizá un poco preocupada. Pero tranquila, le dice Elba por dentro, tranquila que a ti no te pasará. Eres de una época en la que los contratos eran fijos. Y si tuvieran que echarte, tu indemnización les costaría una pasta. Tranquila que no te echarán, piensa Elba con tanta intensidad que parece que lo haga en voz alta. La profesionalidad ya no se valora, y lo que manda es la explotación de recursos.

Los demás seguimos escribiendo en los ordenadores, como si a mi lado no estuviera pasando lo que pasa. Es un miércoles de julio, son las siete de la tarde, y el aire acondicionado nos hace estornudar. Todas (porque en la mesa de cultura todas somos mujeres) llevamos puestas chaquetas finas de algodón.

Los libros que no quiere Elba nos los ofrece primero a nosotras. Si no nos interesan, acabarán en el cementerio de libros, una mesa al fondo de la redacción en la que se apilan aquellos títulos que nunca incorporaríamos a las estanterías de nuestra casa. Le llamamos «el cementerio» porque nos parece que allí mueren las historias que llevan dentro, pero es mentira. Las suyas no son realmente historias enmudecidas; siempre hay alguien de publicidad, o de administración, incluso las mujeres de la limpieza, que acaba llevándose aquel libro que nosotras descartamos.

—¿No te parece que te han convertido en un libro del cementerio? —le pregunto a Elba, cuando ella viene de dejar unos cuantos que llevan la palabra «felicidad» impresa en la cubierta. Lo

he dicho con mala leche, pero no hacia ella. Sonríe:

—¿Y no te parece muy cruel la cantidad de libros que hemos dejado allí sin haberlos leído antes, solo porque la portada es horrorosa y el título es una horterada?

—Supongo que todo depende de si caes en buenas manos.

—El nombre del autor, la editorial, la promoción… eso es lo que te avala —suspira.

—Lo que no entiendo… —respondo—. Lo que no entiendo es que cuantos más años tiene un libro, más te gusta, menos puedes deshacerte de él. Y tú llevas siete años aquí.

El resto de la sección de cultura nos mira con ojos como platos.

—Créeme que, yéndome, les quito un peso de encima —dice Elba haciendo un gesto hacia el despacho del director.

—¿Un peso grande?

—Enorme.

—Pues eso quiere decir que eres la puta Biblia.

Nos reímos y convenimos que, algún día, el director se dará cuenta de su sacrilegio. Las otras chicas de cultura hacen como que no nos oyen, absorbidas por sus pantallas de ordenador; confunden la osadía con la temeridad. En realidad, Elba, ahora, aquí, no tiene nada que perder.

Bueno, ya está. La caja está llena. Elba también carga con un par de bolsas llenas de libretas. La jefa de cultura se ha puesto de pie y las demás la hemos imitado. Besamos a Elba por turnos, la abrazamos, y me siento hipócrita. Evidentemente le estamos preparando una fiesta sorpresa. Pero la manera de actuar ahora, la manera en que nos tomamos esta situación, fingiendo que es inevitable… ¿realmente lo es? En unos meses, si no lo avanzo, estaré en su situación. Y las otras, a las que aún no les ha caducado el contrato bianual, me besarán y me dirán que me echarán de menos. Y eso habrá sido todo. Alguna quizá pensará que ella es la siguiente. Y prolongaremos un sistema que beneficia a los de siempre. La besamos y me siento como una mujer con el pelo decolorado, la dentadura agujereada y las mejillas rojas. Quizá hemos leído a Chejov, pero nos vendemos por cuatro euros.

Me ofrezco a acompañarla al ascensor, y después también a la calle. Comenta que no echará de menos toda esta mierda. Abajo, la ciudad corre. Hay un hombre que viene de follar con una mujer que no es la suya, y dos magrebíes a los que todo el mundo mira descaradamente cada vez que van al metro; hay una chica preocupada por el Alzheimer de su padre, y un padre preocupado por las drogas que, sospecha, toma su hija; hay una australiana que

aún no se ha dado cuenta de que le han robado la cartera, y también hay un ladrón de emociones que se peina hacia atrás; cuerpos, en fin, que van de izquierda a derecha, y entran en las tiendas, cruzan por los semáforos y se detienen delante del quiosco para comprar el último periódico que lleva estampada en un artículo la firma de Elba.

—Si Barcelona fuera un cuerpo, supongo que esto sería su corazón —suspiro casi sin darme cuenta.

—¿Corazón? Esta ciudad no tiene corazón —exclama Elba haciendo un gesto de impaciencia—. Esto es un marcapasos cortocircuitado.

Después sonríe, y dice «bueno», y yo también sonrío y también digo «bueno». Y antes de irse, añade:

—Si alguien pregunta, di que estoy de puta madre.

Se me ocurre una respuesta mejor.

—Diré que eres demasiado feliz como para que puedan pintarte.

PETER Y LOS NIÑOS PERDIDOS

Desamueblarán mi piso, pero no desamueblarán mi corazón, pienso dramática mientras el mago baja sus estanterías de Ikea con la ayuda de un amigo suyo que solo he visto dos veces.

Llamé al administrador. Le dije: «Ni 600 ni 650, ya me buscaré la vida, gracias». El hombre no lo entendía: «No encontrarás nada mejor, es una oportunidad única, todos los pisos están por las nubes». Es cierto. Seguramente no encontraré nada mejor, pero solo sé tomar decisiones de una manera: precipitándome. Para que sean las circunstancias las auténticas responsables de lo que me pase. Para que sea el azar el que me guíe. Para que no tenga que arrepentirme de los errores. Es una manera de entretenerse por el camino y de no avanzar. Pero también es una manera de disfrutar del paseo al margen, sin una dirección fija. «Estás loca», insistía el administrador de fincas, como si fuéramos colegas de verdad y no se limitara a imitar a los locutores de radio que se hacen pasar por tus colegas.

He saltado. No lo he hecho hacia arriba, como me habría gustado hacerlo. He saltado y aún estoy en el aire; no sé dónde caeré ni si me haré daño, ni si alguien me cogerá en el último momento o me estamparé contra el suelo y me daré la hostia del siglo. Pero he saltado, ya está. Quizá no tengo edad para estas cosas. Quizá ya soy demasiado mayor para jugar a las aventuras. Quizá soy demasiado joven para tener la crisis de los cuarenta, si es que esto es una crisis, que no lo sé. Quizá estaré en crisis para siempre. Quizá, cuando no tengo una crisis no me encuentro bien. «Estás loca», repetía el administrador de fincas, incapaz de creer lo que acababa de decirle. Quizá lo estoy. Sin piso y sin trabajo en un abrir y cerrar de ojos. Qué será de mí después del verano.

Qué será de mí dentro de cinco minutos, cuando alguien llame al portero automático, y estén Andreu y la Bruja, que vienen a hacerme una visita sorpresa mientras el mago y su amigo bajan entre los dos la bicicleta estática por la escalera.

Han pasado los cinco minutos, y Andreu y la Bruja llaman al

portero automático, saludan, y bajo para ir a tomar algo con ellos. «Algo» es un eufemismo de cerveza, y cuando llego a mitad de la escalera ayudo al mago y su amigo a cargar la bicicleta. No cabemos, pero da igual; la cortesía es la última cosa que debe perderse. Sobre todo cuando, dentro de un mes, la que tendrá que bajar sus muebles seré yo, y necesitaré manos mágicas.

Al llegar a la calle, tropezando y resoplando con la bicicleta estática, Andreu y la Bruja ponen una cara rara (sobre todo la Bruja, pero porque es la suya). No preguntan, y los llevo a la plaza Masadas, que está al doblar la esquina.

La plaza Masadas es una de las plazas más guapas de Barcelona, junto con Sant Felip Neri y alguna otra que aún no he visto. Un bestia le arrancó un trozo, y parece que le hayan mordido. Algunas puertas que se asoman a los balcones están tapiadas, y otras están chapadas por la mitad, como si, en un repartimiento salomónico, hubieran optado por dividir los pisos en línea recta, y no redistribuyendo las habitaciones. Hay fachadas restauradas y otras que te hacen sufrir, sobre todo porque se sostienen sobre unas arcadas, y bajo las arcadas hay flores de floristería, las baratijas de una tienda que huele a incienso, y las terrazas de los bares. Acaban de abrir el tercero. Antes estaba «el bar de siempre» y el «otro», que ahora se ha convertido en «el bar de los chinos», porque lo llevan unos chinos. Es adonde vamos, de hecho.

Los niños juegan al fútbol delante de la fuente. Hay perros que ladran atados a las mesas de las terrazas, y nos atiende un chino que no entiende nuestro pedido. Le tenemos que repetir todo tres veces, haciendo gestos de llevarnos un vaso a la boca, como si no fuera evidente que te sientas a una mesa de un bar para beber. Por fin, parece que nos hemos puesto de acuerdo y se retira inclinando la cabeza unas trescientas veces.

La Bruja lee la carta de platos y tapas atentamente, o mejor dicho impulsivamente, como si no pudiera permitirse el error de saltarse la palabra «croquetas» o la palabra «albóndigas». Lee y relee, y no porque tenga intención de comer nada, sino porque ella es así, medio autista. En una ocasión, en casa de Andreu, estuvo una tarde entera repasando una guía de teléfonos gruesa, apellido tras apellido, página tras página. Supongo que en esa actitud debe de encontrar la excusa para no tener que hablar con los que la rodean. Me pareció que al leer tantos apellidos, llegó a la letra C, a la altura de Carrión. A Andreu ya le parece bien alguien como ella, porque Andreu, a diferencia de la Bruja, es incapaz de callar.

Ahora nos cuenta (o tal vez me lo cuenta solo a mí) que ha

rechazado la oferta del Ayuntamiento de Palma. No lo veía claro; le han aceptado el proyecto, estaba muy bien pagado. Pero tenía que trabajar con un equipo de personas desconocidas, y no se fía.

No me lo puedo creer, y me siento igual que el administrador de fincas cuando me sorprendo gritando:

—¿Estás loco o qué coño te pasa?

Ni la Bruja ni Andreu se inmutan, y él responde tranquilamente que, o hace las cosas como sabe hacerlas con quien sabe hacerlas, o no las hace.

—Pero si no tienes ni un puto duro: es la mejor oferta que podías esperar. ¡Imagínate las puertas que te abrirá eso!

Que no. Que si no puede darlo todo, él pasa. Y con una panda de desconocidos sin duda ineptos, no podrá darlo todo; que los profesionales mallorquines son purria, no tienen puta idea de nada. Y solo faltaría que, precisamente teniendo un cargo de responsabilidad con dinero público, el proyecto no saliera bien.

—Imagina cómo quedará después mi imagen. No puedo cagarla. Si no me dejan aplicar la terapia estratégica breve como debe aplicarse, no vale la pena. Y es imposible que me fíe del equipo que me han puesto. Ellos no saben ni en qué consiste la sistémica; allí ni siquiera existe, y perdería mucho tiempo y energía intentando explicar cómo deben hacerse las cosas. Para funcionar como es debido, tendría que llevar mi propio equipo desde aquí, y es evidente que no tengo presupuesto para eso. No puedo arriesgarme.

El chino vuelve con tres cervezas y me enciendo un cigarro que ya no es el penúltimo. Tampoco el último. Seré fumadora como mi abuela y viviré 120 años. De momento ella va por los 87 y su vida parece perfecta. Quiero seguir sus pasos, pese a que para eso tenga que aprender a cocinar *tumbet* y vivir en medio del campo y tener un perro de ganado que se llame Bogart.

—Lo enfocas mal —le digo a Andreu. La Bruja mira el vaso de cerveza a través, como si tuviera que descubrir algo en su reflejo, quizá un veneno—. ¿Quién dijo que el gran mal de nuestros días es el miedo? Tú. ¿Te acuerdas?

—Coño, afortunadamente. Si no fuera por el puto miedo, ya no tendría trabajo —se ríe.

—Pues, mira, me parece que tu reacción es de estar acojonado. Este proyecto te salvaría el culo, te daría fama y prestigio. En Mallorca no hay nadie tan preparado como tú, me lo repites todo el tiempo.

—Pero tengo que trabajar con profesionales.

—¡Ni siquiera los conoces!

—No quiero conocerlos. Me harían perder el tiempo.

—¡Andreu! ¡Todos trabajamos rodeados de subnormales incapaces! ¡Todos tenemos techos de cristal que nos impiden ir más allá! Esta sociedad venera la mediocridad por encima de la profesionalidad porque la mediocridad es más fácil de dominar. La mediocridad no da miedo. Aprovéchate de tu situación, y una vez dentro, cambia las cosas. Pero no rechaces una oportunidad así antes incluso de aceptarla. Hostia-puta, lo tuyo es como quien está a punto de hacer un ocho mil y, al ver la cima, da media vuelta.

—¿Un ocho mil?

—Ya me entiendes, una montaña de esas.

La Bruja se saca una piedra del bolsillo y se hace un porro. Andreu arranca la etiqueta del tercio con la uña. Yo me trago el humo hasta lo más hondo de los pulmones, rabiosa. ¿Quién nos educó en la perfección? ¿Qué es lo que nos ha hecho tan estúpidamente exigentes? ¿Por qué claudicamos antes de haber tenido la oportunidad real de claudicar? ¿De dónde viene este terror injustificado?

Quizá estamos sin hablar cinco minutos, seis. No tengo derecho a enfadarme con Andreu: ha tomado una decisión y él sabrá por qué la ha tomado. Si se ve capaz de sobrevivir con sus consultas esporádicas aquí y allá, perfecto. Tal vez se hará un nombre, en unos años, y se sentirá orgulloso de haberlo conseguido luchando a solas, sin subvenciones ni lo que interpreta como una «bajada de pantalones». Pero ahora no puedo pensar en eso. Ahora solo puedo pensar que es un cobarde que rechaza un trabajo importante porque la sola idea de fallar lo paraliza. También pienso en aquella frase que Lluís me dijo en la calle de la Marina, después de la cena en casa de Cati, delante de un árbol que tenía ropa colgada en las ramas: «solo sientes que has conseguido algo cuando lo rechazas». Como si, con cada rechazo, quedara registrada la opción a la que dijimos que no. Así siempre podremos consolarnos con la idea de que éramos buenos, la gente sabía que éramos buenos, nos buscaban, nos hicieron ofertas interesantes. Pero las rechazamos (fuimos nosotros los que las rechazamos) porque nos parecía que no estaban a nuestra altura. Así, en esta colección de noes, creamos un universo ficticio a nuestro alrededor que siempre podrá salvarnos. También ficticiamente, sin duda. Y qué salvación no es inventada. Somos unos tramposos.

Creo que es lo que pienso durante los cinco o seis minutos en los que no decimos nada. Somos unos tramposos, unos tramposos.

Cuando, de pronto, el mago y su amigo al que solo he visto dos veces en mi vida llegan sudados y sin aliento. Los acompaña un chaval delgado de pantalones caídos y camiseta estrecha. Debe de tener unos veinte años, como mucho, y lleva una especie de cresta en la cabeza, una cresta corta pelirroja. Lleva un *piercing* en la ceja derecha y tiene unos ojos muy azules, pecas en la cara.

—Ha llamado a la puerta preguntando por ti —aclara el mago, señalándolo con un gesto brusco de cabeza. Y después coge una silla metálica de la mesa de al lado y se sienta con nosotros. Andreu y la Bruja lo miran un poco alertados. Entonces recuerdo que nunca les he hablado de su existencia, y que la última vez que lo han visto ha sido hace un rato, mientras cargaba una bicicleta estática por la escalera.

Andreu y la Bruja no saben nada de mi vida.

Antes de coger él también una silla y de sentarse con nosotros, el chico de la cresta pelirroja y el *piercing* hace un gesto y sonríe. Tiene una sonrisa como de gato de Cheshire, y al dibujarlo se le forman dos agujeros en las mejillas. Dice:

—*Hi, I'm* Peter.

El corazón se vuelca dentro de mi corazón como vuelco yo la cerveza sobre la mesa. Y tenemos que pedir otra.

Había una vez un niño que quería hacerse mayor. Vivía en el País de Nunca Jamás, rodeado de niños perdidos que no sabían muy bien qué querían y que, por tanto, no sabían muy bien hacia dónde ir. El niño que quería hacerse mayor sí que lo sabía. Y quizá por esa capacidad de decisión, tan poco habitual, los demás niños lo convirtieron en su líder. Así es como el niño que quería hacerse mayor pasó a dirigir una comunidad que se resistía a crecer. Y que defendía, paradojalmente, todo lo contrario de aquello a lo que él aspiraba.

Inmerso en esta contradicción, cada vez que el niño que quería crecer se acordaba de lo que realmente deseaba, salía volando. Era su manera de tomar aire y de ver las cosas con perspectiva. Desde arriba, todo le resultaba más pequeño, más asequible; tenía una panorámica global del lugar en el que vivía cuando tenía los pies en tierra. Cada vez que se ahogaba, el niño que quería crecer alzaba el vuelo y descubría mundo. De ese modo conoció Londres, hace muchos y muchos años. Y allí se quedó. Hasta que probablemente olvidó quién era y por qué estaba luchando.

Un niño que quiere hacerse mayor suele hacer cosas de niño. De modo que, siempre que algo lo asustaba, primero cerraba los ojos

muy fuerte, muy fuerte, después se escondía debajo de la cama y finalmente huía. Así es como escapó unos días de Londres y así es como llegó a Barcelona.

Llegó acompañado de otros niños perdidos a los que él hacía de líder involuntario. Cuando estás perdido, cualquier destino es válido, y aquella noche el destino fue el Almirall. Justo al entrar en el bar, el niño que quería hacerse mayor vio a una mujer que leía. ¿Qué leía? Al verla, le recordó a otra mujer que le contaba cuentos, años atrás, y de la que se enamoró. Quizá, si lo pensaba bien, fue aquella mujer que le contaba cuentos la que provocó que quisiera crecer, después de todo. Ella fue la causante de que sintiera que no estaba tan perdido como creía, que no era tan pequeño; ella lo estimuló para que se diera cuenta de que su vida tenía no solo un sentido, sino también un destino. Lo sacó de aquel paso absurdo que hacía al margen del camino, entretenido, pero sin avanzar.

Cuando vio a aquella mujer que leía en el Almirall, el niño que no quería crecer se acordó de la otra mujer, una londinense a quien, por culpa del tiempo, le perdió la pista. Pero sobre todo, al ver a la mujer que leía en el Almirall, lo que recordó es cómo se sentía cuando visitaba a aquella otra mujer londinense. Se sentía él. Y él era una persona mayor, pese a que a su alrededor todo el mundo se resistiera a crecer. El niño quería ser una persona mayor, porque lo que sentía era tan inmenso que no cabía en las manos de un niño pequeño. Y fuera lo que fuera lo que sentía, no quería perderlo.

Por eso, al ver a la mujer que leía en el Almirall, al recordar a aquella otra mujer londinense que le contaba historias, el niño que quería hacerse mayor recordó quién era. Y actuó en consecuencia.

Aquella noche hizo, primero en la escalera de ella y después en su cama, aquello que se supone que hacen las personas mayores. Sin protección, es cierto. Él no tenía miedo ni, por tanto, nada de lo que debía protegerse. Y sí, se corrió dentro. Una, dos, tres, no recuerda ya cuántas veces. La mujer lo volvía hombre, y él quería ser un hombre. Quería dejar de ser un niño.

Pero el mundo en el que vive Peter está lleno de niños perdidos. También de niñas. Criaturas que ya están bien como están. Personas que juegan a ser mayores. Que solo juegan. Él no solo jugaba. Quería demostrar que había crecido. Se quiso casar.

En realidad, Peter no estaba enamorado de aquella mujer que se llamaba Anna, sino de la vida que podrían compartir. Estaba enamorado de su propia interpretación como persona; de su propia representación. Si se casaba con Anna, por fin dejarían de tratarlo como al líder de los niños perdidos. Por fin llegaría al destino que

siempre había perseguido. Por eso, una vez en Londres, escribió aquella carta. «*Dear* Anna», empezaba. Y podría haberla acabado con un «sálvame».

Ella no lo salvó. Él nunca recibió una respuesta por su parte. La carta que él escribió se perdió primero en las páginas de una agenda, y después en el fondo de un bolso verde con hebilla naranja, y más tarde en mis manos. Aquella carta se podría haber perdido para siempre y, con ella, también se habría perdido esta historia. Anna no salvó a ningún niño que quería crecer.

Quizá yo tampoco he podido salvarlo, pese a que hice un intento por e-mail. «*Dear* Peter», escribí al acabar una noche que no llegó a ser del todo triste mientras sonaba un disco que sí lo era. Después fue cuestión de buscar mi nombre en Google y también en las Páginas Blancas. *Catch me*. Me ha localizado. Ha ahorrado para comprar un billete de EasyJet. Ahora le toca a él conocer la otra parte de la historia. De su propia historia. La que él se ha perdido, como otras se pierden, voluntariamente, su futuro de adultos.

Andreu no entiende nada. No es que no sepa inglés. Sabe tanto como cualquiera de nosotros; cuatro frases que nos permiten preguntarle a un norteamericano delante de la Sagrada Familia: «*Can you help me, please? Can you read this for me*?». Pero una cosa es captar palabras, una aquí, otra allí, como se captan fragmentos de conversaciones cercanas en las terrazas de los bares. Y otra es entender las ideas que mueven las personas que mueven el mundo.

A veces, imagino a la gente que camina haciendo rodar la tierra bajo sus pies, como hacía la rata blanca del mago dentro de la jaula: la rueda se movía por el impulso de sus patas atrofiadas. Hay gente que camina y gente que se deja llevar; por el transporte público o por el transporte privado, por los convencionalismos o por la multitud del día de Sant Jordi o de unos grandes almacenes, gente que se deja arrastrar por un sábado por la tarde en el Paseo de Gracia. Casi siempre hacia delante, eso es cierto. Quizá la gente que camina no avanza, como tampoco lo hace la rata blanca encima de la rueda dentro de la jaula. Quizá la gente que camina va sola. Pero sigo imaginando cómo el mundo rueda bajo sus pies, igual que una pelota debajo de los pies de un payaso equilibrista.

Andreu no entiende nada, no porque no entienda inglés, lengua que domina tanto como cualquiera de nosotros. Andreu no entiende nada porque no sabe quiénes son estos dos chicos sudados que se han sentado con nosotros y que ha visto en la puerta de mi casa con una bicicleta estática. Tampoco sabe quién es este pelirrojo que

habla de mujeres que cuentan historias y leen, y de las que él se enamora y con las que se quiere casar para conseguir crecer. Ignoro si la Bruja entiende o no algo, pero en cualquier caso hace como que no le importa. Andreu escucha con atención, y también lo hace el mago y su amigo. Todos escuchamos a Peter menos la Bruja, que fuma porros y piensa que somos idiotas.

Minutos antes de que yo cumpliera treinta años, una desconocida nos pidió que le guardáramos el bolso. Andreu no sabe qué ha pasado desde entonces. Y cabe la posibilidad de que, desde entonces, haya pasado todo.

O casi todo. Las botellas de cerveza se acumulan encima de la mesa, como una colección de anécdotas vaciadas a tragos; ahora forman parte de nuestro organismo. Se ha hecho de noche; se han encendido las farolas y la fuente ya no funciona. En la plaza no quedan ni perros ni niños. El mago ha olvidado qué estaba haciendo antes de sentarse aquí, y sé que la próxima vez que vea a su amigo no me parecerá solo la tercera. La Bruja nos ha permitido darle alguna calada a alguno de sus porros, Andreu va tan pedo que no puede articular palabra, y ahora, la que habla, aunque parezca imposible, es ella. La putada es que cuenta cosas interesantes, me parece, y hasta tengo la impresión de que me cae bien. Debe de ser porque yo también voy un poco pedo.

No quiero que Peter se vaya volando. No aún.

La conversación lleva el ritmo tranquilo de la felicidad, en realidad tan efímero; iba a pensar en algo como «*allegro ma non troppo*»; iba a preguntarme si esta es una comparación acertada, si describe exactamente lo que siento ahora, justo en este momento; iba a preguntarle mentalmente a Lluís, de un modo discreto, disimulado incluso para mí misma, una especie de telepatía inventada, casi involuntaria… cuando Lluís aparece por la esquina que da a la plaza desde mi calle. Lluís. Me cuesta procesar la información. ¿Qué hace Lluís aquí?

Entonces ya no es solo Andreu el que no entiende nada. Y al ver a Lluís con un vinilo bajo el brazo, al escucharlo decir: «Llevo un rato llamando a la puerta de tu casa, hasta que ha salido la vecina del entresuelo, una mujer mayor que me ha dicho que creía que estarías aquí y que me ha pedido que te diga que los limones han crecido mucho», el mago se pone tenso, se le afilan las facciones. De pronto entiendo por qué está aquí, aún, el mago. Él, precisamente, no quiere entender. Actúa como los ex de Cati que, después de la cena de la despedida de soltera, se hacían los ingenuos porque creía

que alargando la estada en su casa acabarían acostándose con ella. Con la llegada de Peter, tan extraña, el mago ha visto la ocasión de pasar un rato más conmigo; quizá, si nos emborrachamos juntos, repetiremos lo que hicimos las dos primeras veces que me vio borracha.

La llegada de Lluís, en cambio, descoloca al mago. Son las diez pasadas. Nadie hace una visita nocturna si no tiene intención de dormir (o mejor dicho: de no dormir) en la casa que visita. Esta hijadelagranputa no ha tardado ni cinco días en llenar el agujero que he dejado en el colchón, piensa.

Peter, la Bruja y el amigo del mago tampoco entienden nada, pero les da igual; Andreu ha llegado a un estado de flipe constante, y está tan interesado en lo que está a punto de pasar que solo observa. Yo me he puesto de pie, beso a Lluís en las mejillas. Él tampoco entiende nada. ¿Quién es toda esta gente que se sienta en una terraza de la Sagrera, en el culo de Barcelona, o en su dedo del pie, una noche de sábado?

Se excusa, dice que no tiene mi número de teléfono. Se desdice, podría haber llamado a Cati para pedírselo, «no es eso, quería darte una sorpresa». Me acerca el vinilo, está incómodo, es el disco de Leonard Cohen con los mariachis. Dice:

—He ganado la apuesta. —¿Qué apuesta?, le contestaría yo. No nos apostamos nada, simplemente no te creí. En cambio, respondo:

—¿Y qué nos apostamos? —Notamos la mirada punzante del mago en la nuca, Lluís sonríe como un estúpido y se encoge de hombros. Qué imbécil, se dice a sí mismo. «Qué puto imbécil por creer que me abriría la puerta y ya está», seguro que piensa. «Por creer que me esperaría una noche de sábado. Por creer, simplemente, que me esperaría».

—No lo sé, pero he ganado —vacila.

No estaría tan seguro, replicaría. Pero no digo nada.

Lluís fuerza una sonrisa, y mira a la gente de la mesa sin verlos, me mira. Recuerdo a su novia, Daniela, sus ataques histéricos, aquel miedo tan fundamentado con el que ella ha elegido convivir. Recuerdo el beso en la boca de Daniela, un beso que era pura admiración y pura rabia, como si, besándome, pudiera quedarse con una parte de mi alma, convertirse un poco en mí. Al menos convertirse en la parte de mí que Lluís quiere. Que no quiere, en realidad. De la que está enamorado porque sabe que no puede tenerla.

—Bueno… —dice Lluís enarcando las cejas.

—Gracias —respondo mientras agito el disco. Y antes de que dé

media vuelta, añado: —¿Sabes qué? Creo que estoy a punto de irme.

—¿Dónde?

Ahora la que se encoge de hombros soy yo:

—Aún no lo he decidido.

—Eso me deja más tranquilo.

CUARTA HISTORIA CON SOPHIE

Esto es un secreto y no tendría que contarlo. A veces, cuando Sophie va mal de pasta, nos prostituimos un poco. Es decir: durante unos minutos, vendemos nuestra dignidad por un poco de alcohol. Suele ser sobre las once de la noche, quizá antes; cuando nos damos cuenta de que no tenemos demasiado dinero y tenemos ganas de alargar la velada. Hemos cenado unos bocadillos, nos hemos tomado unas cuantas cañas, y no queremos volver a casa. No todavía. Entonces es cuando vamos al hotel Casa Fuster. En el bar, a aquellas horas, hay hombres ricos y solos que nos invitarán a un par de copas a cambio de que les demos conversación.

Ella entra delante de mí, observa fugazmente, hay dos que se levantan para irse. «¿Podemos sentarnos con vosotros?». Dudan, se sienten asediados. Les pregunto de dónde vienen, dicen que de Canarias, que mañana tienen un vuelo muy temprano. No me interesan y me voy a mear. Cuando vuelvo, Sophie se ha sentado con otros dos, un inglés y un francés que nos miran con ojos como platos. Ha pedido dos copas de vino. Ahora la que se va a mear es ella. Los hombres no saben qué decir. Están cortados. Sé que han interpretado que somos putas, pese a que vamos vestidas con deportivas, camiseta y tejanos. Ellos también van vestidos deportivos y, bajo el cuello de la camisa, se les ve una cadenita de oro que parece la misma en los dos. No puedo con las cadenitas de oro, me echan para atrás, pero procuro ser simpática. Chapurreo una mezcla de francés e inglés para preguntarles qué hacen en Barcelona, qué les ha traído por aquí, hasta cuándo se quedarán. Intento ser cordial. Se ríen, pero no quieren contestar. Maldita Sophie de los cojones, no sé actuar en estas situaciones. Como si hubiera escuchado mis pensamientos, aparece tan natural como siempre, y hace las mismas preguntas que yo. Siguen sin responder.

Entonces, el francés quiere saber a qué nos dedicamos nosotras. Lo hace con mucha, mucha, mucha delicadeza.

—*On est journalistes* —digo. Y los dos dejan de aguantar la respiración, como han hecho desde que nos hemos sentado con

ellos.

—Antes os hemos visto con otros dos hombres —intenta el inglés, que desconfía.

—Oh, eran muy desagradables, nos han puesto en una situación muy incómoda, por eso nos hemos sentado aquí. Gracias por habernos salvado. Menos mal que estabais, si no no sé qué habríamos hecho —cuenta rápidamente Sophie.

Ahogo una carcajada en la copa.

Cada vez más confiados, ellos hablan de Londres y de un pueblo de Normandía, de un viaje que uno de los dos hizo a Argentina. El francés dice que el sexo es para tener hijos, y le seguimos la broma, divertidas. Los llevamos a otro bar más normal. Ellos pagan, y hablan, y cantan canciones de The Smiths, incluso bailan al lado de la mesa de billar. Practico inglés con el inglés y francés con el francés, y nos invitan al día siguiente a que juguemos con ellos al golf por la mañana. Rechazamos. Confiesan que habían llegado a creer que éramos putas. «En cierto modo, lo somos», pienso yo. Somos igual que aquella, Inmaculada, que leía literatura rusa.

A las tres, se despiden y se van. No han querido dar ni una pista de su profesión. Primero han dicho que eran pilotos, después han dicho que no. Hemos supuesto que eran proxenetas, espías, apostadores. Han asegurado que lo que hacen es legal.

Al día siguiente, busco el nombre del hombre inglés en Google. Lo vi escrito en la factura del hotel cuando pagaban las copas. Encuentro una única entrada y me ahogo de la impresión. Llamo a Sophie inmediatamente.

—Es muy fuerte, tía, ahora lo entiendo todo.

Sophie no sabe de qué le hablo.

—Los de ayer, los *freakies* aquellos, ya sé a qué se dedican.

Ella no me escucha demasiado. Tiene una cosa importante que contarme.

—He hecho un Google y ¡los he encontrado! —sigo, impacientándome—. Salen en una especie de congregación religiosa, los Nuevos Santos de Jesús, o algo así. ¡Eran predicadores! Por eso llevaban la misma cadenita de oro colgada en el cuello. Por eso el francés decía que el sexo es para tener hijos. ¡No era una broma!

—A mí me preguntaron si creía en Dios. ¡Y creo en él! —grita Sophie.

—Lo que no sabía es que los predicadores pueden cantar canciones de los Smiths. ¿Seguro que tienen permiso para escuchar ese tipo de música?

—¡No me haces caso! ¡Te digo que creo en Dios!

—¿Y a mí qué me importa?

Esta mañana, Sophie ha recibido una carta urgente. Era una carta manuscrita, cerrada con un lacre. La ha abierto. La escribía el director de cine.

—¿Ves como mi intuición no me falla nunca? ¡Sabía que me quería!

¿Cuánto hace, del día que nos conocimos en aquel bar y ella lo llevó a la fiesta del CCCB? ¿Cómo ha sabido su dirección? No se han vuelto a ver desde entonces, y han pasado meses. No han hablado nunca desde aquella noche.

—Me invita a cenar hoy mismo. ¡Me habla de usted! ¡Estoy enamorada!

—También lleva una cadenita de oro en el cuello, que me fijé —digo con cierto disgusto.

—¡Me da igual! ¡Le quiero! ¡Me encanta ese hombre!

Y cuelga antes incluso de despedirse, porque aún tiene que decidir qué ropa ponerse.

SEPTIEMBRE

Un retrato inmenso de Gemma preside la exposición. Está al fondo de la Iguapop, y se puede ver desde la calle, a través de la puerta de cristal. En el cuadro solo está su rostro; es el rostro de una mujer mayor, con una serenidad impropia de la chica que lloraba sentada en la taza del váter, la noche que inauguraba su piso, e intentaba aceptar un embarazo imprevisto. La serenidad de Gemma, en ese dibujo, es la serenidad de una madre. Es la serenidad de alguien que se adentra en el futuro y gana la partida.

—¿Te gusta? —Blai se acerca por detrás y me ofrece una copa de cava.

—Es muy guapo —digo para que se note que no tengo ni puta idea de arte. Y también: —¿De dónde has sacado el tiempo para pintarlo?

A finales de julio empieza la temporada de almendras, y Blai tiene que levantarse a las cinco de la mañana cada día, trabaja hasta que el sol se pone, así durante tres o cuatro meses. Solo libra los sábados por la tarde y los domingos. La temporada, este año, ha sido corta y mala. Las almendras han sido escasas, pequeñas y caras.

—Lo pinté en una tarde. Gemma y Nil vinieron a casa para decirme que me hacían tío, y mira.

Me asaltan los celos. A mí no consiguió captarme ni en tres sesiones.

—No sé si quiero saberlo.

—Creo que lo he conseguido, ¿no te parece? He capturado el tiempo. El arte consiste en eso.

Miramos el cuadro en silencio un rato. Es un buen cuadro. En los ojos, Gemma, serena, tiene la chispa de la ilusión; también hay una especie de cansancio sabio. Solo es un rostro, un rostro envejecido, como pinta Blai a todos sus modelos, pero creo que cualquiera podría adivinar que es el rostro de una embarazada.

—Es precioso —repito lánguidamente. Y al momento: —

Demuestra que tú también piensas que las mujeres solo se sienten completas cuando procrean. Como si esa fuera nuestra única función. Solo te inspiran las preñadas, así que lo llevo claro.

Blai se ríe y responde que ya se imaginaba que me pondría así, «tú, la mujer inalcanzable», exclama. A nuestro alrededor están los personajes de otros retratos, imágenes en negativo de lo que permanece colgado en las paredes. Se mueven con copas de cava en la mano, aún jóvenes y no como su representación; se acercan a Blai y le dan la enhorabuena.

—No te preocupes, que te pintaré antes de que acabe el año —me susurra antes de saludarlos. Yo me quedo a su lado, un poco descolocada, como lo que en realidad soy: el cuadro que no pudo ser. Últimamente estoy un poco dramática.

Entonces llega Cati, arrastrada como siempre por un remolino:

—¡Bua, qué pasada! ¡Me encanta, me encanta y me encanta! —grita mientras pasa por delante de las pinturas sin detenerse. —¡Querido mío, eres un genio!

Y abraza a Blai y lo besa muy fuerte en la mejilla, haciendo el ruido de las abuelas cuando besan, muamuamuá.

Él le regaló uno de los retratos que le hizo el año pasado o el otro. Ella lo colgó en su casa, orgullosa y feliz. Lo colgó en el comedor, cerca de la ventana, para poder contemplarlo con luz natural. Lo colgó allí para que fuera la primera cosa que viera al salir de la habitación por las mañanas, la primera cosa que viera al entrar en el piso. Pero a los días se lo devolvió. «Esta mujer está atormentada», alegó, «no puedo sostenerle la miraba, me recuerda a una Cati que ya no soy».

Mientras ellos hablan, me acerco al retrato que Cati devolvió a su autor, y busco aquel tormento dentro de sus ojos; no lo encuentro. Solo la veo a ella, o a alguien muy parecido a ella. Quizá lo que le resulta insoportable es estar delante de alguien que no es ella, pero que se le parece.

Nil se pone a mi lado. No lo había vuelto a ver desde la fiesta de su piso. Diría que ha adelgazado y tiene cara de cansado. Por otra parte, no me extraña.

—¿Cómo lo llevas?

—Acabo de darme cuenta de que hace dos meses que me pongo reafirmante de pechos en el pelo, pero aparte de eso, bien —responde.

—¿Qué?

—Pues que lo que yo creía que era suavizante para el pelo, en realidad era un producto para reafirmar los pechos que se ha

comprado Gemma. Yo lo veía ahí, en la ducha, y me lo ponía. Y mira.

—No sabía que te pusieras suavizante en el pelo.

—Es lo que pasa cuando vives con una mujer, aunque sea tu hermana, que acabas probando potingues.

—Ya —pasan unos segundos en los que no se me ocurre qué decir. —En cualquier caso, tienes el pelo muy bien, muy…

—… ¿firme?

—Brillante.

—Es una puta locura —suspira Nil con cierta pereza. —Espero que no me pase lo mismo con el aceite de niños, o una mierda de esas.

—¿No decías que la vida iba en serio?

—¡Ya lo ves! En unos meses tendremos que comprar ropa de recién nacido, y pañales, y biberones. Muy inspirador. Supongo que ahora me pondré a escribir de lloros y diarreas, y del milagro de la vida. Y tú qué. Me han dicho que vuelves a Mallorca.

—No, quiero irme de Barcelona, pero aún no sé dónde. A Madrid, quizá, o al País Vasco. Estoy mirando curros en Berlín. Quizá puedo dar clases de español. O de catalán, incluso —me río.

—Pero ¿sabes alemán?

—Qué va. Ni siquiera domino el inglés. Además me han recomendado que me espere a abril, porque en invierno hace mucho frío. Ya veremos.

Mis muebles están repartidos entre las casas de mis amigos y de mi hermano; una manera extraña, material y esporádica de reivindicar mi presencia por todas partes. Aprovechando que aún no ha encontrado inquilinos para este curso, me he instalado en casa de Andreu, en la calle Villarroel.

Volver al piso en el que viví más de diez años es una sensación extraña. Algunos instantes se han quedado impregnados en los rincones en forma de olores, y supongo que así funcionaría la memoria histórica del señor Naftalí, si existiera. Andreu ha cambiado la decoración de la casa, pero las vistas de la ventana son las mismas que cuando yo vivía aquí; también la manera en que el sol da en el comedor al atardecer; no se han corregido las manías de los fogones.

Recuerdo cuando estudiaba en el comedor mientras el sol me daba en la cara, y también los ataques que me provocaba ser incapaz de hacerme la comida porque los fogones no funcionaban. Ya no me pongo tan nerviosa como entonces y ya no tengo que

estudiar. No obstante, recupero, casi sin darme cuenta, las sensaciones de aquella época: el caos de gente que entra y sale, la seguridad basada únicamente en los horarios de la universidad, los ceniceros llenos de colillas, un desorden controlado que no era otra cosa que el reflejo del desorden controlado de la vida universitaria.

A veces, Andreu y yo nos sentábamos en la terraza y observábamos lo que pasaba en los apartamentos de delante, al otro lado de un inmenso patio interior. Inventábamos historias mientras fumábamos porros y bebíamos vino de tetra brik, comíamos directamente de una bolsa de patatas. La ventana de la luz roja debe de ser una casa de putas; aquel hombre de allí no deja de tender y recoger ropa; seguro que allí no hay nadie, porque siempre está todo muy cerrado. Algunas noches me siento en el mismo sitio, y veo los mismos apartamentos, y me pregunto si vivirá la misma gente.

No tengo mentalidad empresarial. Mientras vaciaba mi piso y llevaba los muebles a casa de Andreu, casa de Cati y casa de mi hermano, me decía que soy idiota. Tendría que haberlo realquilado un poco más caro de lo que tenía que pagar yo y aprovechar el dinero. Cualquier estudiante de Erasmus habría desembolsado encantado 700 euros por mi piso de 600. Eso habría ido en contra de mis principios antiespeculadores. Pero, por otra parte, con las ganancias podría haber hecho el viaje que aún no tengo definido. ¿Y no especula todo el mundo para sobrevivir?

Londres habría sido la opción narrativamente acertada. Después de la historia del bolso verde y de la carta, si esto fuera una película, un productor norteamericano habría metido a Peter en mi cama la misma noche que vino desde Inglaterra a conocerme. Habríamos follado. Y como él quiere crecer, me habría dejado preñada. Ahora estaríamos casados, una pareja moderna y *freakie*; nos moriríamos de hambre, pero nos alimentaríamos de amor.

Y el caso es que Peter se quedó a dormir en mi casa, la noche que nos conocimos. El mago también se quedó; y su amigo. Y Andreu. Y la Bruja. Encontré colchones para todos, los pusimos en el suelo. Dormimos como en un campamento, pedos y fumados después de tantos porros y tantas cervezas. Por una noche, fuimos postadolescentes. Al día siguiente hice café, y después el mago se llevó las cuatro cosas que le quedaban. Andreu y la Bruja también se fueron, y Peter se dispuso a buscar a Anna.

—¿Quieres venir? —me invitó. Se había colgado una mochila a la espalda y llevaba el pelo mojado de la ducha.

—*No, thanks* —contesté. Había llegado demasiado lejos con

aquella historia. Una historia que no es la mía y de la que no podré sacar nunca nada. Se quedó un rato largo mirándome, dudando de si nos teníamos que abrazar, o besar, o algo que sellara aquella despedida. Le sugerí que fuera al bar Granuja. —*Ask for the green bag*.

¿Qué pasó después? Me gusta pensar que Peter consiguió recuperar el bolso verde de la hebilla naranja y se lo llevó a Anna, aquella desconocida que quizá, en cierto modo, ahora aparece en el retrato de Gemma, o quizá no, serena. Me gusta imaginar que Peter subió aquellas escaleras torcidas por las que subí yo, y que lo hizo con el mismo miedo, un poco tembloroso, y la sensación de que todos los vecinos miraban desde su casa. Anna, evidentemente, no lo espera, y la puerta de abajo, la puerta número 3, estaba abierta, como siempre. Me gusta inventar que se ven, y ríen, y quizá se besan. Él le da el bolso que ha recuperado en el Granuja, ella dice «tenemos que hablar». Entran al piso, cierran detrás de ellos, y la escalera se queda vacía, ajena como nos quedamos todos en esta anécdota. Me gusta imaginar que unos minutos después bajan a Santa María del Mar y piden hora para casarse.

Pero quizá no pasó nada de eso y, al llegar al Granuja, el bar estaba cerrado. Y mientras Peter esperaba a que abrieran, vio a otra mujer que leía y se enamoró. O quién sabe si la camarera a la que le di el bolso para que lo guardara decidió quedárselo porque nadie lo reclamaba, y ahora va por el mundo con el bolso verde de la hebilla naranja que algún día fue de Anna Sentmenat. Tal vez ella, Anna, se mudó de piso, igual que el cantante de Sophie, y cuando Peter fue a buscarla ya no estaba, como le pasó a Sophie cuando le mandó la carta. Si fue así, queda la posibilidad de que se reencuentren en diez años.

No lo sé, no sabemos qué pasó. La cuestión es que no he vuelto a ver a Peter nunca más, ni he vuelto a saber nada de su vida. Londres, si lo ha sido alguna vez, ha dejado de ser un destino posible.

—¿Por qué Berlín? —pregunta ahora Nil, y le respondo que está de moda, que el precio de los alquileres es bajo, que unas amigas mías han estado este verano y les ha encantado.

Cuando Neus me dijo que iba a Berlín con Idoia, me dio mucha envidia. Necesitaba salir de Rotterdam, alejarse de Libby, que sigue haciéndole la vida imposible. La mala puta llegó a quemarle toda la ropa. Una mañana, Neus volvió a casa después de una guardia, y se encontró toda su ropa quemada a unos metros del portal; la reconoció por algún jersey que no había prendido bien. La manga

del jersey yacía estirada, intentando aferrarse a una existencia sin llamas, pidiendo auxilio; era un brazo que se extendía para que alguien lo ayudara. Pero ya era tarde, no tenía remedio. Libby había hecho una hoguera vengativa en medio de la calle y me la imagino asando en ella unas salchichas. «Como la mitad del piso es suyo, no puedo reclamarle su copia de las llaves», decía Neus en el chat. «¿No puedes denunciarla?», contesté yo. «Joder, pero que es Libby, ¿no lo entiendes? ¡Libby!».

A lo mejor fue entonces cuando pensé que quizá somos todos personajes de un videojuego aburrido como Second Life. Reciben un nombre… ¿avatares? Tú te conectas, te das de alta y creas una identidad. Puedes crear lo que tú quieras, lo que te gustaría ser. Y acabas recreándote a ti mismo. Con las tetas más grandes, o con menos kilos; con más pelo o con las capacidades exageradas. Pero sigues siendo tú. Caricaturizado, llevado al límite. En cualquier caso, esta es otra manera de quedar retratado. De ahí, supongo, el fracaso del juego. Empresarios y gestores de las nuevas tecnologías se lanzaron al invento convencidos de haber descubierto el mejor parque de atracciones para sus negocios. Apostaron fuerte. Transcurrido un tiempo, quedó demostrado que aquella realidad virtual solo interesaba a unos cuantos enfermos. Era (es) demasiado parecido a la otra realidad.

El avatar de Neus, al otro lado del chat, me parecía el más tradicional. Casada, en trámites de separación, con una hipoteca y una ex que la maltrata psicológicamente, Neus no deja de ser la representante de la realidad trágica, extremadamente femenina. ¿Por qué reivindicar el concepto «violencia machista», si en este caso estamos ante unas lesbianas sin ninguna relación con los hombres? ¿Lo hacemos por sus referentes? ¿Los que ellas mismas pretenden anular?

Neus ya ha olvidado que en realidad es heterosexual porque ha superpuesto las personas a los sexos, y lleva la vida que quería sin saber que la quería así. Seguramente en unos meses se planteará tener un hijo. El problema es que, al margen de Idoia, también tiene una amante peligrosa que a veces la persuade para que suban juntas a un séptimo piso, o se metan juntas en la bañera con una hoja de afeitar, o miren qué hay en el fondo del horno las noches solitarias de invierno. Más que una doble vida, Neus coquetea con la muerte.

Blai lleva su doble vida al más puro estilo mamífero: una externa que da la cara y alimenta a la otra, que crece dentro, protegida. Su trabajo con las almendras le permite ser pintor. Del mismo modo, Nil es profesor para poder ser poeta. Y ahora será padre de rebote,

como lo fue San José, el pobre, sin haber follado ni nada con la virgen María.

—¿No te parece un poco bíblico? —se me ocurre preguntarle.

Nil no ha seguido el hilo de mis pensamientos, y se ríe:

—¿Qué?

—Quiero decir: ahora harás de padre; del hijo de tu hermana, a quien, es evidente, no has podido tocar sexualmente. Es como si la hubiera concebido el arcángel Gabriel.

Después de un silencio muy largo en el que Nil piensa que no fue un arcángel el que concibió a María, sino que simplemente le anunció que tendría a Jesús, Nil dice:

—Tía, eres una poscínica de la hostia.

Observamos un rato más el retrato presuntamente atormentado de Cati. Tal vez, Gemma parirá al salvador de toda esta generación de mierda.

—Poscínica —repito muy despacio—. Creo que nunca nadie me lo había definido con tanta precisión. ¿Qué significa?

—No lo sé, debes de ser la primera poscínica de la historia. Así que, siento decírtelo, pero te tocará a ti hacer un manual del poscinismo, y defenderlo como filosofía existencial.

—Mola —concluyo. Y al momento Cati me coge del brazo y asegura que tiene muchas cosas que contarme.

EL RIESGO Y UNAS BRAGAS BLANCAS

Coincidimos en Mallorca, a principios de agosto. Cati había ido a pasar unos días, yo estaba en casa de mis abuelos, Bogart se dejaba tocar la cabeza. Mi padre y mi madre habían vuelto a Palma, después de un fin de semana familiar bajo los algarrobos. No les sorprendió mi intención de dejar Barcelona. «Si hubiera llegado a los treinta en tu situación, soltera y sin hijos, me habría ido a vivir a la China», aseguró mi madre, valiente. Lo pienso, pero no se lo dije.

Mis padres pasaron de creer en Dios a creer en la política. A ella le gustaría que trabajara en una ONG, pero suspendo en filantropía, y nunca tendría confianza en una organización que se basa en la buena voluntad de la gente. A mi padre no le gusta el periódico en el que trabajo; considera que estoy dando mis servicios a una causa que no los merece. Por tanto, también se tomó con alegría mi media decisión de irme. A medias, porque no hay nada cerrado: una cosa es decir las cosas y otra hacerlas. Tengo que decir que me voy en voz alta para que suene a realidad. Se lo he dicho a todo el mundo para obligarme a hacerlo, porque no soporto a la gente que asegura que hará una cosa y después no la hace.

Mi padre me recordó cuatro o cinco lugares en los que podría trabajar en Mallorca, sobre todo ahora que ha habido un cambio de gobierno y hay reestructuración de personal. Lo hacía consciente de que le contestaría lo de siempre: «Yo, aquí, no vuelvo». Mi madre insistía en la posibilidad de ir a la China. «O a Japón, ahora está muy de moda ir a Japón», añadía olvidando que soy incapaz de ahorrar.

Ellos sustituyeron la religión propia de la generación de mis abuelos por otra religión que los convoca de vez en cuando a las urnas. Aún tienen fe en poder cambiar las cosas, y los cambios de gobierno mantienen esa fe, como la otra —la divina— se mantiene mediante los milagros. Han sido educados para creer, y creen en la sociedad, en el hombre, en los hijos. Creen en mí. Por eso los

envidio. Y me parecen unos ingenuos.

Hacía unas horas que mis padres habían vuelto a Palma, secretamente hartos de haber convivido con mis abuelos aunque fuera un fin de semana (me temo que este agotamiento era recíproco), y yo estaba sentada en el porche sin hacer nada concreto, cuando Cati llamó. «Tenemos que vernos enseguida», exigió. La urgencia no tiene ninguna razón de ser por la tarde, en vacaciones. Suena metálica, lejana, urbana y dura. Yo le tocaba la cabeza a Bogart y pensaba que no puede haber nada tan importante como para interrumpir la nada de un día de agosto.

Un coche que se mete en el camino pedregoso a toda hostia y a su paso deja una nube de polvo. Una conductora que sale naturalmente, sin despeinarse, saluda a mis abuelos educada, bromea, se ríe y resuelve: «Vamos». Una copiloto que soy yo y le pide por favor que no corra. Y antes de colocarnos el cinturón y de arrancar, la noticia, la causa de toda esta precipitación: «No me caso».

¿Tenía que fingir sorpresa? Pese a que trabaja para ellas, Cati vive fuera de las leyes. En su carrera por convertir la cotidianidad en morbo, va plantando obstáculos que después sortea; así es como se divierte. Su vida es un circuito de motor, un *rally*. En los tribunales es una buena abogada, se ha ganado el respeto de sus colegas; fuera de ellos, es incapaz de seguir unas normas y las burla, como esquiva también los obstáculos que ella misma se impone para divertirse.

Era evidente que no se casaría. Cualquiera que la conociera mínimamente lo habría adivinado sin esfuerzo alguno. Seguro que todos los que fuimos a su falsa despedida de soltera sabíamos que aquello no era de verdad una despedida. Los únicos que quisieron seguir con aquel teatro fueron ella y su pretendido futuro marido, Miquel. Ella, porque te tienes que creer tu papel si quieres sentirte la estrella de una película buena. Y él, porque, acostumbrado como estaba a cambiar las realidades mediante las leyes, se convenció de que sería capaz de cambiarla incluso a ella. Cada uno dentro de su propia mentira, iban narrando lo que acabaría resuelto en una leyenda: la historia que nunca podrá ser probada.

En el coche, de camino a Portocolom a una velocidad moderada bajo mi imposición, Cati me contaba que las invitaciones ya estaban hechas; su vestido, medio pagado; el restaurante, reservadísimo. ¿Y el viaje?

—Me vendó los ojos y me dijo que señalara un punto de un mapamundi, ¿no es un encanto? —decía fijándose en la carretera—.

Quizá tendría que casarme con él, después de todo.

—¿Y qué tocaste?

—De qué.

—Sobre el mapamundi.

—Ah, Rusia. Pero ¿qué querías que señalara? Aquello es tan grande que solo puedes señalar Rusia. Bueno, eso la segunda vez, porque la primera señalé el Pacífico, un lugar en el que no había ni islas ni nada. La única opción era hacer un crucero. Y no querrás que yo haga un crucero, ¡qué horterada! No haría una cosa así ni muerta ni casada.

—O sea, que os tendríais que ir de viaje de novios a Rusia.

Cati empezó a reírse.

—Dios mío, creo que ya sé por qué no quieres casarse —seguía yo. Y Cati se reía más y más fuerte.

—¿Me consideras tan frívola?

—¿Sinceramente?

Aparcamos en la parte antigua del puerto, donde las casas, casi italianas, se asoman a un mar quieto de barcos amarrados al muelle. Hay cangrejos sobre las piedras, y de pequeña pescaba pulpos. Ponías una lata en el embarcador, dentro del agua, y los pulpos se metían dentro. No eran muy grandes, pero impresionaban. Cuando Jaume y yo nos escribíamos (Jaume, ¿qué habrá sido de ti?), a veces saltaba a una de las barcas y le hacía una descripción de las sensaciones. Recuerdo que él decía que las edades no existen; solo son números, como números son también las tallas de zapatos, y las matrículas de los coches, y el *ticket* cuando haces cola para comprar la carne en el súper, y las horas que pasan, y el pin del cajero automático y el DNI. Siempre lo invitaba a que viniera un día a nadar, pero me parece que no vino nunca. Ahora, este es un mar muerto.

Cati y yo nos sentamos en la terraza de Els Tamarells, los laúdes se balanceaban perezosos a nuestros pies, y me pidió un cigarro.

—No fue por el viaje. Fue por la ropa interior.

—¿Cómo?

—Debía encontrar unas bragas que no se transparentaran con el vestido, que no se vieran. De pronto, me vi de blanco, con unas bragas a juego, unas bragas blancas y pequeñas a propósito.

—Podías ponerte un tanga.

—¿Un tanga blanco? Un tanga tiene una función concreta. Y un tanga blanco va en contra del principio funcional del propio tanga.

—Podías ir sin bragas.

—¿En mi propia boda? No se me había ocurrido, pero ahora que lo dices, habría sido una buena idea. La cuestión es que solo podía pensar en la ropa interior. ¡Me obsesionaba! ¿Qué se pondría él? ¿Compraría también unos calzoncillos a propósito? Si no lo hacía, ¿qué importancia le daba a la noche de bodas? Ninguna. ¿Y por qué tenía que ponerme yo una mierda de bragas blancas estudiadísimas para poner cachondo sin transparentar? Tal vez llevaría unos calzoncillos de cuadros, o unos boxers que tiene medio gastados, o una especie de taparrabos que…

—¿Lleva taparrabos?

—Sí, son amarillos, horrorosos, siempre le digo que los tire, pero no me hace caso. A lo mejor es porque se los regaló una antigua amante.

—¿Lo dices de verdad?

—Bueno, en cualquier caso, quizá podría haberme mentalizado con lo de la ropa interior. El problema es que también me vi eligiendo el menú y la música, y cómo colocar a los invitados en las mesas. Y me dio mucha vergüenza.

—Vergüenza.

—Sí, a mí me dan vergüenza cosas que no les da a la demás gente. Por ejemplo, pasear un perro. Yo no podría pasear un perro nunca en la vida. Ir por la calle con un animal atado, y esperar que cague, y recoger la mierda con una bolsa de plástico. Me parece superindigno.

—¿Y elegir el menú de tu boda es como pasear un perro?

—En cierto modo, es igual de indigno.

—¿Por qué?

—No lo sé. La vergüenza es una sensación, ¿no? Pues a mí me da vergüenza elegir invitados y hacer que se sienten en un sitio determinado.

—¿Y por qué te compraste un vestido blanco? Te imaginaba de naranja, o de rojo. De negro.

—Mira, las cosas, si se hacen, tienen que hacerse bien. Y una boda es una boda. Si te casas, tienes que vestirte de blanco. Forma parte de la tradición.

—¿Y eso no lo podías haber pensado antes?

Sí que lo había pensado, pero se lo había tomado como una aventura. Casarse era la manera de experimentar algo que aún no había hecho. Comportaba una emoción nueva. De pronto, cuando se vio en la situación de comprar unas bragas blancas, o finas, que no se vieran a través del vestido, unas bragas que ella nunca se habría

comprado porque las bragas blancas le parecen aburridas y puritanas, y un tanga blanco es impensable porque va contra el principio del propio tanga, le pareció que aquello era una farsa, que aquella chica no era ella, y recordó que nunca se había querido casar.

Miquel, pobre hombre, larga vida de erudito, se derrumbó como un edificio.

—«Vos no podéis hacerme esta putada», me decía sin acabar de creérselo —contaba Cati mientras chupaba su cigarro.

Yo imaginaba a Miquel como una especie de dios, creador de mandamientos, enamorado puerilmente de una ninfa, o un ser aún más nimio, más terrenal aún que una ninfa. Una humana que era suficiente. Imaginaba el dios encaprichado, el dios que piensa que lo controla todo; el dios que, de pronto, se da cuenta de que ha sido expulsado del paraíso por culpa de una humana inmunda que lo ha mareado y le ha hecho perder el poder. Cuando se supone que ya es un sabio.

—Pobre Miquel.

—Se puso a llorar. Es muy duro ver a alguien de su…

—… ¿edad? —pregunté mientras inventaba a mi abuelo con lágrimas en los ojos por culpa de una mala puta como Cati.

—Trayectoria —me corrigió ella—. Es muy duro ver a alguien de su experiencia, con tanto renombre… ¡Joder, era un referente para mí!

Siempre me daban rabia, de pequeña, aquellos cuentos que resolvían con un «todo fue un sueño». Leía aquellas palabras y se me quitaban las ganas de leer nada más. Me sentía estafada, me daban ganas de destrozar la historia entera para que nadie cayera en la trampa. Supongo que fue entonces cuando empecé a concebir la idea de que aquello fuera falso.

Ahora que tengo treinta años, entiendo que la mayoría de nuestras anécdotas son tan poco fiables como aquellos cuentos. Todo acaba siendo lo que no ha llegado a ser. Todo han sido leyendas que no se pueden probar. Ni Andreu trabajará en el Ayuntamiento de Palma, ni Cati se casará como anunció, ni Blai me retratará por mucho que lo intente, ni yo pasaré el resto de mis días con Lluís. Abortamos todas y cada una de nuestras operaciones. Y las olvidamos. Como se olvidan, así mismo, la mayoría de los sueños.

No es que no sepamos distinguir la ficción de la realidad, es que nada es auténtico. Falta crédito. Somos unos tramposos.

Aquella tarde en Portocolom, Cati y yo hablamos de los hombres, de las edades y de la culpa. Sobre todo de la culpa. Y nos dimos cuenta de que hace muchos años que la erradicamos porque no teníamos tiempo para perderlo con remordimientos. Ya tenemos suficiente con cometer un error, como para, encima, tener que arrastrarlo después. La culpa pesa y olvidar es fácil. Más ligeras, corremos y corremos, no importa hacia dónde. Y, escasas de memoria, de la que nos hemos deshecho, tropezamos, evidentemente con la misma piedra pese a ser otra.

Fumamos, y Cati acabó escupiendo en una servilleta de papel por culpa del asma.

—Pero no te lo conté todo —confiesa ahora en la Iguapop, delante de un autorretrato de Blai; aparece medio agachado, pintando en un lienzo que tiene en el suelo. —Creo que estoy muy colgada.

—¡Qué novedad! —digo mientras consigo otras dos copas de cava.

—Que no, que no me entiendes —Cati da un trago largo y suelta: —Estoy colgada de un hombre.

—Sí, de tu Dioneu.

—Noooo —responde ella alargando mucho la o—, Dioneu forma parte de mí, es un elemento vital de mi existencia: mi corazón, un pulmón que me deja respirar…

—… el hígado de un hepático.

—Es mil veces más importante que el hígado; y no me pone enferma, al contrario, me cura cuando lo veo, ya lo sabes. Pero no importa. Ahora estoy hablando de un hombre que me ha cogido bien —entrecierra los ojos, dándose un aire entre misterioso y solemne, y resuelve: —Me tiene muy pillada, absolutamente cautivada.

No existe expresión más acertada: se ha enamorado de un recluso. No se les llama así; reciben el nombre de «internos» o de «residentes». Eufemismos. Cati se ha enamorado de un hombre que cometió un crimen y está cumpliendo condena. De dieciséis años. Dieciséis años son muchos, pienso yo. Pero lo que me sorprende es mi deducción. «Dieciséis años son muchos» va seguido, por lógica, de «seguro que es un asesino». En cambio, no es eso lo que me digo interiormente. Mis pensamientos van por otro camino: «Dieciséis años son muchos, por tanto, Cati se ha buscado un hombre que no la moleste».

Se lo presentó uno de sus clientes. Ella se interesó primero por el

caso y al momento por la persona.

—El otro día tuvimos un vis-a-vis.

Cati mira su copa vacía con cierta incredulidad. ¡Si acababa de dar el primer trago! Después toma aire y sigue:

—He estado enferma una semana —dice con cierta preocupación—. Pero mala de verdad. He perdido mucho tiempo y ahora voy muy retrasada con algunos casos; es que no podía levantarme del váter, iba todo el día de vientre, supongo que cagadísima de miedo. Tú llegas a la cárcel y primero te meten en una sala, y te llaman por tu nombre. Por el tuyo, y no por el del interno. Allí hay otras mujeres. Mujeres que no has visto nunca, y tú sabes que están allí para lo mismo que tú, y las mujeres no se miran las unas a la otras, estamos todas sentadas en unas sillas de plástico, sin mirarnos, esperando a que nos llamen por nuestro nombre. Pero el problema es encontrarte con un conocido. Conozco algunos funcionarios de prisiones. También otros abogados. Puedes encontrártelos aquí o allá. Yo estaba histérica. Joder, llevaba tres noches sin dormir.

—¿Por qué fuiste?

—Imagínate que te encuentras a un colega. Que sales del área de contactos íntimos y te encuentras con otro abogado. ¿Qué le dices? ¿Qué excusa le pones? ¿Qué coño te inventas en una situación así? Si me pasa eso, me muero. Me quedo sin trabajo para siempre.

—Entonces, ¿por qué fuiste? —repito.

—En el último momento estuve a punto de no ir. Pero lo habría destrozado. Y ya está bien de joderle la vida a los hombres. Ya tuve suficiente con Miquel, ¿o qué te crees? ¿Que no tengo sentimientos? Empecé a temblar al entrar en Can Brians, y aún no he dejado de hacerlo. Estuve a punto de desmayarme. Estaba en la sala con aquellas mujeres y hacía un calor horroroso, y yo sabía que me desmayaría en cualquier momento. Pero ya me dirás qué haces después, cuando vienen los funcionarios, o te ven los otros abogados, tú inconsciente en medio de la cárcel. Imagina que hay un periodista de sucesos por allí pululando.

Pienso en mi compañero de sucesos. Sería incapaz de publicar una noticia como esta: abogada hace un vis-a-vis con un interno. Quiero decir que sería incapaz de publicarla en papel. Pero hay otras maneras de gestionar la información.

Cati no se desmayó, tampoco se encontró con nadie. Y entró en una sala arisca con una cama de sábanas limpias que no eran demasiado duras. Hablaron durante un rato. Después dejaron de hablar.

—Hemos quedado en dos semanas. Es el pastelero del centro. Ha prometido hacerme un bizcocho, cortado en trozos pequeños para que me los puede llevar escondidos en el bolsillo.

—Pero ¿no lo pasaste tan mal? —No lo puede evitar. Cuanto más complicada sea su vida, más le entusiasma. Si no hay riesgos, no hay emoción.

—Es tan tierno. Es una persona en estado puro. ¿Cómo decirlo?

—Es un asesino, Cati.

—Un asesino, en sus circunstancias, no vuelve a matar.

—¿Cuáles son sus circunstancias? ¿Que está en la cárcel?

—No. Cometió un error. Un error fatal, letal. Iba muy drogado.

—Cada vez me lo pintas mejor —resoplo. Supongo que tenemos una moral implantada de serie, una moral incuestionable, inamovible. Y Cati se la salta. Siempre. Sistemáticamente. Menos cuando tiene que trabajar.

—Quiero pedir su traslado a otra cárcel. A una que sea menos restrictiva, a ver si le rebajan la pena. Podría salir en ocho años. Quizá le conseguiría permisos.

Cati no tendrá tanta paciencia. Es más: ella está enamorada de su recluso precisamente por su condición de recluso. El hecho de ir a verlo la convierte en un soplo de esperanza, en una ilusión. El hombre la espera. El hombre la desea. El hombre es capaz de liberarse por el simple hecho de pensar en ella. De pronto, recuerdo lo que me dijo Blai en su estudio de la calle Verdi, la tercera vez que intentó retratarme: «Quieres gustar como musa, necesitas que te adoremos».

Aspiramos a que nos veneren, que nos piensen, que nos inventen. Aspiramos a ser etéreamente necesarias. Aspiramos a inspirar. Mi abuelo tiene razón cuando nos compara con Norma Desmond, la vieja gloria de *Sunset Boulevard* que cree ser aún una diosa mundialmente reconocida. Pensamos que las cámaras del cajero automático y del metro, de la plaza George Orwell y la farmacia nos están enfocando a nosotros. Al menos nos consideramos protagonistas de nuestra propia película. Sería preocupante concebirnos a nosotros mismos como secundarios.

Estoy a punto de comentárselo a Cati, cuando Blai nos interrumpe. Lo acompaña una chica rubia con flequillo recto, ojos verdes, pechos poderosos y piernas interminables que lleva una minifalda ancha como un cinturón.

—Es Beth —dice Blai como presentación.

Ella nos dedica la sonrisa más adorable del mundo, dientes perfectos, labios rosados, y parpadea encantadora. Mientras le beso

en las mejillas suaves, hidratadas y tiernas, no puedo evitar pisarle tres veces cada pie.

SOLO DOS PALABRAS

Los árboles que plantaron en abril ya tienen hojas. Son unos árboles raquíticos, y me ven pasar un poco asustados, cubiertos por el polvo que levantan las obras que hay donde estaba la casa okupa, delante de la mía. Miro el agujero que han dejado las excavadoras, los andamios que se levantan desde el fondo del agujero, los hombres con cascos que suben por los andamios. Me fui hace dos meses, y todo ha cambiado. O quizá no tanto. Un bloque sustituye otro, llegan nuevos vecinos, una edad se coloca sobre la edad anterior. Pero, sobre el mapa, todo sigue en su sitio. Y el barrio de La Sagrera es aún un dedo en el pie de Barcelona. Claro que, si lo piensas, la ciudad cojea.

Miro las obras al otro lado de la calle, pienso que el hecho de crecer es siempre muy ruidoso, y noto un rechinar a mi espalda. Es la señora Montserrat, que abre la puerta después de haberme visto, supongo, por la ventana.

—Ah, cuánto tiempo, ¡no sabes cómo te echo de menos! —dice mientras se lanza a mis brazos con su bata rosa, y me besa. Huele igual que la mañana del apocalipsis, cuando su vida y la mía caían como la casa okupa por cuestiones bien distintas. —¿Cómo estás? ¿Cómo estás? ¿Cómo estás? —repite al tiempo que me besa y rebesa, y se le humedecen los ojos.

—Bien, bien —respondo apartándola con una gran sonrisa. «No me agobie, señora, por favor», le diría si no fuera tan sentimental.

—Pero, ¿qué has hecho? ¡Estás muy delgada! ¿No comes? Ay, no me hagas sufrir, que ya tengo suficiente con lo mío. ¡No estarás embarazada! —exclama con una brizna de esperanza y cierto temor. Todo el mundo quiere un hijo mío.

—¡Cómo voy a estar embarazada, si hace meses que no follo! —me sale sin querer. Y al momento: —Estoy bien, pero están pasando tantas cosas que he adelgazado un poco. ¿Y usted, cómo se encuentra?

—Ay, lo del brazo me está matando. No saben decirme qué es, y tengo que ir a rehabilitación todas las semanas. Y estoy muy sola,

muy sola. El pobre Martí, que me ha dejado así, con una pensión miserable, que no puedo hacer nada con esa pensión, y durante el día me aburro mucho, y estos de delante, que ensucian tanto y hacen tanto ruido —se le vuelven a humedecer los ojos—. Qué contenta estoy de que hayas venido. Pero pasa, pasa, que tengo una cosa para ti.

Estoy a punto de decirle que no hace falta, que solo venía a buscar la correspondencia, porque hay algunas facturas que tengo que devolver firmadas. Al final, me dejo arrastrar por un pasillo oscuro —«mira, barro cada día, cada día barro, pero no hay manera, mira cómo me lo dejan todo, las malditas construcciones»— hasta una salita que da al patio interior. Allí está el limonero, con cinco limones amarillos y espléndidos. La señora Montserrat coge dos, comenta que ya están maduros, que he llegado justo a tiempo.

—Guárdese los otros —digo yo. Y pienso que, cuando llegue a casa de Andreu, las exprimiré y prepararé una pomada con el culo de Xoriguer que queda.

—Si son tuyos. El árbol es tuyo.

—No, fue un regalo que le hice.

—¿Te parece que tengo que quedarme viuda dos veces? Mi pobre Martí… Era mi segundo marido, el primero murió cuando yo tenía treinta y cinco años. ¡Imagínate! Él, cuarenta y dos.

—Bueno, al menos ha tenido dos hombres en su vida. Si se mueren, ellos se lo pierden. A mí no me quiere nadie. Ni siquiera mis mejores amigos, que son incapaces de retratarme porque no ven nada en mí.

—El primero, por un ataque al corazón. Y este segundo, también por un ataque al corazón. ¿Crees que soy una rompecorazones?

—No lo parece, pero el corazón es lo que nos falla.

—¿Quieres un vaso de agua?

Le digo que no, que tendría que irme. Tengo que pasar por el periódico a buscar el finiquito y después tengo que hacer la compra para no estar tan delgada.

—Ay, este brazo mío. Me lo miran y me lo vuelven a mirar, y no saben ver qué es. Por las noches no puedo dormir del dolor.

—Podría ser reuma. En este bloque hay mucha humedad.

—Mis hijos, los de Canarias, dicen que hay una enfermedad de los huesos que afecta a las mujeres. No son mis hijos naturales, eran hijos de mi Martí, en paz descanse, pobrecillo. Pero como si fueran míos.

—Claro.

Vuelve a ofrecerme un vaso de agua, vuelvo a decirle que no gracias, que tengo que irme.

—¿Sabes los del segundo? La pareja aquella. Se han mudado a tu piso. Es que está más nuevo, y además tiene más luz, como es un ático…

—Claro.

La señora Montserrat se acerca a un consola de madera vieja y me muestra una foto enmarcada del señor Martí. Está sentado en un banco y la mira como si supiera que algún día la mirará después de muerto.

—Era guapo, ¿eh?

Parece un cuadro de Blai.

—Sí.

Después me muestra las fotos de todos sus hijos que no son hijos naturales y sus mujeres respectivas; me cuenta a qué se dedica cada uno de ellos. Uno lleva una cadena de hoteles, el otro trabaja en un banco. Hay uno que es profesor.

Por fin, la señora Montserrat me da las cartas. Las meto en el bolso.

—¿Seguro que no quieres un vaso de agua?

Que nooooooooooo, pesada.

—No, muchas gracias, soy alérgica al agua; no me sienta bien. Me crecen ranas en la barriga, y después me saltan de la boca en los momentos más insospechados. A la gente le da mucho asco, como comprenderá. Y si no saltan, aún es peor, porque croan en mi estómago, y parecen eructos.

La señora Montserrat contesta:

—Sí, yo también tuve gusanos una vez. Es muy desagradable.

Por fin en la puerta, volvemos a abrazarnos por encima de su bata. Me pide que no tarde en visitarla, que está muy sola y me echa mucho de menos. Le prometo que vendré cuando pueda.

Las excavadoras, en la calle, siguen con su reconstrucción incansable. El rumor del cambio, que se extiende de prisa y poco a poco. Cuando vuelva, no reconoceré este lugar. Pero seguirá aquí mismo.

Es lunes, y a estas horas de la mañana el vagón del metro está casi vacío. Hay un marroquí que carga cajas de cartón. Su patera llegó a Motril, él trabajó en un vivero y después se coló en un camión que llevaba plantas de Pascua. Ahora vive con otros catorce magrebíes en un piso de Torrassa. También hay un gay con una camiseta ajustada que parece de neopreno. Viene del gimnasio, donde se ha insinuado a su compañero de ducha mediante el reflejo

que el agua deja sobre el mármol. Se han encontrado en el baño de vapor y se han masturbado mutuamente. Después han vuelto a ducharse, sin insinuaciones.

Me siento con los limones en las manos y los acaricio. Me gusta el tacto de su piel arrugada y cómo huelen. Es lunes y nadie me espera.

Tendría que tomar una decisión.

Saco los sobres del bolso y repaso, sin interés, las facturas.

En el asiento de delante, una ecuatoriana viene de fregar escaleras. Está enfadada, porque la señora para la que trabaja tres veces por semana le ha dicho que no vuelva más, y ella sabe que es porque sospecha que le roba, pero no le puede demostrar que se equivoca. De pie, a nuestro lado, hay una chica con la carpeta azul de la Universidad. Acaba de hacer una barbaridad: acostarse con el novio de su mejor amiga. Aún lleva el olor del látex del condón impregnado en la entrepierna. Más allá, un joven se sienta satisfecho después de que le hayan hecho una colonoscopia; ochenta centímetros de exploración por el recto a través de una cámara. Se siente orgulloso de haber protagonizado una película entrañable y muy íntima, profunda. Los resultados de la prueba han sido tranquilizadores. Otro hombre con mono blanco sucio de pintura se come un bocadillo y se inventa doscientas treinta y siete maneras de matar a su suegra: lo que aún no sabe es que acabará cometiendo uno de esos crímenes.

En la parada de Glòries, entra un rumano con un acordeón, y toca *La fiancée de l'eau*.

Entonces, la veo. Se me había traspapelado entre los otros sobres. Es una carta cuadrada, con mi nombre y mi dirección pulcramente escritos a mano en tinta azul. En el sello de treinta céntimos hay un jilguero dibujado.

Cojo la mano de la ecuatoriana, es una mano dura y seca, y la animo a que se ponga de pie conmigo. También cojo la mano fina de la estudiante que hace un rato tocaba la picha del novio de su mejor amiga, y las agito al ritmo que marca el acordeonista. Voy dando palmas hasta el pintor del bocadillo y el joven que acaba de recibir los resultados de la colonoscopia que, contento, también tiene ganas de bailar. Hacemos un corro alrededor del rumano, que salta alegre mientras entona la canción. *Elle s'est jetée au ciel, tu commences à comprendre que tout n'est pas à vendre*. Bailamos y bailamos a su alrededor, en este vagón vacío, y celebramos que es lunes y media mañana, y que nadie nos espera, que nadie nos ve. O quizá solo las cámaras de videovigilancia que nadie revisará. Que,

de todos modos, qué importan las decisiones por tomar.

En el dorso de la carta cuadrada, solo dos palabras: Anna Sentmenat.

NOTAS

[1] Juego de palabras. En el catalán coloquial, bella (de belleza) y vella (de vejez) se pronuncian igual.

[2] En catalán, la fonética de *la mort* (la muerte) y *l'amor* (el amor) es prácticamente igual.

[3] Plato mallorquín muy parecido a la sanfaina.

[4] En catalán, te quiero es *t'estimo*. En mallorquín, *t'estim*. Es un juego: los mallorquines quieren sin la palabra completa.